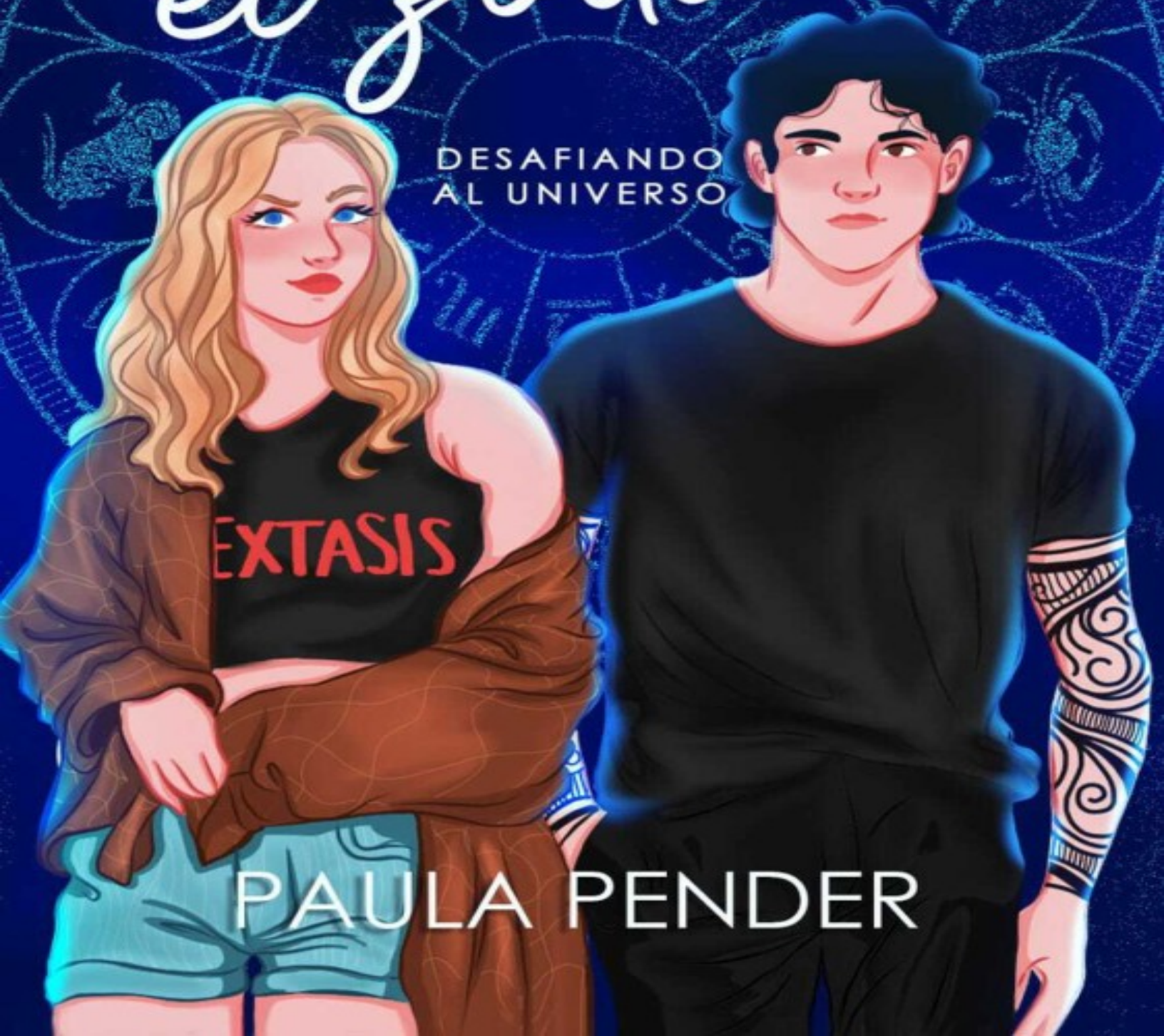
El amor vs el zodiaco

DESAFIANDO AL UNIVERSO



PAULA PENDER

El amor vs el zodiaco

PAULA PENDER

Índice

Un nuevo comienzo
Un encuentro inesperado
Trabajo nuevo y… la sombra del pasado
La desolación
¿Somos compatibles?
No debo caer, pero
Un cumpleaños al estilo: Ambrosía
Pesadilla
Primera cita
Confusión
Anónimo
Un posible “accidente”
¡Sorpresa! Y... una confesión
Nuevas experiencias
Un encuentro desafortunado
El recuerdo de Spooky
La decepción
La reconciliación
Rebecca
Una propuesta y el fin de la paz
Lucas
El duelo
El secuestro
El infierno en vida
Mark y Sara. Tú y yo

¿Cómo…?
En otra vida…
Epílogo
Agradecimientos

Primera edición: 2026
Diseño de portada e ilustración: Fleurie (designfleurie0@gmail.com)
Autora: Paula Pender

©Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro— sin el permiso previo y por escrito de la autora.
Esta obra es una ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos son producto de la imaginación de la autora o se usan de manera ficticia. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Espero que estés orgullosa de mí, Lala querida. Siempre te atesoraré entre mis recuerdos más preciados.
Para todos los soñadores: sigan luchando por lo que aman. Luchen siempre.

1

Un nuevo comienzo

Nadie cree que va a romperse.
Supongo que yo, en ese momento, tampoco lo creía.
Pensaba que el dolor avisaba.
Me equivoqué.

Un año atrás

—¡¿Cómo pudiste?! —pronuncié, observando con furia a la persona que, hasta ese momento, pensaba que era el amor de mi vida.

—¿Por qué tienes que ser tan dramática? Relájate un poco —dijo, tambaleándose con torpeza.

No corría sangre por sus venas, sino alcohol.

—¡Ya no puedo más! Esto se termina ahora mismo —declaré con firmeza, tragando el nudo que comenzaba a formarse en mi garganta.

No iba a permitir que me viera débil. Ya no más.

Levanté el mentón, obligándome a endurecer la mirada. Mi paciencia tenía un límite, y él lo había cruzado hacía mucho tiempo.

—Eres una exagerada —arrastró las palabras; apenas podía mantenerse en pie.

—¿Ah, sí? Tú me engañas, pero yo soy la que exagera —una risa irónica brotó de mis labios sin que pudiera evitarlo.

—No puedes estar sin mí.

Intentó sujetarme de la cintura, pero lo empujé, liberándome de su agarre.

—No quiero volver a verte.

Caminé en dirección a la puerta con decisión y la cerré con un portazo, dejando todo atrás. Sin importar que me estuviera rompiendo por dentro.

Suspiré sin saber si lo que sentía era alivio, angustia o rabia.

Se había atrevido a engañarme en nuestro propio apartamento. No me importaba si tenía que dormir en la calle, pero ese lugar —que él se encargó de destruir con infidelidades y malos tratos— no lo volvería a pisar en mi vida.

Empujé la puerta del bar con más fuerza de la necesaria. Algunas personas me miraron con curiosidad y enseguida siguieron con lo suyo. Hablaban y reían, como si al otro día no tuvieran que levantarse y lidiar con los problemas de la rutina diaria.

Me dejé caer en la barra. El hombre detrás de ella me observó con atención, como si supiera lo que me ocurría; como si, con solo mirarme, pudiera descifrarme por completo.

—Dame lo más fuerte que tengas.

Apagué el móvil ante las insistentes llamadas de mi, ahora, exnovio. Era un iluso si creía que iba a retroceder y perdonarlo. No permitiría más manipulaciones. Ya no era aquella niña que, cuando empezó a salir con él, le creía absolutamente todo. Sin dudarlo. Ciegamente.

—¿Una mala noche? —preguntó, dejando la bebida frente a mí.

Diría que un mal año, pero...

—La verdad, sí —respondí con sinceridad.

Y, como la maldita Piscis que era, me desmoroné.

Una sola frase de un desconocido bastó como detonante. Él se limitó a escuchar todos mis dramas. No me interrumpió. Tampoco se burló. Solo asintió de vez en cuando, prestándome atención.

—Lo siento mucho —dijo con sinceridad—. Qué imbécil.

—Sí, ¿verdad? ¡Maldito imbécil!

Mis manos se cerraron en un puño; la rabia se apoderó de mí.

Todo el mundo volteó a ver a la causante del escándalo. O sea, yo.

—¿Nunca vieron a una persona en este estado? —musité entre dientes, bebiendo todo el contenido del vaso de un solo trago.

—Conozco toda tu vida amorosa, pero aún no me has dicho tu nombre.

—Sara —respondí—. ¿Y tú?

—David.

—Y dime, David... ¿A ti nunca te han roto el corazón? —me reí sin razón.

La bebida ya comenzaba a surtir efecto en mi sistema, funcionando como anestesia para el dolor que me atravesaba el pecho.

—Nunca me he enamorado. De verdad —aclaró él.

Su mirada me transmitía calidez.

—Qué suerte la tuya.

—Supongo que sí —dijo, encogiéndose de hombros.

Aún así, alcancé a ver un destello fugaz en sus ojos, como si, en vez de suerte, lo suyo fuera una maldición.

—¿Sabes qué es lo peor? No tengo adónde ir. Y no le daré el gusto de regresar.

No. No volvería a ese lugar.

—¿Quieres venir a mi casa hasta que tengas un lugar donde quedarte?

—¿Siempre sueles invitar desconocidas a tu casa? —dije, recurriendo al humor para sobrellevar el dolor.

—¿Acaso eres una asesina? —Se inclinó un poco, apoyando el codo en la barra.

Agradecí que me siguiera la corriente.

—Aún no. Pero si vuelvo a ver a mi ex, pregúntame de nuevo.

Se rió sonoramente en respuesta. Su risa era dulce. Casi embriagadora.

—Iré a tu casa.

Ya tendría tiempo para arrepentirme después.

No quería pensar. Solo quería sentir otra cosa, además de ese martirio que se colaba por cada fibra de mi ser.

¿Qué hicimos cuando llegamos a su casa? Tuvimos sexo.

¿Fue por despecho? Sí.

Pero él, por un momento, me hizo olvidar de todo ese dolor que cargaba mi corazón.

Luego no lo volví a ver... bueno, sí. Pero me estaba adelantando.

Actualidad

—¡Las mesas no se atenderán solas, Sara!

—¡Ya voy!

Inhalé, exhalé y puse mi mejor sonrisa antes de dirigirme a una mesa donde un grupo de seis adolescentes esperaba ser atendido.

—¡Hola! Mi nombre es Sara. ¿Ya decidieron qué ordenar?

—¿Viene una tal Sara en el menú?

Levanté la vista. Mis ojos se toparon con un chico de, aproximadamente, dieciséis años.

—¿Ya dejaste los pañales? —repliqué con diversión.

Su expresión arrogante cambió de inmediato a una de enojo.

Sus amigos estallaron en carcajadas, logrando que se levantara de su silla y saliera hecho una furia.

—¿Ya decidieron? —Me crucé de brazos, esperando una respuesta.

Mi turno por fin había terminado. Ya podía irme a casa.

Pero la paz no solía durar mucho en mi vida, claro.

—Ven aquí, Sara. Quiero hablar contigo un momento —me llamó mi jefe, desde una de las mesas del fondo.

¿Y ahora con qué saldría?

Me acerqué hasta quedar frente a él.

—Te noto algo distraída estos últimos días.

—Eso no quiere decir que no haga bien mi trabajo —respondí, cansada de tener esta misma conversación semana tras semana.

Estaba ensañado conmigo. Y no era solo mi percepción; mis compañeros también lo notaban.

—Pero eso no es suficiente. Necesito que estés más alegre.

Lo observé, perpleja, unos segundos antes de responder:

—Disculpe si no estoy todo el día con una sonrisa de oreja a oreja, pero no he visto a ningún cliente quejarse de «mi mal humor».

—Deberías. —Apoyó los codos sobre la mesa, entrelazando las manos y, tras unos segundos, pronunció con un atisbo de amenaza—: Sabes que muchas personas estarían encantadas de ocupar tu lugar.

—¿Me estás amenazando? —respondí, mirándolo fijamente.

—Es solo una advertencia, Sara. Solo te pido que seas amable.

—¿Acaso preguntó por qué no estuve del mejor humor? No. Porque le da igual. En unos días se cumple un año de la muerte de mis padres y... ¡lo siento si no estoy súper feliz! Intento hacer lo mejor.

¿Por qué le estaba contando todo eso a alguien a quien no le interesaba en lo absoluto? No me agradaba la idea de quedar como víctima, pero...

mierda, no era un puto robot.

—Y lo siento, de veras —añadió—, pero no dejes que eso afecte tu trabajo.

—¿Sabe qué? Renuncio —dije, arrepintiéndome de esas palabras apenas las pronuncié.

¿Acaso podía echarme para atrás? No. Ya era tarde para mi orgullo.

—¿Qué? —Me observó con estupefacción, incorporándose con rapidez de su asiento.

—Conseguiré otro empleo. Quiero que me dé lo que me corresponde y lo que me debe —pronuncié con firmeza.

Era la primera vez que me plantaba ante él de esa manera, y no pensaba arrepentirme en ese momento.

—Piensa bien, Sara. Recapacita. Si renuncias, no conseguirás empleo de un día para el otro.

—Eso no le incumbe.

No pensaba seguir soportando sus constantes humillaciones.

—El dinero —pronuncié, estirando la mano impaciente.

De mala gana, se dirigió a la caja y retiró un fajo de billetes. Todo lo que me debía. Me puse a contarlos. Cuando confirmé que estaba todo, me encaminé hacia la puerta.

—¡No te extrañaré, Pol! —grité antes de salir, haciendo mi gran salida triunfal.

Después de unos minutos, llegué al apartamento que compartía con mis mejores amigos.

Busqué la llave en mi bolso, comenzando a desesperarme. La paciencia nunca fue mi virtud, así que terminé vaciando todo en el suelo.

Justo entonces, la puerta se abrió. Era Thomas.

—¿Qué haces? —Alzó una ceja.

—Nada. Ya sabes... besando el piso.

—¿Otra vez perdiste la llave?

Me conocía demasiado bien, el cabrón.

—Pues no. Aquí está. —Sostuve la maldita llave en el aire, sonriendo triunfalmente.

—Sarita... ¡Qué pervertida eres!

—¿Eh?

Miré al suelo y lo comprendí; había preservativos desparramados entre mis cosas.

Mi rostro ardió de vergüenza.

—¿Y qué con eso? Yo también tengo mis necesidades. Nunca se sabe, es mejor... prevenir.

Thomas rió a carcajadas y me ayudó a recoger todo.

Dentro, Becc estaba tumbada en el sofá, fumando un cigarrillo.

—¿Qué hay, chicos?

El ambiente olía a tabaco, pero no me molestaba, ya que los tres compartíamos el mismo vicio.

—Dame uno. —Me dejé caer en el sofá a su lado—. Estoy agotada.

—Saliste temprano —comentó Thomas.

—Renuncié —declaré sin anestesia—, pero mi jefe me dio el dinero que me debía. Hoy mismo comenzaré a buscar empleo.

—¡Te dije! Me debes cincuenta dólares —gritó Becc, sonriendo con superioridad.

Thomas bufó en respuesta.

—¿De qué hablan? —Mi mirada fue de uno a otro, confundida, mientras aceptaba el cigarrillo que me ofrecía mi amiga.

—Apostamos a que no durarías mucho tiempo más —explicó Thomas, abriendo una lata de cerveza.

—Dame. —Le arrebaté la lata para darle un largo trago. Cuando el sabor amargo invadió mi paladar, dije —: El tipo es un idiota, lo saben.

—Sí, lo sabemos. Soportaste demasiado tiempo. Yo lo habría mandado a la mierda el primer día —respondió Becc.

Pasamos el resto del día bebiendo y fumando, mientras en la tele se reproducía Vestidos de boda, el programa favorito de Becc.

—Agh. Quiten esto —se quejó Thomas.

—¡Shhh! —Becc le lanzó una mirada venenosa, logrando que guardara silencio.

✧ ✧

Mi habitación estaba tal como la había dejado esa mañana.

La cama individual seguía deshecha. Un par de prendas yacían desparramadas entre las sábanas. Me dispuse a doblarlas y guardarlas en el pequeño armario. La madera crujía cada vez que lo abría, como si también estuviera cansada de todo. Pero no era capaz de deshacerme de él.

La máquina de escribir —que reposaba sobre el escritorio— y los lienzos con pinturas acrílicas —apilados en un rincón de la habitación— eran las únicas pertenencias que había traído conmigo.

Pintar era uno de mis pasatiempos favoritos: lograba desconectarme del mundo entero cuando trazaba líneas que luego adquirían significado. Tenía muchas obras guardadas, pero nadie las había visto. No me atrevía a mostrar algo que se sentía tan personal.

La máquina de escribir la había heredado de mi abuela; un pequeño tesoro de los años sesenta. La cuidaba como si fuera una extensión de mí. Escribir me permitía liberar sentimientos que no me animaba a decir en voz alta, aquellos que solía ocultar tras un muro irrompible.

Mi aspecto desaliñado se reflejó en el espejo junto al armario, confirmando el caos que sentía. El cabello, recogido en lo que alguna vez había sido un moño, ahora parecía una maraña.

La ropa estaba arrugada, y las ojeras bajo mis ojos evidenciaban el cansancio que me invadía.

Había días en los que mi autoestima se desplomaba. Aún recordaba mi relación anterior. Él me hacía sentir inferior. Insuficiente. Como si todo fuera mi culpa. Durante mucho tiempo le creí.

Hoy sabía que el problema nunca fui yo.

Con el tiempo, aquel dolor que me despertaba llorando por las noches se fue transformando en indiferencia. Un día, simplemente, dejó de doler. Dejó de importarme.

Intenté vaciar la mente. No quería pensar más. Solo deseaba desconectar.

Ya eran pasadas las ocho, y mi estómago rugió con fuerza.

—¡Sara! —gritó Thomas desde la cocina—. ¡Ordené pizza!

—¿Del lugar que me gusta? —grité de vuelta, cruzando los dedos.

—¡Sí!

Pasaron un par de horas desde que cenamos y, finalmente, pude acostarme.

Encendí el ordenador para ingresar al portal de empleos. Aparecieron varios anuncios, pero el salario era una miseria.

Hasta que uno captó mi atención: se trataba de un bar que me resultaba familiar.

¿Dónde lo había visto antes?

Se busca camarera para turno nocturno. Buen salario. Presentarse con currículum y experiencia comprobable.

Anoté el número y la dirección para ir al día siguiente.
Con cinco años de experiencia, lo tenía asegurado, ¿no?
¿Qué me depararía ese bar que me resultaba tan familiar?
Tal vez, un nuevo comienzo.

2

Un encuentro inesperado

Me encontraba recorriendo un sendero que ya me era familiar. Era un parque rodeado de inmensos árboles que daban sombra, lo que hacía que correr resultara más ameno.

Me concentré en la música que fluía por los audífonos y no en el dolor que sentía en las plantas de los pies. Las gotas de sudor caían por mi frente sin cesar y la camiseta deportiva se pegaba a mi espalda, haciéndome arrepentir de esa decisión que por la mañana me había parecido una estupenda idea.

—¡Lo siento! —exclamé al chocar de frente contra alguien.

Levanté la vista y mis ojos se encontraron con los de un hombre alto, de mirada profunda, que parecía reconocer cada rincón de mi memoria.

—¿Te conozco?

Él sonrió; una sonrisa cálida, y soltó una suave risa que se coló en mis pensamientos.

—Creo que sí —respondió, y su voz me arrastró a recuerdos que creía olvidados.

—¿Estás segura? Bebiste mucho —me advirtió, apartándome con suavidad.

El calor recorrió mi cuerpo. La verdad era que sí, estaba borracha, pero también desesperada por olvidar, por sentir algo distinto a solo dolor.

—Estoy ebria, pero deseo esto —supliqué, tirando de su camiseta con urgencia—. Quiero olvidarme de todo, por favor...

—¿Acaso me quieres usar? —Su voz, baja, grave y pausada, me atravesó como una descarga eléctrica.

El corazón me martilleó con tanta fuerza que temí que pudiera salirse.

—Háblame nuevamente con esa voz y...

Él se acercó, acortando los pocos centímetros que nos separaban.

—¿Y qué? —susurró.

—No suelo rogar, David... —confesé en un susurro—, pero estoy despechada, excitada y... te deseo.

Era él. David. El barman. Parado frente a mí.

—Hola, Sara. Ha pasado tiempo.

—Sí... eh... mucho tiempo —me reí, sintiendo mis mejillas arder por aquel encuentro; aún recordaba sus manos recorriendo mi cuerpo con suavidad, pero también con deseo contenido.

—Un año. Creí que escribirías —su tono, lejos de sonar a reproche, transmitía más bien intriga.

Su mirada estaba fija en mí. Sus ojos atravesaban los míos con tanta profundidad que deseé apartar la mirada.

—Es que... tenía mucho que pensar. Creí que sería lo mejor —dije, jugueteando con el cable de los audífonos.

—Claro. Adiós, Sara.

Me lanzó una última sonrisa y se marchó.

Volteé con disimulo, pero ya se había alejado lo suficiente como para perderlo de vista.

Luego de media hora, me detuve un momento, sujetando mis rodillas e intentando inhalar la mayor cantidad de aire posible.

Volví sobre mis pasos —a pesar de la desgana, que debía admitir era demasiada— hasta llegar al apartamento.

Al entrar, un extraño olor invadió mis fosas nasales. Era un olor similar a...

—¡Sarita! ¡Amiga del alma! —Becc asomó la cabeza por la puerta de la cocina.

Vino a mi encuentro dando traspiés. Me sorprendió envolviéndome en un abrazo que casi logró que cayéramos de culo. Al observarla a los ojos, lo comprendí todo: sus pupilas enrojecidas y su sonrisa boba me confirmaron que había preparado su especialidad.

Me concentré en sujetarla con suavidad para guiarla hasta el sofá.

—¿Hiciste *brownies* locos?

—¡Siii! *Brownies* locos y locos *brownies* —se rió, lo que le provocó hipo —. ¿Quieres uno?

—No, Becc. Debo buscar empleo y debo estar lúcida para eso.

—¿No quieres probar mis deliciosos *brownies*? —Hizo puchero y sus ojos se llenaron de lágrimas.

Oh, no... Su faceta de sensibilidad extrema estaba saliendo a la luz.

Al llegar al sofá, la deposité con cuidado sobre él.

—Juro que luego los probaré.

Thomas apareció en el living. Percibí una diminuta mueca en su rostro, suficiente para confirmar que estaba enfadado.

—¿Aún no se le quita el efecto?

—¿A quién se le ocurre desayunar *brownies* locos? Estará todo el día drogada —repliqué con reproche.

—¿Y por qué me dices a mí? Apenas me descuidé un segundo y ya se había comido cuatro porciones. —Se cruzó de brazos—. Me voy a trabajar —comentó momentos después.

Thomas trabajaba con su padre en una inmobiliaria, donde los turnos iban rotando.

—¡Qué te vaya bien! —grité antes de verlo desaparecer por la puerta.

—Ay, Becc... —susurré, arropándola con una manta que estaba junto al sofá.

Becc no había tenido una vida fácil, por lo que a veces recurría a sus *brownies* locos. Siempre que los preparaba, sabía con certeza que algo no iba bien. Y, aunque no quería dejarla sola, debía presentarme en el bar cuanto antes.

Me di una rápida ducha de agua fría para refrescarme. Al salir, casi resbalé por el piso mojado, pero logré sujetarme a tiempo. Mi torpeza era algo a lo que ya estaba acostumbrada.

Elegir ropa fue un desafío con el calor infernal del exterior. Al final, opté por unos shorts vaqueros —no muy cortos—, una camiseta negra básica y las *Vans*.

Me cepillé el cabello intentando que quedara decente y descarté el maquillaje elaborado: rímel y *gloss* serían suficientes.

En el camino, revisé varias veces la dirección. Le di *play* a mi lista de música y traté de concentrarme en ella.

Un hombre de rizos y ojos color café se apoderó de mis pensamientos durante todo el trayecto.

Desde que volví a ver a David, no lograba sacarlo de mi cabeza. No sabía si era vergüenza o simple confusión. Para él, seguramente, solo había sido cosa de una noche. Para mí también. O eso intentaba convencerme.

No debía hacerme ilusiones por una noche pasional. ¿Por qué tenía que ser tan... piscis?

Finalmente, llegué al bar indicado. Un cartel colgaba en lo alto: *Éxtasis.*

Era un lugar lujoso, nada comparado con las cafeterías en las que acostumbraba trabajar.

Tomé aire antes de entrar.

—Abrimos en un par de horas —dijo una suave voz, sin levantar la vista de la mesa que estaba limpiando.

—Quiero dejar mi currículum.

Observé todo el lugar con fascinación: mesas de cristal, taburetes altos de madera, cuadros estratégicamente ubicados y, detrás de la barra, una repisa repleta de botellas de todos los colores.

—Tienes que hablar con él. —Señaló detrás de mí, continuando con sus tareas.

Volteé, extrañada por no haber visto a nadie más. Y vaya sorpresa la que me llevé...

—¿Otra vez tú? —exclamé, sorprendida.

—Eh... sí. Trabajo aquí.

Esto tenía que ser una jodida broma.

Ahora recordaba el bar. Hace un año estuve aquí, borracha, con el corazón hecho trizas y con ganas de desaparecer. Jamás creí que volvería para pedir empleo. No parecía el mismo sitio; estaba tan diferente que nunca se me habría ocurrido que se trataba del mismo lugar.

Lo observé un momento, cohibida por la situación. Pero ya estaba aquí y tenía que enfrentarlo, ¿no?

—Vengo por la entrevista de trabajo —dije, tragando saliva y desviando la vista.

—No tenía idea.

Me recriminé mentalmente por ser tan impulsiva y venir sin llamar.

—Vi el anuncio en el portal de empleos y no llamé. Lo siento, debí hacerlo.

—No, está bien. Necesitamos una camarera. Supongo que tienes experiencia.

—Sí, claro.

—Ven, vamos a sentarnos. —Se encaminó hacia una de las mesas más alejadas, conmigo siguiendo sus pasos.

Me toqué los dedos, nerviosa. Hacía años que no me enfrentaba a una entrevista; había estado tres años en mi último empleo.

La boca se me secó.

Me invitó a sentarme en un extremo y él se acomodó en el otro.

—Y bien, Sara... —se quedó en silencio, esperando que yo continuara.

—Ruiz. Sara Ruiz.

Admiré el profesionalismo con el que manejaba la situación. Como si no recordara. Pero yo no podía olvidar la forma en que me sostuvo esa noche...

—¿Tienes calor?

—¿Eh? —respondí abruptamente, pensando en que quizás estaba adivinando mis sucios pensamientos.

—Estás roja —se rió un poco, haciendo que se le marcaran unos tiernos hoyuelos en las mejillas—. Tranquila, Sara. Esto será rápido.

La forma en que sus labios pronunciaban mi nombre me recordaba a la forma en que me...

—¿Quieres hablar de tu experiencia? —interrumpió mis indecentes pensamientos otra vez.

Mis mejillas, a esa altura, ardían tanto que pude sentir cómo me hundía cada vez más en el asiento.

—Tengo cinco años de experiencia. Hace unos días renuncié a mi anterior empleo.

No tenía idea de si decir eso podría llegar a perjudicarme, pero preferí ir con la verdad.

—¿Puedo preguntar por qué? —Apoyó los codos en la mesa, restándole formalidad al momento.

—Mi exjefe es un idiota.

Él sonrió ante mi honestidad.

—¿Puedo preguntar por qué otro empleado me está haciendo la entrevista?

—Se podría decir que mi jefe me tiene confianza. Me da estas tareas porque a él no le gusta hacerlas —explicó con sinceridad.

—Claro.

—Te propongo que comiences una prueba. ¿Te parece?

—¡Sí! Eh... sí. Muchas gracias. —Sonreí ampliamente al ver que todo iba como deseaba.

—Bien. Abrimos a las ocho, pero preferiblemente ven media hora antes.

Se levantó de su silla y solo pude pensar en lo imponente que se veía debido a su estatura.

Yo también me incorporé, colgando el bolso en mi hombro. Tuve que mirar varios centímetros hacia arriba para poder verlo a los ojos. No era una persona baja —estatura promedio, metro sesenta y dos—, pero este hombre rozaba el metro noventa, seguro.

—Te veo esta noche, Sara.

—¿Tienen alguna norma de vestimenta? —pregunté, al percatarme de ese detalle.

—No somos estrictos con eso, pero supongo que sabrás resolverlo. Ah, tenemos una camiseta con el nombre del bar que los demás camareros también usan.

—¿Y tú no? —Enarqué una ceja, con diversión.

—No soy camarero, Sara. Soy barman.

—Te veo esta noche, David.

—Recordaste mi nombre —pronunció, levantando las cejas, con sorpresa.

—No podría olvidarlo.

✧✧

Lo primero que vi al ingresar al apartamento fue a Becc, que seguía tendida en la misma posición en la que la había dejado antes de marcharme.

—Becc —susurré mientras me agachaba hasta quedar a su altura—. Becc... —Le di suaves palmaditas en el hombro.

Siempre le costaba horrores despertar.

—Rebecca —insistí, esta vez moviéndola con más fuerza.

Comencé a ponerme nerviosa al ver que no hacía ningún tipo de movimiento.

—¡Rebecca! —grité, volteándola hasta dejarla boca arriba. Estaba pálida y yo empalidecí con ella.

Un zumbido me llenó los oídos. La garganta se me cerró. No se movía. No reaccionaba.

—¡Despierta, Becc!

La moví con desesperación al ver que no se inmutaba en lo absoluto.

Mi alma volvió al cuerpo al oírla murmurar incoherencias.

—¡Qué susto me has dado, idiota! —Me dejé caer en el sofá, sujetando su cabeza en mi regazo.

Le acaricié el cabello, maldiciéndome por no haberme quedado a cuidarla.

—Becc —susurré.

—¿Qué sucede? Déjame dormir —se quejó, permaneciendo con los ojos cerrados.

Su voz me transportó a los momentos en que mi madre me regañaba por no querer levantarme para ir al instituto.

—En un par de horas tienes que ir a trabajar. Debes comer algo.

—Cinco minutos más.

A Becc la quería como a una hermana; la hermana que nunca tuve. Solo de pensar en que alguien pudiera atreverse a lastimarla, podría llegar a transformarme en el mismísimo demonio.

—Esta noche estaré a prueba en el bar —le conté con una sonrisa.

Fue abriendo los ojos lentamente.

—¿En serio? Me alegro por ti, Sarita. —Me envolvió en un abrazo.

—¿Te quieres duchar?

La ayudé a incorporarse hasta dejarla sentada.

—Sí.

Empecé a preparar unos vegetales salteados mientras Becc se alistaba para el trabajo; era bailarina en un club nocturno de la ciudad.

—¡Ya está lista la cena, Becc! —grité desde la cocina.

Mi mejor amiga apareció en el umbral de la puerta, completamente alistada. Su rostro estaba impecable, sin rastros de ojeras. Becc amaba el maquillaje y, en su trabajo, lo requería, según ella.

—Huele delicioso.

—Debo apresurarme o llegaré tarde.

—Llegarás bien. Ve a prepararte —dijo, dándome empujoncitos para sacarme de la cocina.

Corrí a mi habitación para buscar qué ponerme. Otra vez, el mismo dilema...

En la mesa ya estaba todo preparado, así que solo tuve que sentarme y empezar a engullir rápidamente, debido al hambre y al poco tiempo del que disponía.

—¿Estoy bien así? —le pregunté a Becc con la boca llena, provocando una carcajada por su parte.

—Te verías bien hasta con una bolsa de basura.

—Lo dices porque me quieres.

—¡Claro que no, mujer! Estás acorde a la situación.

—De acuerdo. —Tragué con dificultad, no muy convencida con su respuesta.

Luego de cepillar bien mis dientes, volví a repasar la capa de rímel y me coloqué nuevamente brillo labial.

—¡El bolso! —gritó Becc desde la cocina, deteniendo en seco mis pasos.

Como siempre, casi olvidaba lo más importante.

—¡Te quiero!

—¡Y yo a ti! —respondió.

Al salir, choqué de lleno con Thomas, que recién llegaba de trabajar.

—¿A dónde vas? —preguntó con ojos curiosos.

—A una prueba de trabajo.

—¡Suerte!

Me dio un corto abrazo antes de adentrarse al apartamento.

Cuando llegué al bar, pude vislumbrar a personas acomodando mesas y sillas. Ojeé la hora en el móvil, temiendo haber llegado tarde, pero no: eran las siete y treinta. Escudriñé el lugar y vi a David detrás de la barra.

—Hola —saludé al llegar hasta él.

—Hola, Sara —respondió, echándome una rápida mirada de arriba abajo —. ¿Quieres usar la camiseta que te mencioné?

—Estoy a prueba, ¿no?

—Confío en ti.

—De acuerdo —dije, no muy convencida.

Me guió hasta los baños que se encontraban al fondo y me entregó la camiseta negra; las letras en naranja neón resaltaban el nombre del lugar.

—Puedes cambiarte allí —dijo, señalando el baño de mujeres, a lo que asentí con la cabeza.

—Te queda perfecta —me halagó al verme, sonriendo satisfecho—. Ven, te presentaré a los demás.

Después de todas las presentaciones correspondientes —en las cuales todos fueron muy amables conmigo—, David abrió el bar.

Como estaba a prueba, solo debía atender una mesa esa noche, y eso me tenía muy nerviosa.

—¿Nerviosa? —Lis pareció adivinar mis pensamientos.

—Sí... un poco.

—Tranquila, que todo irá bien. Mira, ya están empezando a llegar personas.

Observé a la puerta y, efectivamente, un grupo ingresó al lugar, siendo guiado por Josué a sus respectivas mesas.

Así transcurrió la primera hora.

La mesa que tenía asignada aún no había sido ocupada, así que solo me limité a observar a los demás y, de vez en cuando, a echarle miraditas fugaces a David, que se encontraba batiendo energéticamente una bebida.

—Es tu turno, Sara —anunció Lisa, llegando a mi lado.

Bien, mi momento había llegado. Con libreta y bolígrafo en mano, me acerqué a una de las mesas del fondo.

—¡Hola! Mi nombre es Sara y seré su camarera esta noche. ¿Ya decidieron qué ordenar?

Empleo nuevo, frase nueva...

—Oh, mira a quién tenemos aquí...

El corazón me dio un vuelco.

Esa voz.

Esa maldita voz.

¿Por qué, de todos los lugares que había en esta ciudad, tenía que venir precisamente a este?

Claramente, el universo me tenía una especie de manía personal.

3

Trabajo nuevo y… la sombra del pasado

No podía estar pasándome esto... no justo hoy. No en mi período de prueba.

Mark, el causante de mis males, el imbécil de mi exnovio, me observaba fijamente, con diversión en los ojos.

Respiré hondo y decidí ignorarlo.

A pesar de que me habría encantado poder decirle unas cuantas cosas, debía concentrarme en lo importante: conservar este empleo.

—¿Ya decidieron? —Observé a las demás personas que ocupaban la mesa.

A algunos los recordaba; también habían sido mis amigos alguna vez.

—Cuánto tiempo, Sara —insistió él, con su irritante voz.

Escuchar mi nombre en su boca me revolvió el estómago.

Sonreía con aires de rey, como si el resto del mundo existiera solo para ser pisoteado.

—Sí, mucho tiempo —respondí tajante, haciendo crujir la madera por el repiqueteo de mi pie contra ella.

—¿Qué nos recomiendas? —preguntó uno de ellos.

—Supongo que todo.

—¿"Supones" que todo? —volvió a hablar Mark.

Lo estaba disfrutando: el poder darme órdenes. Encontraba placer en humillarme.

—Es mi primer día, así que no conozco bien el menú.

—¿Tu primer día? Así que finalmente renunciaste a tu anterior empleo...

Sentí un fuerte impulso de sacudirle la libreta por la cabeza. Pero, en vez de eso, respondí con sequedad:

—No es de tu incumbencia.

—¿Así atiendes a tus clientes el primer día?

Maldito imbécil. No había cambiado en nada.

Ahora que lo veía bien, no comprendía qué le había visto. No podía negar que era guapo: ojos azules, cabello rubio, sonrisa perfecta y cuerpo de atleta. Pero toda su belleza se arruinaba con esa superioridad de mierda, con esa sonrisa burlona que lo volvía patético. Debería haberle dado vergüenza mirarme a la cara. Y, sin embargo, ahí estaba, sonriendo como si nada.

—Debo atender otras mesas. Así que, si pueden ordenar... —mentí, deseando escapar lo antes posible.

De reojo, pude ver cómo David nos observaba fijamente. Por la forma en que miraba a Mark, parecía haberse dado cuenta de que era mi ex.

Rodeó la barra y se dirigió hacia nosotros. Su andar era tranquilo, pero decidido. Cuando llegó, se posicionó a mi lado.

—¿Todo en orden? —preguntó.

—Queremos que la señorita nos comente la especialidad del bar. —Mark lo desafió con la mirada, enderezando su postura.

—Me temo que Sara no va a poder ayudarlos, pero personalmente les recomiendo la pasta —respondió David con amabilidad.

—Pasta, entonces.

—Bien.

—Y quiero seis *whiskies*. Los más costosos que tengas —dijo con su típica actitud altanera.

—Enseguida —respondió David con cortesía, a pesar de la odiosa actitud de Mark —. Acompáñame, Sara.

Lo seguí hasta la barra, sin poder evitar pensar: ¿y si Mark lo había arruinado todo?

—¿Te estaba molestando? Te noté incómoda.

—No, no. Estoy bien. —Me obligué a forzar una sonrisa que pareciera convincente.

—¿Segura? No quiero que te sientas mal. Tenemos políticas sobre que los clientes no siempre tienen la razón.

—Lo que menos quiero es causar problemas el primer día. —Bajé la mirada, apenada—. El tipo que se comportó como un idiota es mi ex.

—Entiendo... ¿Quieres que se ocupe alguien más?

—No, David, estoy bien —respondí, esforzándome por sonar segura, aunque por dentro ardiera de rabia.

—Si te molesta, solo dímelo, ¿de acuerdo? —Se acercó más.

En la mesa, Mark no despegaba los ojos de nosotros y murmuraba algo a sus amigos que, en respuesta, reían por lo bajo. Me mordí el labio, conteniendo la rabia que me recorría entera.

—Está listo el pedido —me avisó Lisa al acercarse.

Era hora de mostrar mis habilidades...

Deposité todos los platos con cuidado sobre la mesa, bajo las atentas miradas de los presentes. Mark los observó con una mueca de desagrado y pronunció con malicia:

—Aquí falta algo.

—¿Qué falta?

Revisé con la mirada todos los platos, en busca de algún error. Sin embargo, estaba todo.

—Pedimos pan. ¿Acaso ves el pan? Porque yo no y ustedes —Mark observó a los amigos y añadió con burla—, ¿lo ven?

Ellos negaron con la cabeza, divirtiéndose con el momento, como si aquello fuera un show y ellos, los espectadores.

—No lo pidieron —contradije, sintiendo la vena del cuello palpitar.

—Lo pedimos —replicó él.

Ah, con que a eso quería jugar...

—Escúchame bien, Mark. Es mi primer día y no permitiré que lo arruines. Si tienes que decirme algo, me esperas a la salida y lo discutimos —espeté, furiosa.

—No has dejado de ser... —Me observó con desprecio y luego escupió la palabra con asco—: Tú.

—Veo que tú tampoco.

—Tienen que irse. —La voz de David me tomó por sorpresa.

Estaba tan consumida por la rabia que no lo vi acercarse.

—Lo siento mucho —le dije, apenada.

—Te aseguro que no eres tú la culpable.

La tensión que se percibía en el ambiente se podía cortar con cuchillo. David y Mark se enfrentaron en una guerra de miradas.

—La zorra de la camarera se confunde con el pedido y es nuestra culpa.

David rió, pero no fue una risa precisamente agradable.

Sus manos se tensaron, formando puños, y las venas de sus brazos se marcaron.

—Se los pido una última vez: retírense por las buenas. O tú —dijo, señalando a Mark—, podemos resolverlo afuera, y te aseguro que no te agradará en lo absoluto.

—No es necesario, David —intervine, agobiada por la situación.

—Ya nos vamos —dijo finalmente, levantándose, con sus amigos siguiendo sus pasos.

Cuando se estaban alejando, Mark se detuvo y miró sobre su hombro.

—Ya nos veremos, Sara —dijo antes de salir por la puerta.

Roja de la vergüenza, miré a mi alrededor: varios ojos curiosos nos observaban.

David, al captar mi incomodidad, me tomó de la mano y me guió hacia una zona apartada.

—¡Cuánto lo siento, David! Lo que menos quería era causar problemas el primer día. Necesito el empleo, pero entiendo si...

—*Shhh,* tranquila —interrumpió mis atropelladas palabras, acercándose lo suficiente como para que pudiera sentir su aliento a menta—. No fue tu culpa.

—¿No me dirás que estoy fuera? —pregunté, confundida.

—Al contrario. Estás contratada. Ven, acompáñame.

Salimos a un pequeño patio interno. Sacó una cajetilla de cigarrillos de su bolsillo y encendió uno.

—¿Fumas?

—Sí.

Colocó uno entre mis labios y lo encendió él mismo.

Y sería una completa mentirosa si dijera que, en ese preciso momento, mis piernas no flaquearon o que mi corazón no latió con fuerza.

Me tomé un momento para observarlo de cerca: inhaló el humo, lo retuvo un instante y luego lo expulsó. Ese simple gesto logró desarmarme.

Fumamos en silencio; un silencio para nada incómodo, sino reconfortante.

A su lado me sentía... segura. Pero no, no debía pensar así.

—Debo volver —corté el momento.

—Ya pasaste la prueba.

—Y tú no tienes que... eh... ¿preparar bebidas?

Dios... ¿Qué tontería acababa de decir?

—Josué está al mando de la barra.

Contuve el aliento al verlo así: chaqueta de cuero, tejanos oscuros y cabello desordenado.

—Deberíamos salir —sugirió con calma, tomándome por sorpresa.

—¿Mezclar trabajo y vida privada? —Alcé las cejas.

—¿Acaso no podemos ser amigos?

Imposible.

—Eh... sí, claro.

—Aunque, pensándolo bien —dijo, mientras exhalaba el humo—, te haría cosas que a mis amigas... no.

No supe qué responder.

4

La desolación

—¡¿Qué?! —exclamaron al unísono.

Sus palabras permanecían fijas en mi memoria: «*Te haría cosas que a mis amigas no*».

—No lo repetiré.

—Vaya suerte la tuya... Primer día y ya tienes una cita.

Estábamos tumbados pasando el rato, hasta que no pude contenerme más y les conté lo que había sucedido la noche anterior con David, omitiendo el percance con Mark.

Becc descansaba las piernas en el regazo de Thomas, mientras él nos observaba, asintiendo cuando lo creía necesario.

—¡No! Nunca dije que haya aceptado.

Inmediatamente recordé que se me había pasado por alto algo muy importante: preguntarle su signo zodiacal.

Ese último año me había dedicado de lleno a estudiar astrología, específicamente los signos del zodiaco. Y, por más que muchas personas lo vieran como algo estúpido y sin sentido, para mí era algo muy real.

—¿Qué ocurre? —indagó Becc, al percatarse de mi expresión horrorizada.

—No sé de qué signo es.

Mis amigos estallaron en carcajadas.

—¿Por qué te importa eso? No necesitas saberlo para tener sexo. Ni que se fueran a casar.

—Estoy de acuerdo —dijo Thomas, asintiendo.

Ahora que no debía acotar, lo hacía. Estupendo.

—Gracias, Thomas.

—Además, ya se conocen. Un punto a tu favor.

—Le preguntaré la próxima vez —repetí.

—Se espantará. —Becc negó con la cabeza, dejando en claro su indignación con la situación.

—Tengo veintiún años, demasiadas malas experiencias y... soy de Piscis —me excusé.

—Ya sabemos que eres una llorona sensible, pero bien que esa noche se te olvidó preguntarle...

Abrí los ojos de par en par.

—¡Rebecca!

—Ve y pregúntale, pero si no te gusta la respuesta, tú te lo pierdes.

—Hablemos de otra cosa —concluí.

Sabía que parecía una tonta excusándome en el zodiaco, pero en mi defensa esas cosas siempre acertaban.

—¡Hablemos de tu cumpleaños! —propuso Thomas, entusiasmado.

—No, de eso no.

Empujé con mis piernas el cuerpo de Becc, que se había adueñado del sofá. Ella se quejó en respuesta y, de mala gana, me cedió espacio.

—Debemos festejar —insistió Thomas.

—No, no, no. Solo seremos nosotros.

—¿Oí bien? ¡Cumples veint...!

—Cállate. —Le lancé una mirada furtiva a Becc.

—Pero, mujer... ¡Eres joven!

—No quiero festejar a lo grande. Además, no conozco a muchas personas que pueda invitar.

—¿David? —sugirió Thomas, alzando una ceja.

—¿Podemos hablar de algo más que no sea David ni mi cumpleaños?

Becc se levantó del sofá y se dirigió a la cocina, no sin antes vociferar:

—*Aish*... ¡Eres una amargada!

Cuando volvió, trajo consigo una lata de cerveza.

Ellos se pusieron a ver una película, a la cual no estaba prestando demasiada atención. Solo sabía que se trataba de guerras y del fin del mundo; ambos eran aficionados a ese tipo de géneros.

—Voy a salir —anuncié.

—¿A dónde? —preguntaron al unísono, sin despegar la vista de la pantalla.

—No sean controladores. Saldré a caminar.

—¿Quieres que vaya contigo? —preguntó Becc, riendo por algo que ocurría en la película.

—No, Becc. Quiero ir sola.

—Cuídate —dijo finalmente.

Mis amigos eran muy protectores. Éramos una pequeña familia y, al no tener a mis padres conmigo, ellos hacían que la vida se sintiera un poco más reconfortante.

—¡Los quiero! —grité antes de salir por la puerta, con mi bolso colgado al hombro.

—¡Te queremos! —alcancé a oír antes de cerrar la puerta tras de mí.

Me coloqué los audífonos y le di *play* a mi lista. La música siempre me ayudaba a desconectarme cuando no quería pensar de más.

Comencé a caminar sin rumbo fijo. En un momento, vi a un hombre vendiendo flores en un pequeño puesto.

—Hola —pronuncié, sonriendo con amabilidad al llegar a su lado—. ¿Me puede dar un ramo de esas? —Señalé las flores violetas; eran las favoritas de mi madre.

—Por supuesto, señorita.

Me tendió el ramo y, una vez que le di el dinero, continué mi camino.

Vislumbré el inmenso cementerio desde fuera. Las puertas de hierro, pintadas de negro, estaban completamente abiertas de par en par. Me adentré en el lugar, saludando con la mano al hombre que lo cuidaba; él me devolvió el saludo ampliando una sonrisa.

Las lápidas a mi alrededor —algunas cuidadas y otras no tanto— me provocaron un leve escalofrío; solo pude pensar que allí terminaríamos todos algún día, convertidos en polvo y huesos.

Casi llegando al fondo, visualicé las lápidas de mis padres.

María Ortiz de Ruiz
“1970-2020”
«*En memoria de una excelente madre, esposa, hermana, pero sobre todo, mujer.*
Que tu paz sea eterna. Siempre te recordaremos».

Luis Ruiz
“1968-2020”
«*No lloren por mí.*
Voy a estar riendo y bailando en el más allá, donde sea que eso sea».

Se me escapó una risa melancólica al leer la dedicatoria, en honor a la frase que solía decir mi padre; el hombre más gracioso y vital que había conocido.

—Hace mucho no vengo por aquí —dije mientras depositaba las flores en ambas tumbas—. Tengo mucho que contarles. Encontré un nuevo empleo, ¿saben? Mi jefe anterior era un completo idiota que me humillaba y, si algo me enseñaron ustedes, es a no permitir que nadie lo haga.

—Me dijo que no soy lo suficientemente popular para entrar en su grupo —confesé, con la vista gacha.

—Sara, cariño. —Mi padre levantó mi mentón con dulzura—. Si esas chicas creen que no eres suficiente para estar en su grupo, es porque no te merecen y no tienen idea de lo especial que eres. Tú no pierdes nada, cariño. Ellas te pierden a ti. Se pierden de tener de amiga a una persona maravillosa. Y no lo digo por ser tu padre; lo digo porque lo eres. No dejes que nadie diga lo contrario, ¿de acuerdo?

—Los quiero —susurré, dándoles un gran abrazo mientras ellos me acurrucaban en sus cálidos brazos.

—Y nosotros a ti, hermosa hija —dijo mi madre con dulzura, acariciándome el cabello.

Un nudo se formó en mi garganta al recordar ese momento que habría querido que durara para siempre.

De haber sabido lo que pasaría, los habría abrazado más y les habría dicho cuánto los amaba. Más que mis padres, habían sido mis mayores confidentes.

—Los extraño muchísimo, no se imaginan cuánto. Becc y Thomas me hacen sentir en casa, pero desearía que estuvieran aquí... —se me escapó un sollozo—. Estoy mejorando mis pinturas. Hice un retrato de ustedes. Claro que no les hace justicia, pero está reflejado todo mi amor. Aún no lo ha visto nadie. Sé que, si estuvieran aquí, me dirían que muestre mi talento al mundo, pero es algo que me hace sentir un poco más cercana a ustedes y no estoy preparada para que vean esa parte de mí. No saben cuánto... desearía retroceder el tiempo e insistirles en que no hicieran ese viaje, pero no se puede. No puedo volver atrás.

Aún recordaba esa maldita llamada del agente policial; su voz anunciando la peor noticia de mi vida: que mis padres habían muerto en un accidente automovilístico.

Como caí de rodillas sobre el suelo frío, el pitido en los oídos haciéndose cada vez más fuerte, la sensación de asfixia trepando por mi garganta y, finalmente, la terrible desolación.

Del cielo, ahora cubierto de nubes negras, cayeron las primeras gotas, mezclándose con mis lágrimas.

Dejé salir todo el dolor, ese dolor que solía ocultar tras sonrisas.

Lo dejé salir todo, llorando desconsoladamente, sin importar cuán empapada estaba.

5

¿Somos compatibles?

Al cruzar la puerta de entrada, un aroma delicioso se coló por mis fosas nasales.

—¡Sara! —exclamó Becc, acercándose con rapidez—. ¡Estás empapada! ¡Te dará un resfriado! ¿Dónde estabas?

—Fui al cementerio —confesé en un susurro, aún afectada.

—Oh... —Me rodeó con sus brazos sin importarle mojarse—. ¿Por qué no me pediste que vaya contigo?

—Necesitaba ir sola. Iré a ducharme.

—¡Thomas! ¡La sopa!

—¿Sopa?

Me puse de buen humor al oírlo. Justo lo que necesitaba: un plato caliente.

—¡Thomas!

—¿Qué pasa, Rebecca? ¡Estoy con los audífonos!

—*Agh*. ¡Este hombre!

Se fue dando traspiés a la cocina, seguramente para seguir reclamándole.

Una vez que terminé de alistarme, me encaminé a la cocina, donde mis amigos me esperaban observándome acusadoramente.

—¿Qué? —pregunté.

—¡Te enfermarás! —expresaron al mismo tiempo, observándose... ¿sonrojados?

Busqué la mirada de Becc, pero la desvió, evitando el contacto visual.

—¿Irás caminando con este temporal? —preguntó Thomas, colocando los tres platos de sopa sobre la mesa.

—Ya no llueve —respondí mientras la saboreaba—. Está exquisita.

—Siempre dices lo mismo —recriminó Becc.

—¿A ti no te gusta? —La desafió Thomas con la mirada, logrando que casi se atragantara.

¿Qué pasaba con esos dos?

Becc revolvió la sopa sin probarla, y Thomas evitó mirarla. El silencio pesó más que cualquier palabra.

✧✧

Divisé la puerta del bar a unos metros de distancia. Justo en ese momento, Lisa ingresó al lugar y, al verme acercar, se detuvo en la entrada.

—Hola, Sara —saludó con una amplia sonrisa.

—Hola, Lis.

Me resultó extraño no ver a David detrás de la barra.

Decidí ir al baño para comprobar si la humedad había arruinado mi cabello, pero, en el estrecho pasillo que conducía hacia él, unas voces me detuvieron a mitad de camino. Una pertenecía a David. La otra era de... ¿una mujer? No parecían conversar amigablemente.

Desde donde estaba podía ver la espalda de David, rígida. A quien sí distinguía con claridad era a una mujer hermosa, de tez morena, cuerpo estilizado y un cabello que le caía hasta la cintura.

—No puedes aparecer en mi trabajo, Judith —murmuró con fastidio.

—Pero es que... te extraño, Dav.

¿Dav?

Ella enroscó los brazos en su cuello, pegándose a él.

¿Por qué sentí ganas de quitárselos de un manotazo?

No. Me daba igual. Completamente igual.

—Ya hablamos de esto... —Intentó apartarla, sin éxito.

—Por favor, mi amor...

¿Amor? ¿Acaso era...?

—¿Y tú quién eres?

Maldición.

Me habían descubierto.

¿Por qué últimamente el universo conspiraba en mi contra?

Tenía dos opciones: hacerme la desentendida y salir huyendo, o dar un paso al frente y enfrentar la situación.

La primera opción se esfumó cuando sentí la mirada de David clavarse en mí.

Respiré hondo y avancé.

—H-hola —saludé, casi en un susurro.

La mujer me escaneó de pies a cabeza. No con curiosidad, sino con juicio.

—No mencionaste a la nueva —le susurró al oído, en un volumen cuidadosamente calculado para que yo también lo oyera.

—No tenía por qué, Judith —respondió él, mirándome y sonriendo con descaro, ignorando la fulminante expresión de ella.

—Soy Judith, la novia de David —anunció, avanzando un paso. Sus tacones sonaron como si cada golpe fuera una advertencia. Se cruzó de brazos mirándome con descaro—. ¿Tu nombre, querida?

Parpadeé, perpleja ante su actitud.

—¿Puedes irte, Judith? —intervino David, pasándose una mano por el cabello, visiblemente fastidiado.

—¿Sabes por qué estoy aquí? Porque es la única forma de verte. No devuelves mis llamadas —dijo, colgándose de su cuello.

Él la apartó con suavidad, como si estuviera acostumbrado a ese tipo de escenas.

—Por algo será.

—Un gusto conocerte, Judith —dije al pasar junto a ella.

—No puedo decir lo mismo de ti, perra.

Me tensé. Por poco retrocedí, pero me contuve. No valía la pena.

Cerré la puerta del baño con fuerza.

Segundo día de trabajo y los dramas ya parecían haber comenzado.

Me detuve frente al espejo. Algo en la mirada de Judith me revolvió por dentro. Me recordó a las burlas sobre mi cuerpo en el vestuario del instituto. Pensé que era un tema superado, pero solo bastó una mirada de esa mujer para que todo saliera a flote. ¿Por qué me afectaba tanto la opinión de alguien que no me conocía?

Las voces continuaron oyéndose en el pasillo.

—¿Por qué no me cuentas nada, David?

—No te debo explicaciones, Judith. Tú y yo no somos nada —se percibía irritación en su voz.

¿Sería verdad? ¿O solo era otro tipo del montón que te ilusionaba, te enamoraba y luego fingía no conocerte?

No estaba segura de cómo era David. Una noche de pasión no me aseguraba conocerlo en profundidad.

Deseaba salir de ese maldito baño, pero no quería volver a pasar por el pasillo y recibir más miradas de odio.

Lancé un bufido sin saber qué más hacer al respecto.

La puerta se abrió. Automáticamente creí que se trataba de Judith. Pero era Lisa, que me lanzó una sonrisa compasiva.

—¿Ocultándote en mi lugar seguro? —Cerró la puerta con la cadera, y susurró—: El baño también sirve de refugio espiritual, por si no te lo dijeron.

Logró sacarme una sonrisa genuina.

—Gracias por el dato.

—Judith se ha ido. David me envió para comprobar que estuvieras bien.

—Oh, no era necesario. Fue un poco incómodo, pero estoy bien.

—Eh... sí, se podría decir que Judith es algo intensa cuando se trata de David.

—¿Algo? —proferí una risa irónica.

—Ella cree que siguen siendo novios —explicó, sacando de su bolso una coleta para el cabello—. Detesto la humedad.

—Es detestable. —Observé mi intento de moño en el espejo—. ¿Por qué cree eso?

—Se conocen desde pequeños, ya que sus familias son amigas. Fueron novios un par de meses y Judith se obsesionó con él —confesó, conteniendo una mueca de desagrado.

—Qué pena. Es una mujer muy linda para estar detrás de alguien que no le corresponde.

Dos golpecitos retumbaron en la puerta y la voz de Josué interrumpió nuestra conversación.

—¿Están bien? El bar comienza a llenarse...

—¡Ya vamos! —exclamó Lisa.

Me agradaba.

Las mesas, poco a poco, fueron ocupadas por personas que llegaban al bar.

Inconscientemente, mi mirada se dirigió a la barra, donde un par de ojos cafés me observaban de forma penetrante, logrando que mi rostro adquiriera un leve color rojizo. Me eché aire con las manos, con el mayor disimulo

posible, y observé las mesas que me correspondía atender esa noche. Eran tres.

Me acerqué con libreta en mano, lista para anotar el pedido. Un grupo de amigas —que no debían pasar de los diecisiete años— reía por lo bajo.

—¡Hola! Mi nombre es Sara y seré su mesera esta noche. ¿Ya decidieron qué ordenar?

—¡Hola! Para beber, Coca-Colas. Y para comer, esto de aquí —dijo una de ellas, señalando el menú con el dedo.

—Estupendo. —Anoté rápidamente, aunque recordaba perfectamente el pedido.

—Disculpa —pronunció una de ellas, deteniéndome—. ¿Tienes idea si el barman está soltero? —Sus mejillas ardían.

—¡Te dije que se atrevería! —chilló otra.

—No tengo idea. —Sonreí a modo de disculpa y retomé mi camino, dejando sus risitas atrás.

—Por aquella mesa preguntan si tienes novia —canturreé al llegar a la barra.

—¿Por aquella mesa o... tú?

—Por aquella mesa —confirmé.

—Qué pena —dijo... ¿decepcionado?

Se veía tan atractivo. No entendía qué me sucedía. Tenía claro que hacía mucho tiempo no tenía sexo, pero no como para tener las hormonas tan disparadas.

¿Acaso me había vuelto nuevamente una adolescente?

—Seis Coca-Cocas. —Me aclaré la garganta, jugando con el bolígrafo —. A, a... *¡Achís!*

—Te enfermaste —asumió él.

Estornudé de nuevo, confirmando sus palabras.

—Sexy —ironizó David, sin contener la risa.

—Las bebidas, por favor —dije, con la dignidad por el suelo.

—Claro —respondió, riendo por lo bajo.

Su risa sonó como una dulce y embriagadora melodía para mis oídos.

La voz de Becc reprendiéndome por tanta cursilería retumbó en mi mente.

Fingí desinterés, observando fijamente cómo vertía el contenido de las gaseosas en los vasos. Estiró las manos, ofreciéndome la bandeja.

Le lancé una última mirada sobre mi hombro antes de dirigirme a la mesa y depositarlas.

La jornada por fin terminó. Las horas pasaron tranquilas, aunque cada vez que me alejaba para estornudar la vergüenza era absoluta. Solo quería una ducha caliente, silencio y no pensar más en hombres por ese día.

Me despedí de todos, evitando acercarme a David; solo lo saludé de lejos con la mano. Pude ver su mirada confusa, pero no reclamó.

El viento me dio de lleno en la cara. ¡Genial, justo lo que necesitaba para cerrar con broche de oro!

Cerré la chaqueta hasta el cuello, metí las manos en los bolsillos y eché a andar a paso rápido.

Un auto frenó a mi lado. Instintivamente, rodeé el gas pimienta dentro de mi bolsillo. La ventanilla del *Chevrolet Cruze* bajó.

—¿Te llevo? —dijo aquella voz que reconocí de inmediato.

Solté el aire contenido.

—¡Me asustaste! —le recriminé, aflojando el cuerpo tenso.

—Sube —respondió, abriendo la puerta de copiloto.

Dudé un segundo. No por miedo a él, sino por miedo a mí. Pero la idea de caminar bajo la lluvia terminó de convencerme.

—Está bien.

Di la vuelta y subí. El interior olía a auto nuevo y a lavanda.

—¿También eres millonario? —pregunté, con curiosidad.

—No, son varios años de ahorro. —Se encogió de hombros, poniendo en marcha el coche.

—Ni en un millón de años podría comprar algo así.

—¿Por qué no?

—No con el sueldo de camarera —dije, sin intención de sonar como víctima.

—¿Ya te dije que me gusta tu honestidad?

—¿Así que tienes novia?

—¿Judith? —respondió, irritado—. Solo es la novia que mis padres insisten en que tenga.

—¿Y a ti no te gusta? —intenté sonar desinteresada. Spoiler: no lo logré.

—¿No es obvio?

Me ardió la nuca al sentir su mirada.

—Ella no parece creer eso —susurré.

—¿Estás celosa?

Lo observé de soslayo. No sonreía. No se burlaba. Estaba esperando una respuesta real.

—Por supuesto que no —respondí demasiado rápido—. Solo me preocupa tu salud mental.

David soltó una carcajada, de esas que nacen desde el interior del pecho.

—Cada día me sorprendes más.

Desvié la mirada hacia la ventana, donde las gotas de lluvia se estrellaban corriendo una carrera entre sí. No sabía qué responder. Todo se sentía tan íntimo.

—¿Por qué quieren que sea tu novia? ¿No estás algo grande para que tus padres decidan por ti? —la pregunta se me escapó. Sin filtro.

—Es una historia larga —respondió con sequedad—. Si aceptas una cita conmigo, te la contaré. ¿Y tú, no tienes novio, Sara?

—No. El último fue... complicado. Lo comprobaste en el bar.

—Pero no todos somos igual de imbéciles.

—¿Y quién dijo que él me rompió el corazón?

—¿Acaso tú se lo rompiste a él?

—Eso me habría encantado. Pero no. —Me crucé de brazos antes de soltar, con rencor—: Fue él.

—Tengo algunos recuerdos de aquella conversación —dijo, bajando el tono.

—Entonces recordarás que me fue infiel. —Clavé los ojos en mis zapatillas, sucias por el barro.

El coche se detuvo frente a mi casa.

—Hay que ser imbécil para serte infiel.

—Ser imbécil es requisito para ser infiel —murmuré mientras agarraba el bolso—. Nadie merece eso.

—Opino igual.

Permanecí inmóvil antes de bajar. Lo miré a los ojos. No había sonrisa ni sarcasmo. Solo honestidad.

—Gracias por traerme.

—Podría traerte siempre.

—Me gusta caminar, pero gracias —me excusé y salí del coche.

Avancé un paso, pero me detuve.

¿Debería... preguntarle?

Me incliné levemente hacia el interior del coche y, antes de arrepentirme, pronuncié:

—¿De qué signo eres? —Me mordí el labio inferior, nerviosa por la respuesta.

David parpadeó, incrédulo.

—Eh... de Libra, creo. Aunque no creo en esas cosas. ¿Por qué?

—Porque me temo que no somos compatibles —dije, jugueteando con los dedos.

Esperé una risa incómoda o una pregunta del estilo: «¿Y a qué viene esto?». Pero no sucedió.

—¿Y quién dice eso? ¿El zodiaco?

—La experiencia.

—Ya veremos —susurró, y su rostro quedó peligrosamente cerca del mío.

Mi corazón se disparó.

Lo sabía.

Lo presentía.

David sería mi perdición.

6

No debo caer, pero...

—Ahí viene —Thomas me dio un suave codazo en las costillas.

Becc regresó con los brazos cargados de cosas: vasos de plástico rojos, un banderín multicolor y... *¿preservativos?*

Oh, Dios...

—Antes de que digas algo... ¡no pienso oírte! —exclamó mientras depositaba todo en el carrito—. Buscaré cervezas. No será suficiente. —Se volvió a ir.

—Dios... —lloriqueé mientras empujaba el carrito lleno de cosas innecesarias.

Thomas me observó apenado antes de ir en busca de Becc.

Mi cumpleaños era en dos días y Becc, cada segundo, demostraba más entusiasmo que yo. Habíamos quedado en hacer algo sencillo —solamente nosotros tres— en el apartamento, o, como mucho, salir a una discoteca, pero con los preparativos que Becc estaba organizando, comenzaba a preocuparme.

—¿Sara?

Me di vuelta al escuchar esa desagradable voz.

—Mark —murmuré.

Estaba parado frente a mí, con una sonrisa de superioridad tallada en el rostro.

—Bien... Adiós. —Me giré para dar por zanjada la conversación e ir en busca de mis amigos.

—Espera.

—¿Qué quieres?

—En dos días es tu cumpleaños. ¿Festejarás?

—No es de tu incumbencia, Mark.

—Intento ser amable, Sara. ¿Puedes cooperar?

—Oh, claro. Como tú lo hiciste en mi trabajo la otra noche —le recordé el escándalo que había montado en mi primer día.

—No quiero discutir. —Levantó las manos en señal de paz—. Solo quiero desearte un buen cumpleaños.

Sabía que detrás de tanta amabilidad se ocultaban otras intenciones; su mirada sombría lo delataba.

—¿Qué crees que haces, idiota? —Becc apareció a mi lado.

Mi amiga lo odiaba; conocía todo lo que me había hecho pasar.

—Solo quiero desearle un buen cumpleaños. ¿Ahora no se puede ser agradable? —Sonrió con "inocencia".

—¿No entiendes que Sara no quiere hablar contigo? —Thomas dio un paso adelante, mirándolo con seriedad.

Thomas era muy respetuoso y sabía que no diría ninguna grosería, pero su tono áspero transmitía todo lo que deseaba decir.

—No sabía que tenías guardaespaldas, Sara. Pensé que sabías defenderte tú solita —dijo en tono burlón.

—No tengo miedo de ti, y tampoco necesito que me defiendan para enfrentarte, Mark. —Caminé varios pasos hasta quedar muy cerca de él y recalcarle con furia—: Deja de molestarme. Lo digo en serio.

Si las miradas mataran, Mark habría muerto hacía rato.

—Ay, Sarita...

—No me llames así —mascullé entre dientes.

—Ya nos veremos...

Sin más, me lanzó una última mirada de desprecio y se marchó.

—¡Te patearé en los huevos si molestas nuevamente a mi amiga, imbécil! —gritó Becc, furiosa.

—Calma, fiera. —Thomas la observó con diversión.

—¿Quieres que le patee los huevos? —insistió Becc, sonriendo maliciosamente.

—No, Becc.

✧✧

Al pasar por el living, unas risitas me detuvieron. Thomas le hacía cosquillas a Becc y ella se retorcía de risa.

Los observé unos segundos con curiosidad. No quise interrumpir, así que caminé sigilosamente hasta la puerta y salí sin despedirme. Supuse que después hablaría con Becc sobre lo que estaba ocurriendo entre ellos.

Las calles estaban repletas de personas que parecían disfrutar de la brisa nocturna. Una pareja —que no debía pasar de los dieciséis años— paseaba tomada de la mano. Ambos conversaban animadamente y reían de lo que decía el otro.

A esa misma edad había comenzado a salir con Mark. Claro que, en ese entonces, era mucho más ingenua que ahora. Él era más experto, así que no le fue difícil conquistarme para luego partirme el corazón en mil pedazos.

Aún me lamentaba por haber perdido cuatro años de mi vida con alguien tan manipulador y mentiroso, pero eso me había servido como experiencia y aprendizaje para no permitir que me volviera a pasar.

—¡Hola! —exclamé al entrar al bar.

—Hola, Sara —Josué me saludó con su típica sonrisa amable.

Lisa, con su cabello rojizo y sus pecas adorables, se acercó al vernos.

Desde la barra, David me observaba.

Me quedé mirándolo como una boba, y él me sonrió encantadoramente. Sus rizos oscuros estaban despeinados, sus labios carnosos entreabiertos e, inevitablemente, sentí unas inmensas ganas de probarlos. Ese hombre definitivamente me provocaba cosas que no me atrevía a decir en voz alta.

Rodeó la barra hasta quedar al descubierto de pies a cabeza.

Lo admiré disimuladamente de arriba abajo. Llevaba sus típicos tejanos oscuros; su camiseta dejaba al descubierto sus brazos, donde tenía algunos tatuajes que no entendía cómo no había notado antes.

Reprimí una sonrisa al ver su mirada de: «soy guapo y lo sé, pero mantengo la apariencia humilde».

Me acerqué a él tratando de poner una expresión neutral, aunque por dentro era un manojo de nervios. No entendía el porqué de mi comportamiento; parecía una adolescente descubriendo a su primer amor. Pero recordé que no tenía quince años. Y David no era mi primer amor.

—Sara —pronunció él.

—David —respondí, mordiéndome la punta de la lengua.

Quise gritarle: «¿Por qué tienes que ser tan... guapo?». Pero me quedé estática, sin saber qué más decir.

—Te ves hermosa —dijo en tono pausado.

Al contrario de mí, él parecía no tener filtro.

—Tú también te ves... bien.

Sí, eso estaba sucediendo bajo la atenta mirada de Lisa y Josué, que intentaban fingir que acomodaban las mesas y no que escuchaban todo lo que decíamos.

—Voy a empezar a... —Señalé las mesas, esperando que entendiera a qué me refería.

David asintió, manteniendo la expresión de calma.

La noche transcurrió sin inconvenientes.

Cuando vi que todo estaba en orden, fui a sentarme en la barra a observar cómo David preparaba sus famosos cócteles.

—¿Quieres quitarme el puesto? —dijo al notar que observaba sus movimientos con atención.

—Es una buena idea —respondí en tono de broma.

Él se mojó los labios, y mis ojos no pudieron evitar ir hacia ellos. Su vista se posó en la puerta de entrada y cambió su expresión rápidamente a una de irritación. Seguí su mirada y vi a un hombre vestido con un traje gris oscuro, hecho a medida, que se paseaba entre las mesas con una mueca de disgusto.

¿Y este...?

Lisa y Josué se acercaron rápido a la barra, mirándolo con... temor.

El hombre también se acercó y quedó frente a todos. Se aclaró la garganta y pronunció:

—Los muebles dan asco. La decoración deja mucho que desear, y mejor ni hablar del juego de luces, no apto para este lugar. Creí que ambientarías mejor el lugar.

¿Qué carajos...?

—¿Disculpe? —dije atónita al ver que nadie se atrevía a responder.

—¿Y tú quién eres, jovencita? Nunca te vi por aquí. —Me escudriñó groseramente con la mirada, negando con la cabeza.

De repente, David apareció a mi lado, mirando al hombre con clara molestia.

—Ella es Sara. La contraté hace unos días.

—Oh, ya veo.

—¿Lo guías hacia una mesa, Josué? —le pidió David.

Josué asintió rápidamente, siguiendo su orden. Lisa los acompañó.

—¿Pero quién se cree este? Qué tipo más desagradable y descortés, y...

—Es mi padre y, lamentablemente, el dueño de todo esto —me interrumpió David, dejándome pasmada.

Ahora todo tenía sentido: la piel clara, los mismos ojos color café y los rizos oscuros. Eran demasiado parecidos.

—Lo siento, David, no tenía idea de que tu padre era el jefe.

Recordé entonces las palabras que David había dicho en mi entrevista: *«Se puede decir que mi jefe me tiene confianza. Me da este tipo de tareas que a él no le gustan».*

—Los padres no se eligen, ¿no? Y tienes razón. —Se acercó y susurró—: Es un poco imbécil.

—Al menos tienes padres... —se me escapó.

—¿Los tuyos? —preguntó dubitativo.

—Murieron en un accidente automovilístico.

No quería hablar de eso, y menos allí.

—Lo lamento, Sara —su voz sonó distinta, más grave.

Por un segundo, pareció que iba a decir algo más, pero se quedó en silencio.

—En dos días es mi cumpleaños —mencioné, recurriendo a cambiar de conversación antes de que mis ojos se llenaran de lágrimas.

—¿Y qué harás?

—Pasaré el día en mi apartamento comiendo y... eh... comiendo.

—Buen plan.

—Mis amigos insisten en ir a una discoteca.

—¿Y tú quieres ir?

—Becc, mi amiga, está decidida a que hagamos algo divertido, y cuando se pone en modo terca, es imposible llevarle la contraria.

—¿Me das tu número?

Logró descolocarme, pero reaccioné luego de unos segundos.

—Dame tu móvil.

Tendí la mano, que estaba un poco temblorosa. Anoté rápidamente mi número en sus contactos y se lo devolví.

Nos alejamos del ruido y las personas, ocultándonos en el estrecho pasillo que daba a los baños.

—Te escribiré, Sara.

Cada vez que pronunciaba mi nombre, un escalofrío me recorría todo el cuerpo. Y me odié por eso. Me odié por sentirme débil ante cualquier

ínfimo contacto con él.

No supe exactamente quién se acercó a quién, pero ahora solo nos separaban un par de centímetros. Quise alejarme, en verdad quise hacerlo, pero mis piernas no reaccionaron.

—¿Sabes algo? —susurró.

—¿Qué? —Desvié la mirada hacia sus labios.

—Respóndeme algo primero.

—¿Qué?

—¿Sigues pensando que no somos compatibles?

—¿A qué viene esto?

—Porque... desde aquella vez, no puedo dejar de pensar en ti.

Me mordí el labio. Sentí sus dedos rozando mi cuello. Un movimiento más y...

Pero entonces, el carraspeo que oí me dejó helada.

—Lamento interrumpir, pero tu padre pregunta por ti, David —anunció Josué, tímidamente.

Me maldije en silencio. No debía caer ante él.

Pero, en el fondo...

Ya estaba cayendo.

7

Un cumpleaños al estilo: Ambrosía

Un grito ensordecedor me dio tal susto que caí al piso.

—¡Feliz cumpleaños!

—¡Becc! —La observé con resentimiento desde abajo.

—¡Thomas! ¡El pastel! —gritó de nuevo, ignorando mi evidente mal humor—. ¡Te compré algo que te quedará de infarto! —Me tendió un pequeño envoltorio rosa con un moño como decoración. Antes de que pudiera abrirlo, su ansiedad le ganó y me lo arrebató, rompiéndolo en pedazos.

A simple vista, pude ver una tela muy pequeña.

Thomas entró a la habitación con un pequeño *muffin* de chocolate en las manos y una mini vela rosa. ¿Era el rosa mi color favorito? Pues no, pero sí el de mi amiga.

Terminé de distinguir las dos partes de un conjunto de lencería rojo pasión. Observé a Thomas con espanto, pero él estaba rojo de tanto contener la risa.

—¿Te gusta? ¡Podrás estrenarlo esta noche con David! —Becc tosió de forma exagerada al decir ese nombre.

Enrojecí de inmediato al imaginar la escena: David viéndome con ese conjunto, tomándome entre sus fuertes brazos, depositándome en la cama y recorriendo mi cuerpo con sus grandes manos.

Sacudí la cabeza, alejando esos pensamientos.

—¿No será mucho? —cuestioné con detalle el encaje transparente del sujetador, a juego con las diminutas bragas.

—¡Claro que no! Y también usarás uno de mis vestidos —añadió, irradiando felicidad.

—Feliz cumpleaños. —Thomas me abrazó, dándome consoladoras palmadas en la espalda.

Becc se unió al abrazo y nos estrujó con fuerza, pero de repente se soltó, adoptó una expresión seria, se aclaró la garganta y pronunció con firmeza:

—Esta noche será recordada para toda la historia.

—Oh. Lo dice muy en serio —dijo Thomas, buscando mi mirada con temor.

—No quiero oír quejas —finalizó Becc antes de empezar a cantar el «*feliz cumpleaños*» con entusiasmo.

Mi móvil sonó anunciando una notificación. Era de un número desconocido. Entré, un poco extrañada, y una sonora exclamación escapó de mi boca al ver la foto del remitente. Era David, que acababa de enviarme:

Feliz cumpleaños, Sara.

Tal vez nos veamos esta noche (10:00 a.m.)

¿"Tal vez" nos veamos? ¿Qué se suponía que significaba eso?

—¿Quién es?

Olvidé que Becc seguía en mi habitación, observándome con atención.

—Nadie... —Sostuve el móvil con fuerza, ocultándolo en mi regazo.

—Y por "nadie" —Hizo comillas con los dedos—, tienes esa sonrisa de tonta. Es David —añadió con diversión.

Odiaba que me conociera tan bien.

—Solo me felicitó por mi cumpleaños —expresé con fingido desinterés.

—¿Y qué más? —Alzó una ceja, sentándose en la cama.

—Que tal vez nos veamos.

—¡Invítalo al bar!

La fulminé con la mirada en respuesta.

—¿Quieres que lo haga por ti?

—¡No!

—Muéstrame el mensaje.

Bufé con resignación y me acerqué para mostrarle la pantalla. De un momento a otro, mi móvil ya no estaba en mis manos, sino en las de Becc,

que tecleó algo con tanta rapidez que apenas pude reaccionar. Cuando finalmente lo hice, ya era tarde.

—¡Qué has hecho! —exclamé con horror, arrebatándole el móvil.

No me atreví a mirar lo que había enviado.

—¡Lo siento! Pero te aseguro que me lo agradecerás.

Abrí un solo ojo, con el corazón latiéndome a mil.

Gracias David.
Esta noche iré a la nueva discoteca de la ciudad, se llama Ambrosía.
¿Te veo ahí? (10:02 a.m.)

—¡Te mataré!

Quise eliminar el mensaje, pero las malditas rayitas azules me confirmaron que ya lo había leído.

—¿Por qué haces tanto drama?

Solté un gritito de exasperación.

Otra notificación llegó.

Te veo ahí (10:03 a.m.)

Una punzada de nervios se instaló en mi estómago.

—¡Estrenarás el conjunto nuevo!

—¿Y qué hay de ti? ¿Qué ocurre con Thomas? —La señalé acusadoramente.

Su mandíbula se desencajó.

—*¡Shhh!* Somos amigos —dijo, riendo con nerviosismo.

—Sí, claro...

—¡Lo juro!

—Si tú lo dices...

Me senté con las piernas cruzadas, apoyando los codos en las rodillas.

—Es tu imaginación. Ahora descansa, lo necesitarás... —dicho eso, salió disparada de la habitación, cerrando la puerta con torpeza.

Otra notificación me sorprendió. Pensé que era David, pero me desconcerté al ver el nombre en la pantalla.

Lucas: *Feliz cumpleaños, Sara.*
Espero que te encuentres bien.
Nos vemos pronto (10:05 a.m.)

Desde lo ocurrido con mis padres, mi hermano había decidido tomar distancia. Le respondí con un corto agradecimiento.

Pasamos la tarde viendo algunos de mis programas favoritos. Bebimos cervezas y comimos pastel de chocolate que Thomas había traído de la tienda, ya que ninguno de los tres tenía dotes de pastelero. Sabía que Becc

quería que fuéramos a alguna discoteca a continuar con la celebración, pero yo no tenía muchas ganas.

Cuando me cansé de estar tumbada en el sofá, me dirigí a mi habitación.

La máquina de escribir me llamó desde el escritorio, pero desde que mis padres partieron, la imaginación parecía haberme abandonado también.

Los lienzos de pintura seguían apilados en un rincón, cubiertos de polvo.

A veces me preguntaba qué pensarían ellos... ¿Creerían que era una cobarde?

Cuando empezaba a temer olvidar sus rostros, observaba el retrato que había hecho de ellos. Así lograba que volvieran a grabarse en mi memoria. Recordé la sonrisa de mi madre y cómo iluminaba cualquier lugar. Mi padre siempre recalcaba el parecido entre nosotras, ya que había heredado su cabello y sus ojos, aunque los míos ahora lucían más apagados.

Sin darme cuenta, las lágrimas ya recorrían mis mejillas. Solo deseaba descansar. Cerré los ojos, recordando momentos con ellos.

✧✧

—¡Sesión pre-fiesta!

Desperté de golpe.

Becc entró como un torbellino, cargando con un montón de bolsas.

—Ay, no... —Me cubrí con las sábanas, pero ella volvió a descubrirme —. No quiero ir.

—¿Cómo que no quieres ir? ¡Irá David!

—¿Y?

—¡Te mueres de ganas!

—¡No!

—¡Levántate! —Depositó las bolsas sobre la cama—. ¡YA!

El grito me obligó a incorporarme de un salto.

—¡Te odio!

—¡No es cierto!

—¿Qué quieres que use? —Me di por vencida, sabiendo que era inútil resistirme.

Sonrió y empezó a sacar la ropa con entusiasmo. La primera prenda fue un minivestido negro con encaje transparente en el escote.

—¡Eso no me cabe, Rebecca!

—Tiene elástico —se excusó, mostrándome otra opción—. Esto se te vería de infarto, nena.

Me enseñó unos pantalones de cuero sintético y una blusa dorada que dejaba ver un poco el abdomen.

—Me probaré los pantalones.

Apenas pasé las piernas, se me trabaron en el trasero.

—No. No pasan. —Intenté subírmelos a la fuerza.

Becc se unió al intento desesperado.

Saltamos, tiramos y nos reímos a carcajadas, hasta que en un momento el cierre estalló y desapareció por la habitación.

Mi madre no me heredó pechos, pero sí trasero.

—¡Tengo otra opción! —Sacó un vestido negro sin tiras, ajustado arriba y suelto desde la cintura hasta la mitad de los muslos.

Asentí y Becc sonrió satisfecha.

—¡A prepararse!

Becc me tuvo frente al espejo, de espaldas, maquillándome durante más de una hora. Solo me dijo:

—Confía en mí.

Solo esperaba no parecer un payaso.

—¡No, no puedes ver! —me regañó cuando intenté voltear.

—¡Estás lista! —dijo, momentos después, volteándome.

Y... *¡wow!* Me encantó lo que vi.

Había utilizado tonos *nude* —que realzaban mis ojos—, delineado sutil y un poco de corrector para tapar mis ojeras. En los labios, un rojo bordó. Mi cabello permanecía suelto, ondulado en las puntas.

—¿Y? ¿Te gusta?

—Extrañamente... sí.

—¿Extrañamente? Me ofendes, Sara Ruiz.

—¿Están listas? —preguntó Thomas desde afuera.

—¡No! —respondió Becc, solo para hacerlo enfadar.

Se escuchó un suspiro y unos pasos alejándose.

Una vez que me puse el vestido, me observé en el espejo. Era hermoso.

—Estás hermosa —dijo Becc, orgullosa de sí misma.

—Tú también, Becc.

Se enganchó a mi brazo y nos dirigimos al living.

Thomas estaba tumbado en el sofá. Su mandíbula se desencajó cuando nos vio aparecer. En especial a la mujer que estaba a mi lado; la observó de

arriba abajo sin disimulo. Becc apretó mi brazo de forma inconsciente. No solía ponerse nerviosa ante un cumplido.

—E-están hermosas —dijo él, carraspeando, sin despegar la vista de ella.

—Gracias. Tú no te ves nada mal —intervine, ya que Becc se había quedado estática y muda.

—¿Nos vamos? —Señaló la puerta con cierta incomodidad.

Tiré de Becc hacia la salida, porque si era por ella, se quedaba así para siempre.

—¿A dónde van? —preguntó el chófer del taxi.

—A la discoteca Ambrosía —respondí fuerte, para que pudiera oírme a través del plástico que nos separaba.

La tensión de Becc se percibía en el ambiente. Thomas se concentró en observar el paisaje por la ventanilla durante todo el trayecto.

La intriga por saber qué pasaba con esos dos me carcomía por dentro. Si Becc no pensaba soltar nada, iría por Thomas. Él no era bueno ocultando lo que sentía; tarde o temprano terminaría soltando todo.

Al bajar del coche, vislumbré el bar. Un cartel fluorescente titilaba sobre la entrada: **Ambrosía.**

—¡A divertirse! —exclamó Becc, volviendo a ser ella.

Al entrar, tuve que parpadear varias veces. Las luces bajas y los flashes de colores me deslumbraron; todo era neón y sombras.

—¡Vamos por algo de beber! —Becc nos arrastró hacia la barra.

Intenté seguirle el ritmo como pude, pero los tacones no eran lo mío.

En la barra, dos chicas preparaban cócteles con destreza.

—¿Cuál es el trago estrella? —preguntó mi amiga.

—Ambrosía —respondió una de ellas con una sonrisa traviesa.

—¿Qué lleva?

—Es secreto. Solo puedo decirte que contiene un ingrediente afrodisíaco.

Oh, no.

Observé a Becc. Tenía esa sonrisa que gritaba: «*Esto acabará fatal*».

—Dame tres —dijo, girándose—. Yo invito.

Nos sirvieron los tragos en vasos pequeños.

—Es fuerte. Beban con cuidado —advirtió la mujer, pareciendo leer mis pensamientos.

El líquido tenía un color tornasolado.

—Es cómo... ácido, ¿no? —comentó Thomas, frunciendo el ceño.

—A mí me gusta —replicó Becc, moviendo las caderas al ritmo de la música.

Thomas se puso rojo y tragó saliva. La tensión sexual podía sentirse desde lejos.

Yo, por mi parte, pensé en David y el calor me recorrió el cuerpo. El trago comenzaba a hacer efecto, al parecer.

Becc miró detrás de mí con una sonrisa que no comprendí.

—¿Qué...? —me giré para ver qué observaba.

David.

Mi corazón se aceleró al verlo acercase. No venía solo: dos acompañantes venían con él. Enderecé la postura como si fuera un robot y desvié la vista hacia mis amigos, intentando disimular.

—Sara —dijo con esa voz medio grave que lo hacía sonar tan atractivo.

—Hola —respondí, procurando sonar casual.

Mis amigos contuvieron la risa.

—Feliz cumpleaños —añadió, acercándose—. Estás hermosa —susurró junto a mi oído, antes de besarme la mejilla.

No iba a mentir: quise arrancarle la ropa allí mismo. Ese trago había funcionado demasiado rápido.

¡Mataría a Becc!

—Gracias —le dije, observándolo como una tonta.

Se generó un ambiente tan íntimo entre nosotros que olvidamos la presencia del resto. El carraspeo de uno de sus amigos nos devolvió a la realidad.

—Ellos son Samuel y Byron. Son gemelos —los presentó.

Ahora que los observaba mejor, sí: eran idénticos.

—Encantada de conocerlos. Ellos son Rebecca y Thomas, mis mejores amigos.

Después de las presentaciones, ordenamos otra ronda de cócteles. Esta vez, sin Ambrosía.

Al conversar con los gemelos, noté al instante que eran agradables y chistosos. Seguro que a cada lugar al que iban se encargaban de hacer reír a todos.

—¡Este cóctel está delicioso! —dijeron al unísono, y todos estallamos en carcajadas.

David se colocó a mi lado. Su brazo rozó mi piel desnuda y un escalofrío me recorrió al instante.

—¿Te sientes bien? —me preguntó al oído, su voz apenas audible entre la música.

—Muy bien. Me alegra que estés aquí.

—¿Sí?

Asentí.

—Me alegra que me hayas invitado. No suelo venir a estos sitios, pero cuando leí tu mensaje no lo dudé.

Obvié el pequeño detalle que ese mensaje lo envió Becc. Aún así, empezaba a creer que me había hecho un favor.

—Tú también te ves muy guapo —dije, incapaz de evitar que mis ojos recorrieran los tatuajes de su brazo.

Este hombre era claramente el favorito de Afrodita.

—¿Cuántos años cumples?

—¿No que eso no se le pregunta a una dama? —bromeé —. Veintidós.

—Te llevo tres años.

—Anciano...

—¿Así qué soy un anciano? —Se acercó peligrosamente.

Su aliento, a menta y cigarrillos, me envolvió como una adicción.

—¿O no, David?

—¿Eh? —respondió distraído.

—Eres el más aburrido del grupo —se burló uno de los gemelos.

David les lanzó una mirada de pocos amigos.

—Me agrada este par —comentó Becc.

—Feliz cumpleaños, Sara.

Dios, no...

Mark estaba ahí, sonriendo como si cuatro años de relación tóxica pudieran arreglarse con un saludo.

El ambiente se tensó de inmediato.

—Gracias —respondí tajante, desviando la vista hacia David, que se mantenía firme a mi lado, aún más cerca que antes.

—Te invito un trago, Sa —propuso.

Odiaba ese maldito apodo. Así me llamaba cuando exigía mi perdón.

David se tensó.

—No, Mark. Prefiero que te marches.

—¿Por qué? ¿Ya olvidaste los años que compartimos?

Claro que no. Me lo recordaba cada vez que podía.

—¿Qué es lo que buscas? —pregunté, cansada.

—Sí, idiota, ¿qué es lo que buscas? —saltó Becc.

—¿No puedo felicitarla?

—No —contestó Becc sin dudar.

—¿Acaso eres su vocera?

Los gemelos observaban la escena en shock.

Thomas sujetó a Becc del brazo, impidiéndole que se lanzara contra Mark.

David dio un paso al frente. Decidido.

—¿Acaso no la oíste? Te pidió que te fueras.

—¡Oh, que romántico! ¿No puedes defenderte sola?

Se empezó a reír como un desquiciado.

—Estás a punto de cruzar el límite de mi paciencia —advirtió David—, y eso que ni el más imbécil del mundo consiguió lo que tú sí.

Se escuchó un «*uhhh*» colectivo.

Perfecto. Ya habíamos acaparado las miradas curiosas de muchos.

—No vale la pena, David —intervine, y añadí con desprecio—: Es un idiota.

—¿Crees que das miedo? —Mark se enfrentó a David—. ¿Piensas que tienes derecho sobre ella?

—¿Así es cómo la ves? ¿Como un objeto de pertenencia?

Mark soltó una carcajada en respuesta.

—¿Por qué quieres destruir mi vida, Mark? ¿No has tenido suficiente de eso?

—No es mi culpa que tú no supieras satisfacer mis necesidades.

Le di una bofetada.

Por todas esas veces que debí hacerlo y no lo hice.

Su rostro se contrajo en furia.

—¡¿Vieron eso?! ¡Ella es mi mejor amiga! —gritó Becc, abrazándome con fuerza y orgullo.

—¡Eres una maldita zorra! —Mark intentó venir hacia mí, pero David lo sujetó del cuello de la camiseta.

—Te destruiré si te atreves a tocarle un solo cabello.

Los gemelos se colocaron detrás, apoyando a su amigo.

—Hazle caso —advirtió uno.

Thomas se nos unió, colocándose de forma protectora a mi lado.

—¿Qué haces, David?

No. Podía. Ser.

—¡Ahora sí que estamos todos! —exclamé con ironía.

—¿Qué crees que haces? ¡Tú no eres así!

—Judith... —dijo David, en tono de advertencia.

No quería lidiar con ella y se notaba.

—Te llamé mil veces —lloriqueó, abrazándolo con necesidad.

Desvié la mirada. Me dieron ganas de gritarle: «¡David no te quiere, por el amor de Dios!». Pero no era tan cruel.

—Estoy con mis amigos, Judith.

¿Acaso esto era una competencia de cuál ex era peor?

—Cuidado con el veneno —dijo Becc, entonando una melodía sarcástica.

Judith le lanzó una mirada de asco. Becc le devolvió otra que sugería: «¿Qué carajos te pasa?».

—Sí, ya veo. Pero yo soy tu novia.

—¡Sigamos la fiesta en otro lado! —gritó Becc.

Todos la miramos, boquiabiertos.

—¿Qué? ¡No dejaré que arruinen el cumpleaños de mi mejor amiga! ¡Estuve días para organizar todo esto! ¿Quién me apoya?

—¡Nosotros! —gritaron los gemelos.

—¿Tú no irás, cierto? —Judith lo miró de forma amenazadora.

—Sí, iré.

—¿Prefieres irte con esa?

David asintió. Firme.

Mark seguía riendo.

Parecía una escena sacada de una película de terror.

—Adiós, Judith. Te recomiendo ir a terapia, lo digo en serio —dijo David, soltándose de su agarre y caminando hacia mí.

—¡Al coche! —exclamaron los gemelos, eufóricos.

Mientras nos alejábamos, alcancé a oír un grito de furia. No distinguí si de Judith, de Mark o de ambos.

Pero, por primera vez, no me importó.

No permitiría que me arruinaran la noche.

✧✧

El panorama era el siguiente: David conducía; los gemelos iban sentados uno encima del otro en el asiento de copiloto.

Atrás, todo era caos.

Becc, estaba sentada sobre Thomas; Lis y Josué ocupaban la otra punta del asiento.

Y yo estaba apretujada contra la puerta.

¿Qué hacían Lisa y Josué ahí? Los habíamos encontrado afuera de la discoteca y habían decidido sumarse al festejo.

—¡Deja de moverte, Becc! —protestó Thomas, acomodándose con dificultad.

—¡No es mi culpa que tus piernas sean tan incómodas!

Los gemelos rieron, borrachos, y su risa terminó contagiándome.

—¿Estás bien, Sara? —preguntó David.

—Sí... es… que... —apenas alcancé a decir antes de soltar una carcajada.

David me observó por el espejo retrovisor y vi cómo una sonrisa se dibujaba en su rostro.

Qué lindo era cuando sonreía, pensé inevitablemente.

—¡No mencionaste que estas personas eran tan *cool*! —reprochó uno de los gemelos.

—¿Celoso, Byron?

—¡Me has roto el corazón, David! —dijo, llevándose una mano al pecho para exagerar el dramatismo.

—¿Cuánto falta? —bufó Becc, fastidiada.

—¿Podrías dejar de moverte, Rebecca? —insistió Thomas.

—¿Quieres ir sobre mi regazo? —propuso Lisa con cordialidad.

—Gracias, linda, pero él se ofreció —respondió Becc acomodándose otra vez sobre Thomas, que resopló.

—Llegaremos pronto —intervine.

—Sí, dices eso porque no tienes a nadie encima.

—Cambiamos de lugar, si quieres —sugirió uno de los gemelos.

—¡No soy un objeto! —exclamó Becc, indignada.

—Llegamos —anunció David, frenando de golpe y haciendo que casi me diera la frente contra el asiento.

—Lo siento —se disculpó, observándome con culpa.

Los gemelos fueron los primeros en abalanzarse hacia la puerta, empujándose para ver quién salía antes. Segundos después, se escucharon sus quejidos cuando David, ya cansado, los empujó para que salieran al mismo tiempo.

Lisa y Josué descendieron como personas civilizadas.

El problema llegó con Becc y Thomas.

—¡Me pisaste! —chilló Thomas.

—*Ups*.

—La que nos espera, ¿no? —dijo David, girándose hacia mí.

—¿Tus amigos son como los míos? —pregunté, curiosa.

—Peor.

—Entonces sí. La que nos espera.

Gritos estallaron en la puerta de entrada.

—¡Tú tienes la llave!

—¡No, tú!

—¡Eres imbécil! Ahora no podremos entrar... —murmuró Becc.

—Yo... —intenté decir.

—Ah, ¿así que soy imbécil?

—¡Sí, lo eres!

—¡¿Me pueden oír?! —grité, logrando que todos se giraran—. Yo tengo la llave.

Me abrí paso, girando la cerradura y abriendo la puerta.

—¿Van a entrar o qué?

—Sí, señora —respondieron los gemelos al unísono.

Encendí las luces del salón y señalé el perchero.

—Pueden dejar sus cosas aquí.

—¡Que empiece la fiesta! —exclamó Becc, con una sonrisa inmensa—. Ya vuelvo.

La observé con duda, pero solo rió con inocencia y desapareció por el pasillo que conducía a las habitaciones.

Observé a Thomas en busca de respuestas, pero estaba tan confundido como yo.

—Qué lindo apartamento —elogió Josué, que había permanecido callado hasta entonces.

Sonreí en respuesta.

David, con las manos en los bolsillos, observaba todo con tranquilidad. Parecía cómodo.

—¡Es hora de divertirse! —Becc regresó con varias bolsas y las vació sobre el sofá.

Mis ojos se abrieron de par en par al ver el contenido en ella: cervezas, vodka, whisky y... hierba.

Cerré los ojos y negué con la cabeza.

David, a mi lado, me dio un leve apretón de consuelo.

—¡Que empiecen las rondas! —dijo Becc, repartiendo cervezas.

—¡Juguemos a algo! —propuso uno de los gemelos—. El juego de la botella.

—¿No se te ocurre algo más cliché, no? —ironizó David.

—¡Es divertido!

Y, por supuesto, todos aceptaron.

Nos sentamos en ronda, con una botella de *whisky* en el centro.

—¿Quién empieza? —pregunté, con algo de miedo.

—¿Quién más que la cumpleañera? Haz los honores, Sara —me animó Becc.

—*Humm.* Josué.

Él me devolvió la mirada, asustado.

—¿A qué edad tuviste tu primera vez?

—A los dieciséis —respondió, ruborizado.

—Pero así no es el juego. Deben ser solo retos —aclaró uno de los gemelos.

—Era para romper el hielo —respondí.

—¡Sigo yo! —dijo Becc—. Samuel.

—Dime.

Ella fingió pensar y soltó una risa maliciosa.

—Te reto a besar a David.

—¿Qué? —dijimos Samuel, David y yo al unísono.

Ambos se miraron con cara de asco.

—Dime otra persona, pero a él no —dijo Samuel, señalándolo con repulsión y segundos después aclaró—: Es como mi hermano.

—Coincido —respondió David, visiblemente disgustado.

—¡Aburridos! Entonces quítate la camiseta.

Samuel obedeció sin pudor alguno.

Noté cómo Josué lo observaba; admirándolo con atención. Tenía la boca apenas entreabierta.

Becc me deslizó la botella. Le di un largo trago y se la pasé a Thomas, que cerró los ojos al beber.

—¿Quién sigue?

—Yo. —Samuel sonrió—. Thomas, te reto a besar a Lisa.

—¿Un beso? —murmuró Becc.

—Por mí está bien —respondió Lisa, sorprendiendo a todos.

Thomas se incorporó y se acercó.

Becc frunció el ceño, mordiéndose la lengua.

Todos guardamos silencio.

David los observó con aburrimiento; los gemelos, con expectación.

Encendí un cigarrillo bajo la atenta mirada de David, que hizo lo mismo. Le lancé una mirada interrogante; él solo sonrió en respuesta.

—¿Estás segura? —le preguntó Thomas a Lisa.

Becc ardía de furia.

—¿Celosa? —susurré.

—Claro que no.

Finalmente, Thomas la sujetó de la cintura; Lisa lo rodeó del cuello y se besaron con intensidad.

—¡Pueden seguir en el cuarto! —gritó uno de los gemelos, haciéndolos separarse, sonrojados.

—Acompáñame. ¡Ya! —ordenó Becc, arrastrándome lejos.

—¿Qué sucede?

—¿Por qué tuviste que invitarla?

—¿A quién?

—A Lisa —escupió con resentimiento.

—Tú insististe en que mientras más, mejor.

—¡Retiro lo dicho!

—¡Admite que estás celosa!

—¡No!

—¡Sí!

—¡NO! Mejor volvamos.

El juego continuó. Byron giró la botella y apuntó a David.

—Pasen una hora a solas con Sara. Lo que hagan será decisión de ustedes.

Me ahogué con el humo.

Becc me dio palmaditas en la espalda, sonriendo con malicia.

David me buscó con la mirada, esperando mi aprobación.

Me levanté, nerviosa.

—¿Vamos? —dije.

Las voces se alzaron detrás:

—¡Usen preservativos!

—¡Esa es mi amiga!

—¡Aún no queremos sobrinos!

—¡Cállense! —ordenó David, logrando silencio por unos segundos antes de que todos estallaran en risas.

Caminamos hasta la última habitación del pasillo.

—Por fin a solas —suspiró él, recorriendo el lugar con la mirada.

—Tus amigos están un poco locos.

—Los tuyos no se quedan atrás —respondió él.

Su atención se detuvo en los lienzos apoyados en un rincón.

—¿Pintas? —había sorpresa en su voz.

—Sí.

—¿Puedo ver? —dio un paso, pero lo intercepté—. ¿No quieres que los vea?

Negué, cabizbaja.

—Toma asiento. —Le indiqué la cama y me senté a su lado.

—¿Te sientes bien?

Asentí.

—Hoy estás callada. Mira, te traje un regalo —dijo, sacando un cajita blanca del bolsillo de la chaqueta—. Fue algo improvisado.

Lo observé, sorprendida.

Dentro había un collar con un precioso dije de dos peces.

—Es hermoso, David. ¿Cómo supiste mi signo?

—Busqué tu fecha en internet. No creo en esas cosas, pero sé que para ti son importantes.

—Gracias.

—¿Quieres usarlo?

—Claro.

Me giré, dándole la espalda, y me aparté el cabello para darle acceso a mi nuca. Me estremecí al sentir sus dedos hacer contacto con la piel fría de mi cuello. Cerré los ojos, disfrutando el momento.

—Ya está —susurró, rozándome el oído.

La piel se me erizó ante ese simple acto.

—¿Sigues pensando que no somos compatibles? —dijo, deslizando los dedos por mi brazo.

—S-sí —logré decir.

El espacio entre nosotros se redujo. Su calor me envolvió. Parte de mí quería poner un freno; otra, ansiaba rendirse al momento.

—Creo que puedo hacerte cambiar de opinión —murmuró.

Sus manos recorrieron mi espalda, trazando líneas invisibles. Incliné el rostro hacia él, casi sin darme cuenta.

Su mirada me atrapó, profunda y provocativa. No necesitábamos de palabras; cada gesto, cada roce, cada susurro, hablaba por nosotros. El tiempo parecía ralentizarse, y la habitación pasó a convertirse en un mundo aparte, donde solamente existíamos nosotros dos.

—Te deseo —susurró.

Me mordí el labio, intentando contener un suspiro, mientras sus ojos me recorrían con una mezcla de dulzura y pasión.

Nos quedamos así, tan cerca, respirando casi en sincronía, conscientes de todo lo que podía pasar, pero eligiendo quedarnos en la tensión, en la anticipación, disfrutando del calor que nos envolvía.

Luego de unos minutos, me percaté de algo.

—Hay mucho silencio, ¿no?

—Vamos a ver.

En el living, estaban todos sentados en el sofá, excepto Becc, que trataba de conectar un altavoz.

—¡Los tortolitos! —gritó uno de los gemelos apenas nos vio.

—¿Estás drogado, Samuel? —David alzó una ceja.

—¿*Yooo*, drogado? Claro que no... —respondió, mirando hacia otro lado, exageradamente.

—¿Por qué te ves tan borroso, David? —dijo el otro gemelo—. ¡JA! ¡Pareces uno de esos!

—¿Uno de esos?

—Enanitos de la... ¿cómo es que se llama? La mujer blanca...

—¿Blanca Nieves?

—¡Eso!

—Oh, Dios... —resopló David, llevándose una mano a la frente.

Lisa y Josué permanecían sentados en el sofá, riéndose de algo que "veían" en el aire.

—¿Pero tú lo ves, *nooo*? —Lisa señaló un punto vacío frente a ella.

—C-claro que lo veo. ¡No estoy ciego! ¡Son extraterrestres!

—Yo veo burbujas de colores —dijo Thomas, sentado en el piso—. Sarita... ¿*Eresss* tú? —Me observó con los ojos entrecerrados, como si tratara de enfocarme.

—Sí, Thomas. Soy yo.

—D-deben... ¡Deben decirles que se vayan!

—¿A quién?

—¡A ellos! —Señaló a los gemelos—. ¡Son los hijos de Satanás!

—¿Eh?

—¡Diles que se vayan!

—¡Es agua bendita! —gritaron los gemelos negando con la cabeza cuando David les ofreció una botella de agua.

Becc se subió al respaldo del sofá —con un micrófono imaginario en la mano— y empezó a cantar una canción de desamor a pleno pulmón. Mientras lo hacía, sus ojos no se apartaron de Thomas, que ni se inmutó ya que seguía observando sus propias manos con una expresión fascinada, como si fueran arte.

—P-pero... Dios —balbuceé.

—Se ve que se divierten —dijo David, cruzándose de brazos mientras observaba la escena con una media sonrisa.

Finalmente, decidí sentarme en el piso. David se sentó a mi lado. Ambos mirábamos el caos con una mezcla de diversión y resignación.

Uno de los gemelos nos ofreció un poco de hierba y... cinco minutos después, estábamos como los demás: hablando puras tonterías.

—No puedo creer que creas en esas cosas del zodiaco —dijo David, riéndose por lo bajo.

—Eres tan... Libra —le respondí con tono burlón.

El ambiente era una mezcla de luces apagadas, risas sin sentido, voces desordenadas y una música que apenas sonaba de fondo desde el altavoz que Becc había logrado conectar, al fin.

En algún rincón, Josué y Samuel se contaban secretos como si fueran teorías revolucionarias. Lisa bailaba sola, con los ojos cerrados. Y Thomas le hablaba al perchero.

Todo parecía surrealista.

Era uno de esos momentos raros en lo que todo encajaba, aunque nada tuviera sentido. Y, curiosamente, me sentía bien.

8

Pesadilla

El cielo estaba cubierto de nubes que prometían lluvia.

Aceleré el paso. De pronto, sentí que alguien me observaba. La incomodidad me obligó a detenerme y girar lentamente, esperando encontrar a alguien. Pero no, la calle estaba vacía.

Retomé el camino, esta vez a paso más apresurado. Unos pasos sonaron a pocos metros, pero cada vez que me volvía no había nadie. La presión en el pecho creció. Solo quería llegar al bar, y mis latidos se aceleraban al mismo tiempo que la sensación de peligro.

Me puse a correr y, aunque giré de vez en cuando para mirar atrás, apenas logré distinguir una sombra que se desplazó rápido hacia un costado de la carretera. No me detuve a ver adónde iba. Solo corrí hasta que la fachada del bar apareció a lo lejos.

Al entrar, David se acercó enseguida.

—¿Estás bien? —Me examinó de arriba abajo.

—E-estoy bien —jadeé—. Creí que alguien me seguía.

—¿Cómo? Llamaré a la policía. —Se giró, pero lo sujeté del brazo.

—No. Quizá solo fue mi imaginación.

Esa mañana había tenido un sueño horrible y todavía me sentía afectada. Las imágenes de ese sueño volvieron, dejándome paralizada.

—Ve con cuidado, Sara. —Sus palabras sonaron como una amenaza y su mirada sombría me heló la sangre.

Su rostro se deformó en una mueca desquiciada. Miró en todas direcciones, riendo a carcajadas.

Retrocedí con sigilo, intentando no llamar su atención, pero de pronto dejó de reír y fijó en mí sus ojos, inyectados en sangre.

—¿A dónde crees que vas? No terminé contigo. —Avanzó hacia mí, lento, con la seguridad de que iba a atraparme.

Su rostro se fundía con las sombras, envuelto en una neblina oscura que lo rodeaba.

Traté de correr, pero mis pies parecían pegados al suelo. La desesperación me carcomía los huesos.

—¡No! —sollocé—. ¡Ayuda!

Nadie me escuchaba.

—Eres una ingenua. Nadie te salvará —su risa retumbó, despiadada.

No, no, no...

—Estás llorando... —David me observó con preocupación—. ¿Estás segura de que estás bien?

Me toqué el rostro: estaba húmedo. No me había dado cuenta de que había empezado a llorar.

—Ven aquí... —Me abrazó con fuerza, y el alivio que sentí fue inmediato.

—Tengo un mal presentimiento, David. No sé cómo explicarlo... —Me escondí en su pecho.

—Tranquila —susurró.

—¿Me llevas a casa?

—Claro. Ven. —Tomó mi mano, guiándonos hacia la salida.

La puerta del bar se abrió y por ella entraron Lisa y Josué.

—¿Estás bien? —preguntaron al unísono.

—Un poco mareada. —Forcé una sonrisa para no tener que dar explicaciones.

—La llevaré a su casa. ¿Pueden encargarse de todo? —preguntó David.

—Claro —respondió Josué.

Lo seguí hasta su coche, sentándome en el asiento del copiloto.

—Sara.

—¿Sí? —respondí sin apartar la vista de la ventanilla.

—¿Estás mejor?

—Sí. Gracias.

—¿Segura de que no quieres ir a la policía?

—¿Y qué les digo? Que solo vi una sombra. Creerán que estoy demente.

—Me preocupa.

—Solo fueron paranoias mías —insistí, pero él guardó silencio.

Al llegar, me dispuse a bajar, pero no conté con que él rodearía el coche y se colocaría a mi lado.

—¿Hay alguien en tu apartamento?

—No. —La idea de estar sola un par de horas me provocó un nudo en el estómago.

—¿Quieres que me quede contigo?

—¿No debes volver?

—Lis y Josué se encargan.

—Está bien —acepté.

Antes de cerrar la puerta, eché un vistazo sobre mi hombro y me congelé: alguien pasó corriendo por la calle. Iba vestido completamente de negro y llevaba el rostro cubierto por una capucha. Cerré la puerta de un golpe, echando llave, aunque se me dificultó un poco por mis manos temblorosas.

En el living, David me esperaba sentado en el sofá.

—Iré a hacer café —anuncié.

Él asintió, examinándome con un atisbo de preocupación en sus ojos.

¿Tan obvia era?

Regresé con dos tazas y me senté a una distancia prudente de él.

—¿Quieres hablar de lo que pasó? —preguntó con cautela.

Negué con la cabeza.

—Está bien. Hablemos de otra cosa.

—Sí, mejor.

—¿Puedo preguntar algo?

—Dime.

—¿Por qué crees que no somos compatibles? Quiero una razón más... lógica.

—Nuestros signos no son compatibles en el amor. No es tan difícil de comprender.

—¿En serio crees eso? —Arqueó una ceja.

—Por supuesto —dije, manteniéndome firme en mis convicciones.

—Son tonterías. —Bebió un sorbo de su café e, instantáneamente, hizo una mueca de desagrado.

—¿Qué?

—Es un poco... fuerte.

—A veces olvido que no a todos les gusta fuerte como a mí.

—Descuida.

—Deberías leer más acerca del zodiaco; podrías sorprenderte.

—No lo creo.

—Sí. —Bebí un sorbo—. ¿Tienes un cigarrillo?

Me observó con extrañeza; sin embargo, buscó en el bolsillo trasero de su pantalón y extrajo dos.

—No sabía que fumabas seguido.

—En estas situaciones no puedo evitarlo.

Sabía que debía dejarlo —y que solo era un arma letal contra mi salud—, pero no era tan fácil.

Pude ver cómo olfateó disimuladamente el ambiente, tratando de descifrar ese aroma tan fuerte.

—Palo santo —aclaré, quitando sus dudas.

—¿También eres espiritual? —Sonrió con burla.

—¿Y qué si lo soy?

—Una espiritual que fuma. Eres espiritual a medias —se rió con diversión.

—Sé que fumar está mal. Estoy en proceso de dejarlo.

—Como digas. —Mantuvo la sonrisa intacta—. Pero tienes que admitir que el zodiaco es algo para cuestionar.

—No.

—¿Es por tu ex? Déjame adivinar: no eran compatibles...

—Acertaste.

—¿Y crees que fue el universo o que era un imbécil? La idiotez no depende del signo.

—En realidad...

—Sal conmigo —me sorprendió—. Dame el beneficio de la duda.

—No lo sé, David... —Abracé mis rodillas.

—Solo es una salida. No puedes decir que no somos compatibles si no me conoces. ¿O temes que te haga pensar lo contrario?

¿Miedo, yo?

Estaba aterrada.

Debatí internamente sobre qué responder —e incluso hice un listado mental en busca de alguna ayuda divina—, pero no tuve la menor idea. Solo se me vino a la mente:

Rizos oscuros...

Risa embriagadora.

Sonrisa provocadora.

Pero... ¡Libra!

¿Qué diría Becc?

«¡No lo pienses más y acepta de una puta vez!».

—Está bien —cedí antes de arrepentirme.

Él sonrió ampliamente, logrando contagiarme también.

No sabía qué saldría de esto, pero tenía razón: no podía juzgarlo sin conocerlo.

—¿Dónde iremos? —pregunté, ansiosa.

—Sorpresa.

No tenía certeza si sería la mejor decisión... o si al día siguiente me arrepentiría.

Solo podía esperar y averiguarlo.

9

Primera cita

—¿A dónde vamos, David?

—Es sorpresa —dijo, observándome de reojo.

—¿Ni una pista?

—No. Tendrás que esperar.

Íbamos rumbo a nuestra cita, pero no tenía idea de adónde. Solo sabía que nos alejábamos poco a poco de la ciudad de Denver y que cada vez había menos ajetreo.

Después de dos horas viajando, comencé a impacientarme porque sí... la ansiedad era mi segundo nombre.

—¿Cuánto falta? —protesté.

—Dos horas.

—¡¿Qué?! No dijiste que era tan lejos...

—Por algo te pedí que te trajeras un bolso con ropa —respondió con total calma.

—No me llevas al medio de la nada para asesinarme, ¿verdad?

—¿Crees que, si fuera un asesino, te lo diría así, sin más? —Ladeó la cabeza, profiriendo una carcajada.

—Más te vale no serlo. Sé cómo defenderme.

—¿Ah, sí? —ironizó.

—Ya, en serio. Para cuando lleguemos, vamos a tener que volver.

—¿Y quién dijo que volveremos?

Lo miré estupefacta. Seguro bromeaba... ¿no?

Me giré hacia la ventanilla para contemplar el paisaje verde. Cuanto más nos alejábamos, más árboles aparecían.

Un nudo se me instaló en el estómago. Las dudas me carcomían por dentro.

¿Había estado bien en aceptar la cita? ¿Fui ingenua otra vez?

Tal vez él solo quería un encuentro sexual...

¿Pero yo qué quería?

Demasiadas dudas y ninguna respuesta.

Aunque intenté dejarme llevar, no pude; siempre analizaba todos los escenarios que podían salir mal.

Envidié a David en ese momento: se veía tan sereno y despreocupado. Éramos tan diferentes... ¿Acaso no estaba nervioso? Porque yo me moría de los nervios.

Becc, en ese momento, me habría dado una bofetada para que me calmara. Ella siempre me daba claridad cuando mi mente se nublaba.

—¿Sara?

—¿Sí*?* —Abrí los ojos de golpe.

¿Me había quedado dormida?

—Llegamos —anunció, deteniendo el coche.

Al bajar, más allá de las copas de los árboles, distinguí una pequeña playa escondida.

—¿Vamos?

Él me tendió la mano y yo la acepté, nerviosa.

Empezó a correr y yo lo seguí como pude; corría demasiado rápido. Nos detuvimos al adentrarnos en la playa. Lo primero que hice fue quitarme el calzado para sentir la fina arena en las plantas de los pies.

Era realmente hermosa. Parecía que nadie jamás había pisado esa arena.

El mar parecía un lago, y el lugar estaba rodeado por paredes rocosas. El agua era tan cristalina que el cielo se reflejaba en ella. Las olas se movían con calma y el leve sonido que hacían al chocar me produjo una tranquilidad que hacía mucho no sentía.

Era tan mágico...

Mis recuerdos de la playa eran pocos; de niña fui algunas veces con mis padres. Pero ese rincón escondido era una maravilla. Un paisaje digno de un retrato.

—¿Te gusta? —preguntó David, sonriendo al ver mi expresión.

—Es... increíble.

—Ven, vamos a sentarnos. —Comenzó a caminar hacia la orilla.

—¿Cómo conoces este lugar?

—Lo descubrí cuando compré mi coche. Conduje sin rumbo fijo y, después de algunas horas, llegué aquí.

Nos sentamos en la arena, uno al lado del otro, admirando el paisaje. La brisa movía sus rizos de forma rebelde, ocultando parte de su frente. Era enternecedor de ver.

—Puedes comenzar a preguntar —dijo él.

—¿Eh?

—Vinimos para eso, ¿no? Para conocernos.

—Ah... sí.

Con esa vista, casi olvidé el propósito del viaje.

—Primero quiero saber tu apellido.

—Miller.

—¿Por qué hasta ahora lo dices? —pregunté, curiosa.

—Creí que no era relevante. —Se encogió de hombros y, al notar mi expresión confusa, añadió con un atisbo de amargura—: No me enorgullezco de él. Prefiero solo «David».

—¿Por eso no mencionaste que tu padre es tu jefe?

—Supongo —respondió con la vista fija en el mar—. Tiene varios bares en la ciudad. Me pidió que me encargara de *Éxtasis*.

—¿Eres el dueño, entonces?

—No del todo. El bar sigue siendo de él, pero creo que me gané el lugar. Sin mi esfuerzo, ese bar estaría muerto.

—¿Por qué te llevas mal con tus padres? —pregunté con cautela.

Él se mantuvo unos segundos en silencio antes de responder:

—No me llevo mal, pero... tienen una visión muy conservadora y me exigieron demasiado cuando yo solo era un adolescente que quería divertirse.

—Y tú no piensas así —asumí.

—Exacto. Discutíamos por cualquier tontería. Así que decidí irme de casa y vivir a mi manera.

—Recuerdo tu apartamento... —Me sonrojé—. ¿A qué edad te fuiste?

—A los dieciocho. No fue difícil conseguir dónde vivir. Ya tenía mis estudios como barman, así que me contrataron y, con ese dinero, podía pagar la renta. Hasta que un día mi padre llamó para preguntar si podía encargarme de *Éxtasis*.

—Debió ser emocionante.

—Lo fue. Pero mi padre puede ser muy exigente cuando quiere.

—¿Y tu madre? —pregunté, hundiendo los dedos en la arena.

—Quiere que me case y tenga diez hijos. —Puso los ojos en blanco—. Cree que soy una fábrica de reproducción.

No pude evitar imitar su gesto.

—Por ello insiste con Judith —aclaró, y tensé la mandíbula al escuchar ese nombre—. La conozco desde que somos unos niños. Acepté ser su novio para complacer a mis padres; solo duramos un par de meses. Jamás la quise y parecen no entenderlo.

—Debe ser incómodo.

—Es tedioso. No creo que sea mala mujer, pero puede ser muy intensa. Sofocante, incluso.

—Entiendo...

—¿Qué te parece si hacemos un juego?

—¿Qué clase de juego? —Tragué saliva.

—No esa clase de juego, pervertida. Una especie de *ping pong* de preguntas para conocernos mejor.

—Está bien —respondí.

—¿Quién fue el sujeto loco con complejo de adivino que inventó esas cosas del zodiaco?

Me preparé mentalmente para la explicación. Enderecé la postura y me aclaré la garganta antes de comenzar:

—En realidad, es algo más antiguo de lo que crees. Se podría decir que los babilonios fueron quienes crearon los signos del zodiaco como una forma de calendario para medir el tiempo y visualizar el paso de las estaciones. Y, a través de la influencia griega —que les dio a las constelaciones sus nombres actuales— y otras culturas, se convirtió en un sistema con elementos astronómicos, astrológicos y mitológicos que perduran... hasta hoy —dejé salir mi lado *friki* a la luz.

—Oh... *wow*. —Me observó con sorpresa—. Y dime algo... ¿también crees en esos seres de otros planetas?

—Te refieres a los extraterrestres —asumí.

—Sí, eso. No me digas que crees en eso... —Su expresión se tornó incrédula.

—Claro que creo —suspiré, ofendida—. Y tú también deberías. ¿Eres tan egocéntrico como para pensar que solo hay vida en este planeta? —Lo observé, indignada.

—Aún no se han demostrado pruebas suficientes que respalden eso.

—Yo vi uno —confesé, y él me observó con curiosidad, esperando que continuara—. Promete que no te burlarás.

—Lo prometo.

—Tenía diez años. Íbamos de viaje a otra ciudad a visitar a una tía de mi madre. La carretera estaba oscura y yo miraba por la ventanilla. Fue ahí cuando lo vi: una luz en el cielo tan grande que no podía ser una estrella ni una constelación. Tenía forma circular y parecía que caía en picada.

No pude seguir con el relato porque David se puso rojo de tanto contener la risa.

—L-lo siento —se desternilló de la risa—. Es que... nunca había oído algo así.

—¡Sabía que no tenía que contarte nada!

—¡Sí te creo! Es que me dio ternura cómo te brillaban los ojos al hablar de esos seres.

—Cuando bajen a la Tierra y nos quieran exterminar, ya no te parecerá gracioso —dije, cruzándome de brazos.

—Sí, como digas. —Se mordió el interior de la mejilla para contener la risa—. Bueno... ¿Tatuajes?

—¿Qué hay con los tatuajes?

—¿Te gustan? ¿Tienes alguno?

—No. No me creo capaz de pasar horas sufriendo para tener dibujitos en la piel.

—¡Pero si esa es la gracia! Es un dolor incluso placentero.

—¿Placentero? —Lo miré como si fuera un fenómeno.

—¡Lo es! Tienes que experimentarlo al menos una vez.

—¡Jamás! Mi piel está bien así.

—Bien pálida. Le hace falta color —bromeó.

—¿Disculpa? A la tuya le sobra —repliqué—. ¿Tiene algún significado? —Me atreví a pasar la mano por la tinta de su brazo.

—La verdad, no. Soy partidario de que, si me gusta algo, lo hago.

Auch.

¿Por qué teníamos que ser tan diferentes?

—Simplemente le dije a mi tatuador que me hiciera algo increíble, y fue la mejor decisión.

—Sí, la verdad que todo conecta bien —admití, observando cómo la geometría envolvía su brazo, haciéndolo lucir equilibrado y estético. —¿Qué opinas de la astrología?

—¿Otra vez con eso?

—Responde. Pero dame razones más válidas, con argumentos.

—No quiero parecer escéptico...

—Cuando empiezas una oración diciendo eso, es porque lo eres.

—Creo que son puros *clichés* —respondió, cruzándose de brazos.

—Existe evidencia científica.

—Entiendo que es un tema sensible para ti —dijo con voz serena.

Oh. No acababa de decir eso...

—Entonces explícame. —Su sonrisa se amplió al formular la siguiente pregunta—: Si tú eres Piscis y yo Libra... ¿qué significa? ¿Estamos condenados al desastre?

—La verdad es que Libra y Piscis no son la mejor combinación.

—Genial, estamos perdidos. —Se dejó caer en la arena con dramatismo.

—Piscis sueña, siente, intuye, y Libra es... equilibrio, lógica, razón. —Intenté encontrar palabras sencillas para que me entendiera—. Es como mezclar aire y agua: una catastrófica tormenta.

—Una hermosa catástrofe —corrigió él.

Se quedó mirándome, como si intentara descifrar algo en mí que le resultaba imposible.

—¿Desde cuándo pintas? —preguntó luego de unos segundos de silencio.

—Desde pequeña.

—¿Por qué no muestras tu arte al mundo, Sara? Muchos lo adorarían, te lo aseguro.

—No es algo que quiera hablar ahora, David, si no te importa...

—Hablemos de otra cosa —sugirió, intentando aliviar el ambiente.

—La pintura es algo que compartía con mis padres —confesé en un susurro—. Cada vez que pinto, siento que me conecto con ellos, y no quiero que deje de ser solo nuestro.

Al decirlo en voz alta, sentí lo absurdo que sonaba.

—No es algo tonto —adivinó mis pensamientos.

Me tomó del mentón con delicadeza y levantó mi rostro. Solo pude observarlo, tragando el nudo que se instaló en mi garganta.

—Cuando pinto, siento que no estoy en este mundo. Me desconecto completamente de todo lo exterior, y solo somos el lienzo, el pincel y yo.

—Por cómo hablas, parece que eso es lo que realmente amas hacer.

—Mis padres también lo creían —respondí, con un dejo de tristeza.

Resultaba extraño sincerarme con alguien que no conocía del todo, pero, por alguna razón, sentía que podía hacerlo.

—¿Me permitirás ver tus pinturas?

—Tal vez algún día...

—¿Estás diciendo que aceptarás otra cita? —Sonrió abiertamente.

—No dije eso...

—¿Por qué no te permites volver a confiar, Sara? —Su tono pasó de la diversión a algo más profundo.

Me observó con detenimiento, como si así pudiera comprenderme.

—Porque ya lo hice una vez, y me rompieron el corazón. —Sonreí, pero fue una sonrisa amarga, cargada de recuerdos que quería enterrar.

—No soy Mark, Sara. De eso puedes estar tranquila.

—No sé cómo seas, David. Quizás no seas como él, pero tengo miedo de apostar todo de nuevo y salir lastimada. No creo estar preparada para eso otra vez.

—No voy a presionarte —dijo, clavando sus ojos en los míos antes de confesar—, pero tengo que ser sincero. Tengo interés en ti. Desde hace un año apareces en mis pensamientos. Cuando te fuiste de mi apartamento aquella mañana y no volviste a contactar conmigo, sentí algo que jamás había sentido. Sentí que estaba perdiendo algo valioso, pero... ¿cómo podía perder algo que nunca había tenido? Ahí supe que eras especial.

El silencio se hizo presente. Sentí el latido de mi corazón acelerarse, como si quisiera escapar de mi pecho.

Observé en dirección hacia las olas, tratando de encontrar en su vaivén una respuesta que no llegaba. La sinceridad en su voz me desnudó dejándome vulnerable.

—No sé qué decir, David —mi voz fue apenas un susurro—. Esa mañana, cuando me fui, me sentí rota... mal conmigo misma por haberte usado por despecho. No soy esa persona. Por eso no te contacté: por vergüenza.

—Tú no tuviste la culpa de lo que ese imbécil te hizo. Actuaste como pudiste. No te culpes por eso.

Su manera de ver y comprender las cosas logró sorprenderme, haciéndome dudar de que quizá lo había juzgado demasiado rápido.

—Tardé demasiado tiempo en reconstruir la autoestima que él me había destrozado. Al principio, me culpaba por lo que pasó. Me preguntaba: «¿Acaso no fui suficiente?» —mi voz se quebró un poco—. Pero un día,

simplemente dije: «¡A la mierda!». No tuve la culpa de que él no supiera valorarme como debía.

Sus ojos me observaron con un brillo cálido, lleno de admiración.

—¿Cómo crees que está el agua?

—No lo sé.

—Averigüémoslo.

—¿Qué...?

No terminé de formular la pregunta cuando mis pies ya no tocaban la arena. David me cargó sobre su hombro y corrió en dirección al mar.

—¡David! ¡Bájame! —supliqué entre risas—. ¡Aún llevo la ropa!

—¿Trajiste más o no?

—¡David!

Pero mi cuerpo ya estaba sumergido completamente en el agua. Cuando salí a la superficie, él me observó con inocencia.

—¡Idiota!

—Pero me quieres así. —Me sacó la lengua.

—No te quiero.

—Ya lo harás. —Sonrió de forma coqueta antes de sumergirse en el agua.

Comencé a preocuparme al ver que no salía a la superficie. Pero cuando sentí que algo me tomaba de las piernas y me impulsaba hacia arriba, me di cuenta de lo que tramaba. Salté por los aires cayendo de nuevo al agua.

✧✧

El sol se ocultó, dando paso a un hermoso ocaso.

—¿Tienes frío? —preguntó, mientras mantenía la concentración en la fogata que estaba encendiendo.

—Estoy bien —respondí, sin poder despegar la vista de los tonos anaranjados que se instalaban en el cielo.

—¿Te gustan los sándwiches de pollo?

—Sí.

—Perfecto. —Se encaminó hacia el coche y cuando volvió lo hizo con una canasta.

De ella sacó los sándwiches, una manta —en la que tranquilamente podríamos caber los dos— y una botella de vino con dos copas.

—Oh...—me asombré al ver todos los preparativos.

Y yo... apenas había traído una botella de agua.

—Espero que te guste el vino.

—Me gusta —asentí—. ¿Nos quedaremos a dormir?

—¿Es eso lo que quieres?

—No me gusta viajar de noche en coche.

—Entonces no se habla más. Nos quedamos —dijo, mientras me ofrecía una copa de vino.

Mojé apenas los labios con el vino. El sabor dulce invadió mi paladar, recordándome que la vida no siempre debía ser amarga.

La fogata crepitó, iluminando su rostro.

—¿Te puedo besar? —me observó con intensidad, depositando la copa a un lado.

No esperé ni un segundo más y acerqué mis labios a los suyos.

El viento fresco del mar rozó nuestra piel, mezclándose con el calor que emanaba de nuestros cuerpos. El suave sonido de las olas chocando contra la orilla marcó un ritmo pausado, casi hipnótico, mientras el aroma salino del mar se entrelazaba con el dulce olor del vino y la cercanía de su piel.

Nuestros labios se encontraron en un tierno beso que pronto se volvió apasionado. Nuestras lenguas se enredaron con urgencia, jugando una batalla silenciosa que ninguno quiso perder. Sentí el latido de mi corazón, una mezcla de nervios y deseo que me recorrió desde la punta de los dedos hasta el pecho. Enredé mis manos en su cabello, sintiendo cada hebra bajo mis dedos, mientras él me tomó de la nuca para profundizar el beso.

Me tumbé lentamente sobre la manta; sentí la arena fresca en mi espalda. Él se posicionó encima de mí. Abrí las piernas, permitiendo que su cuerpo encajara perfectamente con el mío. Sus caricias recorrieron mi piel con una ternura que me estremeció, una que nunca había sentido, mientras sus labios no se despegaban de los míos.

En un instante, detuvo el beso y me observó fijamente. Sus ojos brillaron bajo la luz de la luna, más intensos que nunca.

—Eres perfecta, Sara —susurró, y pude sentir cada palabra resonando dentro de mi ser.

Nuestros cuerpos se entrelazaron con delicadeza y pasión. Cada caricia fue una promesa silenciosa, una palabra que no necesitó ser pronunciada.

El cielo estrellado iluminó su rostro, como si el universo mismo quisiera ser testigo de ese momento que habría querido congelar para siempre. Solo

estábamos él y yo, sin nada más que el deseo de abrazarnos y perdernos en ese instante.

¿Qué me estás haciendo, David?

Fue lo único que pude pensar, mientras sus labios se posaban con ternura sobre los míos y la oscuridad nos envolvía en un reconfortante abrazo.

10

Confusión

—Cuéntame todo. Y con lujo de detalles. —Becc me observó con esa sonrisa pícara que anunciaba que no pensaba dejarme escapar.

—Llegaré tarde al trabajo, Becc —resoplé, fingiendo prisa.

—De esta no te salvas. —Me lanzó una última mirada acusadora antes de abandonar la habitación.

Hundí la cabeza en la almohada, escondiendo la sonrisa boba que se instaló en mi rostro de solo recordar el día de ayer.

Había quedado con él en su apartamento para beber un café antes de entrar a trabajar al bar. Verlo después de todo lo que ocurrió el día anterior, me emocionaba más de lo que quería admitir.

Al pasar por el living, mi boca se abrió en una «O» gigante. Becc y Thomas se abrazaban tiernamente. Carraspeé para llamar su atención y... ¡para qué mentir! Pescarlos *infraganti* de una vez por todas. Al oírme, se separaron de inmediato, con los ojos abiertos de par en par. A Becc se le tiñeron las mejillas de un rojo chillón, mientras Thomas parecía querer que la tierra se lo tragara.

—¿Me dirán lo que pasa, o lo digo yo por ustedes?

—¿D-de q-qué hablas? —Becc soltó una risita nerviosa y miró a Thomas en busca de ayuda.

Él no dijo nada. Permaneció de pie, rígido, como si debatiera internamente si hablar o no.

—Sigo esperando...

No quería presionarlos, ¡pero vamos! Nos conocíamos demasiado bien. Después de convivir un año entero, podía leerles los gestos a la perfección.

—¿No tienes que ir a trabajar? —mi amiga desvió el tema, evitando mi mirada.

—Tengo tiempo para una respuesta —respondí firme, sin moverme del lugar—. ¿Thomas? ¿Algo para decir?

—Luego te contaré, ¡lo juro! —exclamó Becc, interrumpiendo cualquier reacción de Thomas.

—No te creo... —pronuncié, cruzando los brazos y frunciendo el ceño.

—Sara... —Su voz sonó casi suplicante.

¿Estaba siendo muy dura?

—De acuerdo... —decidí ceder al fin.

Becc suspiró y Thomas pareció volver en sí.

¿Tanto les costaba admitir sus sentimientos?

Mira quién habla.

—Luego hablamos —me despedí de ambos, no sin antes lanzarles una última mirada, dándoles a entender que no olvidaría el tema tan fácilmente.

✧✧

Frente a mí se alzó el gran edificio de apartamentos donde vivía David y, si no recordaba mal, el suyo se encontraba en el sexto piso.

Pero no me hizo falta entrar.

A unos metros lo vi, y no se encontraba solo. A su lado, pegada en un abrazo, se encontraba Judith. Y él no parecía estar siendo obligado.

No podía ser. *No otra vez.*

Permanecí paralizada, congelada en el tiempo, aferrándome a una esperanza irracional de que en cualquier momento la apartaría.

Pero no sucedió.

No podía describir lo que sentí: era una mezcla de decepción, tristeza y una punzada profunda que me recordó lo ingenua e ilusa que fui por confiar en sus dulces —pero mentirosas— palabras.

No podía seguir torturándome.

Me di la vuelta sin mirar atrás, sintiendo que mis esperanzas se quebraban en mil pedazos, junto con todas mis expectativas.

Decepción. Sí. Eso era lo que sentía. Había sido una completa tonta en pensar que él... podía ser diferente al resto.

Cada paso que daba me resultaba aún más pesado que el anterior. Mis latidos golpeaban con fuerza y las lágrimas amenazaban con brotar de mis

ojos.

¿Por qué, David?

Tú tenías que ser diferente...

—¡Sara!

No.

No podía enfrentarlo en ese momento. No así. No con las lágrimas a punto de empapar mi rostro, revelando cuán débil era.

Aceleré el paso, suplicando que no insistiera, que me dejara en paz.

—¡Espera, Sara! ¡Déjame explicarte!

Me detuve.

Era inútil seguir escapando; tendría que enfrentarlo algún día.

—¿Qué quieres? —Me giré por fin, obligándome a mantener la firmeza, a no mostrar debilidad.

—Explicarte.

—No tienes nada que explicar, David. No somos nada. —Mi voz fue fría. Intenté mostrar indiferencia, aunque mi pecho ardiera.

No podía mostrar debilidad.

Ya no más.

Ya no era esa Sara.

No lo permitiría.

Él dio un paso adelante; yo retrocedí, midiendo la distancia.

—Escucha, Sara. —Su voz fue baja, casi suplicante—. No suelo dar explicaciones, pero si lo hago es porque me importas. ¿No lo crees?

—Vi otra cosa distinta, sin embargo —mi tono fue duro, pero era justo lo que quería.

—No fue así.

—¿Ah, no? —Lo enfrenté con la mirada—. Sabías que yo vendría...

—El portero dijo que alguien me esperaba y bajé pensando que eras tú. Ella empezó a hacer una escena, a llorar, a decir que su madre está enferma. —Sus palabras fluyeron atropelladas, como si temiera que diera media vuelta y jamás volviera.

—Y tú la consolaste —una risa amarga escapó de mi boca.

—No es lo que crees. —Intentó tocar mi mentón, pero me aparté como si su tacto me quemara; y sí, lo hacía, me quemaba. Él me observó con dolor en los ojos.

Quizás solo estaba exagerando. Pero creí que lo de anoche había sido algo especial. Eso confirmaba que no: solo era otra conquista más.

—Lo que no entiendo es por qué hiciste todo eso ayer. La playa, la comida, lo que hicimos después... —mi voz se volvió un susurro, frágil.

Él se pasó las manos por el cabello, completamente desesperado.

—¡Sabía que pasaría esto!

Judith, que permanecía a unos metros, me lanzó una última mirada de odio antes de marcharse.

—¿Qué pasaría qué? —Me observó, confundido.

—¡Esto, David! —Lo señalé, y luego me señalé a mí—. Debí hacer caso a mi instinto. No somos compatibles. Y con Mark tampoco lo era —pronuncié eso último en un susurro.

—¿Es en serio, Sara? —respondió, llevándose las manos a la nuca y sonriendo amargamente—. Al menos inventa otra excusa más creíble.

—Ya no sé qué creer. ¿No piensas que debería ser todo más sencillo? Parece un drama de película. Te encuentro junto a tu ex y me dices: «No es lo que parece». Es extraño...

—¿Eh? —Parpadeó, desconcertado.

—La parte en la que la protagonista encuentra al chico besando a su ex y él dice: «no es lo que parece», y...

—Pero esta no es una película, y no es ninguna excusa. Es la verdad, Sara. —Su voz fue una súplica—. No puedo creer que esté haciendo esto.

Lo observé, perpleja, cuando de repente comenzó a reír, sin razón aparente.

—¿De qué te ríes?

—De mí —respondió—. Si alguien me hubiera dicho hace dos años que estaría dándole explicaciones a alguien de esta forma desesperante, me habría reído en su cara. Pero mírame, aquí estoy —se señaló, negando con la cabeza.

—¿Felicidades? —Enarqué una ceja, sin comprender cuál era la gracia de todo eso.

—No tienes idea de lo que eso significa, ¿verdad?

—Ilumíname.

—Escucha bien, Sara. Me da igual la astrología y todas esas cosas en las que crees. No comprendo ni de signos ni tampoco de planetas. Lo único que sé es que estoy loco por ti. No necesito que ningún zodiaco me diga si puedo o no estar contigo. Y, por último, no me compares con el idiota de tu ex.

Mi corazón latió a toda prisa, traicionándome por completo. Supuse que mi expresión me delataba, porque David se acercó y yo lo dejé.

Terminó por borrar la distancia y me observó a los ojos antes de pronunciar en un susurro:

—¿Te puedo besar?

—No preguntes —susurré, con la vista fija en sus labios.

Nos fundimos en un beso que empezó lento pero se intensificó a los pocos segundos. Con una mano me sujetó firmemente de la cintura; con la otra me sostuvo la nuca, atrayéndome más. Su lengua buscó la mía, que cedió sin dudar. Sus besos se estaban convirtiendo en una maldita adicción, de la que no sabía si quería curarme.

Detuvo el beso de golpe y me observó profundamente.

—¿Lo entiendes?

—Sí —logré pronunciar, respirando agitadamente.

—Bien. —Me atrajo de vuelta para continuar con el beso.

11

Anónimo

El aroma a café recién hecho se coló por mis fosas nasales, provocando que, automáticamente, mis pasos se dirigieran a la cocina en busca de una taza.

En la cocina, de espaldas, se encontraba Thomas.

—Hola —saludé, caminando hasta quedar a su lado—. Huele delicioso.

—¿Te sirvo? —preguntó.

Asentí en respuesta.

—¿Becc aún duerme?

—Ya no.

Becc entró a la cocina y su expresión era de enfado.

—¿Qué ha pasado?

—¡Los ronquidos de él! —vociferó, señalando a Thomas mientras lo fulminaba con la mirada.

Este le sirvió café y se lo dejó en la mesa, evitando hacer contacto visual.

—Yo no ronco —murmuró por lo bajo.

—Sí, lo haces. Roncas como una morsa.

Se sentó a mi lado, dejándose caer en la silla.

—¡Qué buen humor te traes hoy!

—La que sí está de buen humor eres tú. —Una expresión pícara se instaló en su rostro al observarme—. Llegaste hace un rato.

—Eh... sí, se me hizo un poco tarde. —Me rasqué la nuca sin saber bien a dónde dirigir la mirada.

—Me imagino que no habrás dormido nada. Debes de estar muerta de cansancio.

La observé de reojo y confirmé que mantenía esa sonrisa pervertida en el rostro.

—Déjala, Becc —intervino Thomas al notar mi incomodidad.

—Tú mejor cállate. Eres una morsa que no deja dormir.

Lo observó de forma amenazante. Thomas levantó las manos en señal de paz y se puso a lavar lo que había ensuciado.

Becc se acercó y susurró en mi oído:

—Luego me contarás todo.

—No hay mucho que contar —susurré también.

—¿Saben que aún puedo escucharlas, verdad? —preguntó Thomas, de espaldas a nosotras.

Becc puso los ojos en blanco en respuesta.

¿Ahora qué le pasaba a esos dos?

Yo, por mi parte, bebí rápido mi café.

—Les aviso que no hay ni pan para el almuerzo —avisó Thomas.

—¿No sobró pizza de anoche?

—¿Comieron pizza sin mí? —dije, mirándolos ofendida.

—Tú estabas divirtiéndote con alguien más.

—¿Quién va? —Thomas intercaló mirada entre ambas, esperando una respuesta.

Becc y yo nos observamos con inocencia y guardamos silencio.

—Yo no comeré aquí.

—¿Dónde comerás? —preguntó mi amiga con bastante interés.

—Por ahí. —Thomas hizo un gesto con la mano, restándole importancia.

Becc lo miró fijamente. Se mordió la lengua, conteniendo algo que quería decir pero que, sin embargo, no dijo.

—Yo iré. —Me levanté de la silla sin más remedio.

Si quería comer algo, tendría que ir a por ello.

—¿Qué quieres comer? —le pregunté a mi amiga, que mantenía la vista fija en su móvil mientras se reía de algo.

—No lo sé... Elige tú.

Conocía esa risa; la solía utilizar cuando quería llamar la atención. Y lo estaba logrando, porque Thomas no le quitaba la vista de encima.

Me encaminé hacia la puerta de entrada, no sin antes girarme para observar la escena desde lejos. Becc seguía riendo —exageradamente, cabía destacar— y Thomas mantenía una evidente expresión de irritación.

El supermercado me quedaba a diez minutos a pie, pero igualmente me apresuré: no quería derretirme en el camino. De verdad que hacía demasiado calor.

Un bocinazo me obligó a detenerme abruptamente. El dueño del sonido era nada más y nada menos que David. Me observaba desde su asiento, con gafas de sol puestas y una sonrisa amplia.

—¿La llevo, señorita?

Me acerqué unos pasos, hasta quedar a la altura de la ventanilla.

—No viajo con desconocidos, lo siento —le seguí el juego, reprimiendo una sonrisa.

—¡Qué pena! Con este calor, se va a derretir. —Se pasó la mano por los rizos.

—El supermercado está a solo cinco minutos de aquí. No se preocupe.

Él profirió una pequeña carcajada.

—Ven, sube.

Abrió la puerta del copiloto y yo rodeé el coche, acomodándome en el asiento.

—Hola —lo saludé, ensanchando una sonrisa.

—Hola. —Me devolvió la mirada, también sonriendo—. Ahora sí puedo saludarla como corresponde, señorita.

¿Eh?

De repente, se inclinó, me tomó de la nuca y acortó la distancia para unir nuestros labios en un suave beso. La confusión se disipó al instante. Quedé tan anonadada que mi expresión de shock logró que él sonriera con satisfacción.

—¿Cómo estás?

—B-bien.

—Yo también iba de camino a hacer la compra.

—¿Ah, sí?

—¿Segura que te encuentras bien? —dijo, observándome de reojo.

—Sí. Solo que no me... eh... esperaba ese beso.

Y ahora estaba actuando como una niña.

—¿No te gustó el beso?

—No dije eso.

—Lo diste a entender —respondió mientras aparcaba el coche.

Suspiré sin saber qué responder.

—Te estoy presionando demasiado, ¿verdad?

—No. No lo sé.

Jugueteé con mis dedos mientras fijaba la vista en ellos.

—Sabes que puedes ser sincera conmigo. Lo último que quiero es presionarte. Solo dímelo e iré más despacio.

Asentí.

—Pero dime si tengo alguna oportunidad o si estoy luchando por algo que no pasará jamás.

Su sonrisa fue desapareciendo dando paso a una mueca de tristeza.

—Sí que tienes oportunidad, David —respondí con determinación—, solo que... me cuesta confiar rápido en las personas.

Su sonrisa regresó y sus ojos recuperaron su brillo habitual.

Parecía importarle de verdad.

—De verdad me importas, Sara... —pronunció, como si leyera mis pensamientos.

—¿Bajamos? —pregunté, abriendo la puerta.

—Vamos.

Dentro del supermercado, tomé lo necesario para hacer espaguetis con salsa.

—¡Qué creativa! —exclamó con burla.

Lo fulminé con la mirada, provocando su risa.

—Idiota —farfullé.

—¡Te oí!

Me sorprendió sujetándome por detrás, clavando sus dedos en mis costillas para hacerme cosquillas.

Me retorcí entre risas.

—¡David, por favor! —supliqué.

—¡Retira lo dicho!

Él no paró de reírse mientras me seguía haciendo cosquillas en medio de uno de los pasillos del supermercado.

—¡Lo siento! ¡Lo siento!

Se detuvo y me observó con diversión.

—Eres... Eres...

—¿Soy?

—Nada —dije, ceñuda.

—Eres linda cuando te enojas.

—Y tú eres lindo cuando te callas.

—¿Soy lindo? —preguntó con una sonrisa, ignorando lo demás.

—No te ilusiones.

—¿No?

Se acercó demasiado. Tuve que levantar un poco la vista para mirarlo a los ojos. Su expresión era juguetona.

¿Acaso me besaría aquí?

—¡Pero mira qué lindos los tortolitos!

Me giré bruscamente.

Ahí estaba Mark, parado a unos metros, con esa sonrisa que siempre anunciaba problemas.

Esto tenía que ser una broma del universo.

—¿Qué quieres? —David lo observó con un cansancio que casi se podía palpar.

—Tranquilo, amigo. Solo pasaba y tuve que detenerme a contemplar esta escena tan... conmovedora. —Se llevó una mano al pecho, exagerando el gesto.

—Primero, no soy tu amigo. Segundo, ya puedes seguir de largo.

—¡Qué buen guardaespaldas has conseguido, Sara!

Su mirada me recorrió de arriba abajo y eso me congeló la sangre. Ya no era el idiota arrogante de siempre; había algo más oscuro en sus ojos.

—¿Vamos? —le dije a David, intentando que mi voz sonara firme.

—Pero mira nada más... ¡Qué rápido me reemplazaste! Eres una...

—Si sigues hablando, juro que te partiré la cara. —David dio un paso hacia él.

—David —lo tomé del brazo, frenándolo.

No necesitaba una discusión ahí, no con él.

Caminé hacia Mark, acercándome lo suficiente como para que pudiera ver el fuego en mis ojos.

—¿Y qué hay de ti, Mark? —mi voz sonó afilada—. ¿Te recuerdo quién engañó a quién?

Él sonrió; esa sonrisa que me sacó de quicio tantas veces.

—Eso solo fue una tontería. Pero tú... tú eras el amor de mi vida, Sara, y te importó una mierda. La primera oportunidad y ya te tiras a otro —lanzó la última palabra como un veneno hacia David.

Sentí a David acercarse por detrás y colocar su mano en mi espalda como un escudo.

—Déjame en paz —le escupí con odio.

—¿En serio me cambiaste por este? —señaló a David mientras reía; una risa hueca que me produjo un escalofrío.

—Me caes tan mal —respondió David sin apartar la vista de él.

—Es recíproco.

—No le hagas caso, es un idiota.

Mark negó con la cabeza, fingiendo decepción.

—Es muy feo que hables así de la persona con la que compartiste tanto y que te conoce más que nadie.

Hipócrita.

—Vamos, David —dije, tomando su mano para salir, pero él no se movió.

—Escucha bien —pronunció David, señalándolo con un dedo—. No te conozco ni quiero hacerlo. Pero si vuelves a molestarla, te las verás conmigo.

Mark sonrió. No había miedo en él, solo diversión.

—¡Qué discurso más bonito! —vociferó y aplaudió, evidentemente, gozando de la situación—. Te felicito por tu chico, Sara.

Se dio media vuelta y desapareció entre los pasillos.

Solté el aire que llevaba conteniendo. Podía sentir la tensión clavada en los hombros como agujas.

—¿Siempre fue así de idiota? —preguntó David cuando regresamos al coche.

—Aunque no lo creas, no. Cuando lo conocí no era así.

—O tal vez siempre lo fue y nunca mostró su verdadero rostro.

—En el último año empezó a comportarse como un imbécil. No sé cómo dejé pasar tanto tiempo.

—No te culpes, Sara. Los tipos así no llevan un cartel en la cabeza anunciando cómo son.

—Pero tuve señales... —Bajé la cabeza y el recuerdo me golpeó.

—¡Sara! ¡Cariño! —Su voz resonó desde la habitación.

—¡Estoy en la cocina! —respondí.

Apareció con mi móvil en la mano. Lo sostenía como si fuera la prueba de un crimen.

—¿Qué es este puto mensaje? ¿Eh, Sara?

—¿Eh? —dije, observándolo confundida.

—¿Quién carajos es Pol? —Sus dedos se clavaron contra el teléfono.

—Es mi jefe, Mark. Te lo he dicho varias veces.

—¿Y por qué tiene que enviarte mensajes a esta hora? —Sus ojos chispearon con ira.

—A ver... —Le arrebaté el móvil de las manos y revisé—. Solo dice que mañana debo entrar a trabajar más tarde.

—¡Es casi medianoche! —Golpeó la mesa, y el estruendo me hizo temblar—. ¡Maldición!

—Tranquilízate, Mark... —Di un paso atrás, sintiendo un sudor frío recorrerme la espalda.

—¿Me estás engañando? —Me apuntó con el dedo, con amenaza.

—¡Claro que no! —mi voz se quebró.

—No me mientas.

—¡No te miento!

—Dile que no te escriba más.

—Es mi jefe.

—Y yo soy tu novio, ¡maldita sea! —Se agarró la nuca, respirando con fuerza.

No lo reconocía.

—Está bien, Mark. Se lo diré —murmuré.

Sus hombros se relajaron y su postura volvió a la normalidad. Se acercó hasta quedar a centímetros de mí.

—Lo siento, cariño —dijo mientras me levantaba el mentón—. Estoy nervioso por el trabajo. —Acarició mi mejilla y preguntó en un susurro—: ¿Me perdonas?

Asentí, aunque por dentro algo empezó a romperse.

Ahora lo veía claro: nada de eso tenía sentido.

¿Por qué revisar mi móvil sin permiso?

¿Por qué gritar y golpear la mesa así?

Y lo peor: acusarme de engañarlo cuando era él quien me engañaba a mí.

Su manipulación no me dejaba verlo como realmente era. Me acostumbré a excusarlo ante quienes se daban cuenta de la situación.

Cuando lo encontré en nuestro apartamento aquella noche, mi mundo se desmoronó. Yo lo amaba... o eso creía. No sabía si era por sus manipulaciones, por dependencia emocional o por ambas. Lo conocí muy joven y fui lo bastante ingenua como para creer en sus promesas de arrepentimiento.

—¿Estás bien? —La voz de David me devolvió al presente—. Te quedaste en silencio.

—Quizás siempre fue un idiota y yo no quise verlo.

—Lo importante es que ya no está en tu vida —dijo, arrancando el coche.

—Lo sé.

En el camino, David mantuvo una mano en el volante y la otra sobre mi rodilla.

Me sentía tan a gusto con él, tan cómoda, que parecía irreal. Hacía mucho que no me sentía así y eso era... realmente agradable.

Por ahora, todo marchaba bien.

¿Seguiría así por mucho tiempo? A veces tenía un amargo presentimiento de que no. O quizás estaba siendo pesimista. Nada nuevo.

Entonces, mi teléfono vibró en el bolsillo. Lo saqué sin pensar y la pantalla me mostró un número desconocido.

Un solo mensaje. Tres palabras:

«*Te veré pronto*».

Bloqueé el número, pensando que solo era Mark molestando, y guardé el móvil nuevamente en el bolsillo.

No permitiría que ese idiota me saboteara otra vez.

12

Un posible “accidente”

Un escalofrío helado me recorrió el cuerpo al descubrir esa sonrisa siniestra. Intenté forzar la vista para distinguir algo en la oscuridad, pero su rostro permanecía oculto bajo una capucha negra que solo me dejaba ver una sombra amenazante.

La negrura me envolvía por completo. Cerré los ojos con fuerza y recé en silencio para despertar de esa horrenda pesadilla.

—No podrás escapar de mí. No por mucho más tiempo... —Su voz retumbó en mi mente, gélida y cruel, como un latigazo.

—¿Quién eres? —mi voz se escapó en un susurro tembloroso.

—Sabes quién soy...

Una risa macabra comenzó a multiplicarse en el aire, transformándose en un eco perturbador.

Observé a mi alrededor, desesperada. La risa provenía de todas partes y de ninguna al mismo tiempo, como si sombras invisibles me rodearan.

¿Dónde estaba?

¿Qué estaba pasando?

La figura frente a mí empezó a desvanecerse, pero las carcajadas continuaron, creciendo en intensidad, llenando el lugar de horror.

Un frío insoportable me caló hasta la médula. No era un frío común; era abrasador, como si el hielo me quemara la piel.

Me abracé a mí misma con fuerza, buscando calor en mis propios brazos. También me cubrí los oídos en un intento fallido por apagar cualquier ruido. Cerré los ojos con fuerza y me repetí una y otra vez: «No lo escuches».

«*¡Despierta!*».

—Nos volveremos a ver —susurró, como una promesa macabra, justo antes de que mis ojos se abrieran de golpe.

Estaba en mi habitación.

Un sudor frío me empapaba la piel, y mi corazón latía con violencia, como si quisiera salirse del pecho.

—Ya pasó —me susurré, tratando de convencerme.

Pasé una mano temblorosa por mi rostro y noté un rastro de lágrimas que lo humedecía.

¿Tanto me afectaban esos sueños?

El primero había aparecido la noche de mi cumpleaños y, desde entonces, me perseguían sin tregua. Pero este... este había sido el peor de todos.

Un recuerdo me golpeó: alguien acechándome entre las sombras. ¿Por qué sentía que esa persona estaba conectada con mis sueños? Desde aquella noche, el malestar no me abandonaba.

¿Estaba perdiendo la razón? ¿Y si la muerte de mis padres había detonado mi locura?

Unos murmullos provenientes del salón interrumpieron mis pensamientos.

Miré la hora en mi móvil: eran apenas las siete de la mañana. ¿Por qué estaban despiertos tan temprano? Salí de entre los edredones y me puse las pantuflas.

Crucé el pasillo en silencio y, cuando llegué al living, vi a Becc de espaldas y a Thomas susurrándole algo que le provocó risitas.

—Le tenemos que decir —oí decir a Thomas.

—¿Seguro?

—Creo que debe saber...

¿Se referían a mí?

Me adentré al living y Thomas se quedó helado al verme.

Becc, al notar su reacción, se volteó y, al verme, su mandíbula se desencajó.

Parecía que habían visto un fantasma.

—S-Sara —balbuceó Becc.

—¿Qué me tienen que decir? —Alcé una ceja—. ¿Finalmente me dirán qué sucede entre ustedes?

—Y-yo...

—¿Tanto les cuesta aceptarlo? —Di un paso adelante, con los brazos cruzados.

—Sara —pronunció Thomas—. Vamos a sentarnos. Tenemos que hablar.

Becc lo miró entre confundida y aterrada, pero lo siguió hasta el sofá y se sentó.

Los seguí, aunque, a diferencia de ellos, permanecí de pie.

—Sa... —comenzó Becc, jugando nerviosa con sus dedos, evitando mi mirada.

—Becc y yo estamos intentando algo —interrumpió Thomas de repente.

—¡Si serás...! —exclamó Becc, horrorizada.

—Por fin... —suspiré con alivio.

—¿Lo sabías? —exclamaron al unísono.

—Son muy evidentes. Déjenme un lugar. —Me senté entre ambos.

—Lo siento —murmuró Becc.

—¿Por qué no me lo dijeron antes?

—No queríamos que nada cambiara —explicó Thomas.

—¿Por qué iba a cambiar algo?

—Porque somos mejores amigos, casi hermanos —continuó Becc y luego añadió, con la voz algo apagada—: No queríamos que las cosas se tornaran incómodas. Antes de decirte, queríamos probar y ver si funcionaba.

—Par de tontos —me reí, negando con la cabeza—. Vengan —dije, extendiendo los brazos.

Ambos se abalanzaron hacia mí.

—¿Nos perdonas?

—*Mmm*, no lo sé... —Me llevé la mano al mentón—. ¡Claro que sí, tontos!

—¡Te dije que no se enojaría! —exclamó Thomas.

—¡No me grites!

Y ya iban a empezar...

—De acuerdo... —Me incorporé del sofá ya que no quería que mis tímpanos se dañaran por culpa de esos dos.

—Sa. —La voz de Becc me detuvo—. ¿Estás segura de que estás bien con esto?

—No les voy a negar que es extraño verlos así —me sinceré—, pero si ustedes son felices, yo también lo soy.

—Eres la mejor.

—¿Estás bien? —preguntó Thomas, con el ceño fruncido.

—Sí, ¿por qué?

—Te ves algo pálida.

—Sí, estoy bien —mentí, sin querer arruinar el momento.

Becc también me observó con preocupación.

¿Tanto me había afectado ese tonto sueño?

—Solo tuve un mal sueño.

—¿Quieres hablar? —preguntó Becc.

—No es nada, lo juro. —Sonreí débilmente para tranquilizarla, pero su expresión me dijo que no me creyó en lo absoluto.

Me di la vuelta y comencé a dar pasos apresurados hacia la puerta de entrada.

Cuando el aire fresco del exterior chocó con mi rostro, respiré hondo.

Me negaba a permitir que ese sueño me afectara así, pero cada vez eran más recurrentes y, por alguna razón desconocida, me aterrorizaban.

Me palpé los bolsillos traseros del pantalón en busca de la cajetilla de cigarrillos, pero no estaban.

Maldición.

—¡Cuidado! —el grito de una señora del otro lado de la calle me descolocó completamente.

Todo cobró sentido al girar la cabeza a la derecha y ver un auto que venía a toda velocidad directo a mí.

¿Moriría?

Las luces del coche se hicieron cada vez más grandes y mis pies parecieron pegados al cemento.

El impacto no llegó.

Sentí cómo una fuerza me empujaba fuera del alcance del coche.

¿Cómo podía ser? No había nadie...

Una ligera esperanza me dijo que habían sido mis padres, salvándome. O tal vez había sido un acto reflejo momentáneo.

La señora cruzó rápidamente la calle y me observó con preocupación. Me tendió una mano, que acepté para ponerme de pie.

—¿Estás bien, cariño? —Me inspeccionó de arriba a abajo, buscando algún rasguño.

—E-estoy bien —respondí, observando a mi alrededor en busca del coche, pero ya había desaparecido.

—Ese maldito —maldijo con irritación, antes de pronunciar en voz baja como si se tratara de un secreto—: Parecía que venía directo a por ti.

—¿Dices que...?

—Parecía que quería arrollarte con el coche —asintió con convicción.

Palidecí de inmediato.

✧✧

—¿Qué ocurre, Sara? —Becc vino a mi encuentro. En su rostro había una preocupación tan intensa que parecía atravesarme—. ¿Estás bien?

Asentí lentamente, intentando tranquilizarla.

—Nos tenías demasiado preocupados —suspiró, aliviada—. Incluso David se apareció por aquí preguntando por ti.

—¿David? —mi voz salió cargada de sorpresa.

—Sí. Está en la cocina con Thomas.

Respiré hondo, pero el aire me resultaba pesado, como si me costara inhalarlo. Seguí los pasos de Becc hacia la cocina.

David estaba sentado en una de las sillas, con las manos entrelazadas sobre la mesa.

Thomas nos daba la espalda; parecía absorto en sus pensamientos mientras preparaba café.

—Sara. —David se incorporó rápidamente al verme entrar, recorriéndome con la mirada en busca de alguna señal de alerta.

Thomas se giró y el alivio se reflejó en su rostro al verme intacta.

—Solo fui a dar una vuelta, ¿eh? —dije, intentando aliviar el ambiente, aunque mi voz sonó más débil de lo que hubiera deseado.

—Estaba preocupado por ti —admitió David, rascándose la nuca con un gesto casi nervioso.

—Estoy bien. —Forcé una sonrisa, levantando apenas las comisuras.

Mentirosa.

Thomas arqueó una ceja; ese gesto que delataba que no creía una sola palabra.

Ya luego les contaría. No quería llenarlos de teorías absurdas ni alimentar mis propias paranoias.

—¿Vamos afuera? —Miré a David.

Él asintió sin despegar la vista de mí y me siguió.

En cuanto salimos, me encendí un cigarrillo. Más que nunca necesitaba esa falsa calma.

—¿Quieres?

—¿Y bien? —preguntó, aceptándolo, sin dejar de observarme con atención.

—¿Qué?

—¿Estás bien?

—Sí. ¿Por qué?

—No lo pareces...

Dudé un momento sobre si contarle o no.

Podía ocultarlo y dejar que esa angustia siguiera carcomiéndome por dentro, o podía compartirla con él.

—Cuando venía, un coche casi me pasa por encima —murmuré.

Mis manos todavía temblaban, traicionándome.

—¡¿Qué?!

—Sí. Venía distraída y el grito de una señora me salvó.

Omití lo más inquietante de todo: esa sensación de que algo —o alguien — me había empujado justo antes del impacto.

—Dios... —Se llevó las manos a la nuca—. Sara...

—Estoy bien.

—Tienes que ir con más cuidado. —Su voz se escapó cargada de angustia, delatando lo asustado que estaba.

—Lo siento.

—No te disculpes. —Negó con la cabeza, acercándose—. Ven aquí.

Su abrazo me envolvió por completo. Me aferré a él, sintiendo cómo el calor de su cuerpo disipaba todo rastro de miedo.

—Si te hubiese pasado algo... —se calló.

No hizo falta que terminara la oración; su expresión contraída lo dijo todo.

—Ha sido un largo día. —Me apoyé contra la puerta, agotada.

—Para mí también —respondió con sinceridad—. No saber nada de ti me volvió loco.

—¿Quieres entrar?

—Solo si tú quieres.

—Será mejor que descanse.

Asintió, aunque un destello de decepción cruzó sus ojos.

—Descansa, Sara. —Depositó un tierno beso en mi frente antes de darse la vuelta y dirigirse a su coche.

¡Dile que quieres que se quede!

—¡David! —la palabra me salió como un grito desesperado antes de que pudiera siquiera procesarlo.

Se detuvo.

—Dime.

—Quiero que te quedes —susurré.

Sus ojos se iluminaron nuevamente y regresó sin dudarlo.

Cuando estuvo frente a mí, me tomó de la nuca y me atrajo hasta unir nuestros labios.

Su cercanía era tan intensa que por un segundo todo lo exterior dejó de existir.

Se separó apenas unos centímetros, obligándome a alzar la vista para encontrarme con sus ojos, oscuros como la noche que nos rodeaba.

—No quiero que te pase nada... —Apartó un mechón de mi cabello con tal suavidad que me estremecí bajo su tacto.

—Solo debo ser más cuidadosa.

—Sara...

—Lo seré.

—De acuerdo.

—¿Vamos adentro?

—Vamos.

Al abrir la puerta, ahí estaban: Becc y Thomas, fingiendo ordenar el recibidor.

Los fulminé con la mirada, y ellos respondieron con falsas expresiones de inocencia que no engañarían ni a un niño.

—Estaremos en mi cuarto —anuncié.

Becc me lanzó una mirada cargada de picardía. Yo le devolví otra que decía claramente: «Te odio».

—¿Tienes sueño? —preguntó David al entrar a mi habitación, fijando la vista en la cama.

Se me escapó un bostezo, confirmando su pregunta.

—Creo que sí.

El casi accidente todavía latía en mis pensamientos. ¿Quién podría odiarme tanto como para querer atropellarme? No tenía enemigos... o eso creía. Excepto aquella chica del instituto a la que llamé «bragas veloz», después de que me humillara frente a todos, diciendo que yo era la única virgen de la clase. Tenía trece años. Trece. Obviamente lo era. Así que le

solté que prefería seguir siéndolo antes que ser la más fácil del instituto. Ella se echó a llorar y se encerró en el baño por horas.

Pero eso no era suficiente motivo para querer matarme, ¿verdad?

—¿Sara? —La voz de David me trajo de vuelta de mi repaso mental—. ¿Estás aquí?

—Sí, sí. Me pondré el pijama. ¿Te puedes voltear?

Como si no me hubiera visto desnuda antes.

—Claro.

Cuando se giró hacia la puerta, me quité la ropa y me puse una camiseta larga.

—Listo.

Cuando se volteó a verme, su expresión me dijo que estaba librando una batalla interna para mantener la mirada en mis ojos.

Desdoblé las frazadas, dejando un espacio a mi lado.

—¿Vienes?

—Oh. ¿Quieres que me acueste contigo?

—No. Acuéstate en el piso si te sientes más cómodo —ironicé.

Se descalzó y ocupó un lugar junto a mí. El calor que irradió fue inmediato y reconfortante. Se colocó de lado, frente a mí. Mis ojos, traicioneros, lo recorrieron con descaro.

¿Dónde había quedado mi promesa de no permitir que eso pasara?

—Me gusta eso...

¿Eh? ¿Lo había dicho en voz alta?

No. Lo entendí al instante: mi mano estaba enredada en sus rizos.

La retiré rápidamente, escondiéndola bajo las mantas.

—Me estaban gustando tus caricias —susurró, con una sonrisa coqueta que desarmaba cualquier instinto de autocontrol.

—¿Ah, sí? —reí, nerviosa.

Él buscó mi mano y cuando la encontró la llevó de nuevo a su cabello.

Continué acariciando sus rizos mientras él cerraba los ojos, completamente relajado.

13

¡Sorpresa! Y... una confesión

Respiré. Una, dos, tres veces.

El momento de enfrentar aquello que durante tanto tiempo evité había llegado.

Apoyé el pincel, cargado de acrílico, sobre el lienzo. Permanecí inmóvil unos segundos, conteniendo la respiración, antes de comenzar a deslizarlo sin rumbo; simplemente dejé que mi mano fluyera, trazando líneas sin sentido, guiada por un instinto grabado en lo más profundo de mi interior.

No supe cuántas horas permanecí sentada, atrapada en un universo de trazos y colores, tan desconectada del mundo exterior que el tiempo dejó de existir.

Me di cuenta de que anochecía cuando la luz dorada dejó de filtrarse por la ventana de mi habitación, dando paso a la luz plateada de la luna.

Dejé el pincel a un lado y clavé la mirada en el retrato del hombre que ocupaba mi corazón: David. Estaba ahí, tal como era: sonrisa ladeada, rizos salvajes y esa mirada intensa que parecía atravesar todo lo que tocaba.

¿Era posible pintarlo solo con el recuerdo de mi memoria? ¿Tan grabado lo llevaba en mi ser? Aparentemente sí. Y eso... me aterraba.

¿Y si volvía a entregar mi corazón y me lo rompían otra vez?

David no era Mark, *me repetí por enésima vez.*

Ya sabía que era infinitamente mejor que mi ex, pero, incluso así, me asustaba la idea de empezar de nuevo... de enamorarme otra vez.

Estaba tan sumida en mis pensamientos que una voz me sobresaltó:

—Creo que una vez te dije que deberías mostrar tu talento al mundo.

Me giré de golpe, encontrándome a David.

Mi primera reacción fue intentar ocultar la pintura, pero la sonrisa que llevaba confirmó que era demasiado tarde: ya la había visto.

—¿Cómo entraste? —Me planté frente al lienzo en un intento inútil de cubrirlo.

—Thomas me dejó entrar... y además... ¿no puedo venir a visitar a mi novia de sorpresa?

La palabra me descolocó por un momento.

«¿Novia?».

—¿Eh? —Mi expresión de perplejidad debía ser digna de una foto.

—Suena bien... mi novia —dijo con coquetería, acercándose con esa seguridad tan característica de él.

—¿Desde cuándo somos novios? —Puse un dedo en su pecho, deteniéndolo.

—Desde hoy.

—Nunca lo preguntaste, David. No somos novios. —Intenté no mirar sus labios, pero fracasé miserablemente.

—¿Eres de las que necesitan una confesión formal y todo eso?

—¿"Todo eso"? —Alcé una ceja con indignación para, a continuación, declarar con firmeza—: Y sí. Necesito algo más... elaborado.

—¿Es en serio? —David rió, pero al ver que no le seguía la broma, su risa se apagó—. Oh... es en serio.

—Ajá. —Me crucé de brazos.

—Podríamos decir que esa pintura es tu confesión de amor, entonces... —Miró por encima de mi hombro, en dirección al lienzo.

—También pude haber pintado a Becc, a Thomas... o... a un perro. —Desvié la vista hacia la pared.

—Claro...

—¿No me crees?

—Si tú lo dices... —respondió con un gesto de superioridad.

Tenerlo tan cerca volvía torpes todos mis movimientos.

—¿Por qué me lo haces tan difícil?

—¿Me estás pidiendo que sea fácil?

—Sabes a lo que me refiero...

—No, no lo sé —contraataqué, frunciendo el ceño.

—¿Me acompañas a un lugar?

—¿A dónde?

—Sorpresa.

—No me gustan las sorpresas.

—No seas aburrida.

—No soy aburrida.

—Entonces, acompáñame. Demuéstramelo.

—No tengo que demostrarte nada.

—Vamos, Sara. Te gustará. —Hizo un puchero, sabiendo que esa era mi debilidad.

—*Mmm...* —Miré mis uñas, fingiendo indiferencia.

David bufó. Y cuando creí haber ganado la pequeña batalla... me levantó del suelo como si fuera un saco de papas.

—¡Eres un idiota! —Le golpeé la espalda, pero ni se inmutó.

Pasamos por el salón donde Becc y Thomas veían una película. Claro que, no reaccionaron ante mis quejas.

—¡Vaya amigos!

—¡Te queremos! —Becc me lanzó un beso en el aire con la mano.

Ya junto al coche, me bajó. Era mi oportunidad de huir...

—Te gustará —insistió.

—¿Y cómo lo sabes?

—Porque lo sé.

Condujo durante veinte minutos. Al llegar, estacionó y me hizo un gesto para que bajara.

Arrugué el ceño al ver una galería de arte. Él se encogió de hombros en respuesta.

—¿Qué hacemos aquí?

—Ya verás... —Me tomó de la mano, comenzando a caminar.

Adentro, los muros estaban cubiertos de cuadros de pintores reconocidos.

Entonces lo vi.

Era Richard Brown. Mi pintor favorito. Casi se me doblaron las piernas de la impresión.

—Te mataré —murmuré entre dientes para que solo David me escuchara.

—¿No te gusta la sorpresa?

Y antes de que pudiera protestar, Richard nos alcanzó.

—¡Richard! —exclamó David, sonriendo ampliamente.

¿Se conocían?

—¡David! ¿Cómo has estado? —Le devolvió la sonrisa con cortesía—. Y tú debes de ser Sara —me dijo, y mi corazón dio un vuelco.

—Es un gran placer conocerlo —pronuncié, reprimiendo las ganas de ponerme a dar saltitos en el sitio.

Conversamos durante varios minutos. Me habló de mis pinturas, que las había visto y que le fascinaban. También me dijo que David se había esforzado durante días en contactarlo. Me sentí muy nerviosa y expuesta, pero también profundamente feliz.

Luego, a solas, me preguntó:

—¿Qué sientes cuando deslizas el pincel sobre el lienzo?

Mi respuesta fluyó como si hubiera estado guardada demasiado tiempo bajo llave y deseara salir a la luz:

—Siento liberación. Es como... —me interrumpí, buscando las palabras adecuadas—. Como si el lienzo y yo fuéramos uno solo, como si nos comunicáramos; como si... pudiera ver a través de él.

Él sonrió, complacido, y me comentó sobre su historia. Me habló de la pasión como algo inevitable, como algo que permanecía en el alma desde siempre y que no se podía ocultar.

Yo confesé en un susurro:

—Mis padres me inculcaron la pintura.

Las lágrimas me sorprendieron. Richard me dijo que ellos seguían conmigo, que no lo viera como una traición —el pintar sin ellos—, sino como una conexión. Sus palabras atravesaron el muro que llevaba construyendo desde aquel día en que partieron y juré enterrar esta pasión junto con ellos.

Y lo último que me dijo, realmente consiguió despertar algo en mi alma:

—La vida se nos escapa demasiado rápido para no hacer lo que amamos.

Antes de irse, me regaló una sonrisa genuina y sincera.

Le lancé una mirada cargada de puro agradecimiento antes de ver que desaparecía por un pasillo.

Salí de la galería con el corazón agitado. David me esperaba. No dijo nada. Solo me abrazó.

—Te quiero, David —susurré contra su pecho.

—Y yo te amo, Sara.

No tenía idea de a dónde nos llevaría esto, pero sí sabía que me iba a permitir amar y sanar.

—Y, sobre lo que dijiste antes... No, no necesito una confesión formal.

—¿Eso quiere decir...? —Sus ojos brillaron.

—Oficialmente eres mi novio, *rizitos*.

Nos besamos afuera de la galería. Allí donde, por primera vez en mucho tiempo, empecé a creer que podía volver a resurgir de las cenizas como un ave fénix.

14

Nuevas experiencias

Varios meses después...

—No lo sé, David... no estoy segura.

—Vamos, cariño, puedes hacerlo —insistió, con una de esas sonrisas encantadoras que siempre me convencían de todo.

—¿Y si me duele? —Hice un puchero.

—No dolerá. Lo prometo. —Me observó con diversión.

Me armé de valor y entré al lugar.

—¡Hola, David!

David lo saludó con un corto abrazo.

—¿Qué te vienes a hacer, *bro*?

—Hoy no me toca a mí —dijo mientras me observaba de reojo con una sonrisa divertida.

—Hola —dije por fin.

El hombre frente a mí —completamente tatuado de pies a cabeza— me miró con expectación.

—¿Primera vez?

Asentí, cada vez más arrepentida de mi decisión.

—¿Ya lo tienes pensado?

Observé todos los dibujos pegados en la pared; eran originales, sin duda. Pero yo ya tenía claro qué quería grabarme en la piel. Solo me faltaba reunir el coraje suficiente.

—Esto. —Le entregué un pequeño papel doblado que guardaba en el bolsillo del pantalón.

—Por siempre —leyó en voz alta—. ¿Lo quieres con esta letra?

—Sí, por favor.

Ese papel lo conservaba desde hacía años, con la letra de mi padre. Lo había escrito una mañana antes de irse a trabajar. Esos detalles eran tan propios de él.

—¿Dónde?

—Aquí. —Señalé justo debajo de mi clavícula.

—¿Segura? Si es tu primer tatuaje, esa zona puede ser algo dolorosa —me advirtió.

—Oh, ¿de verdad? —Mi mirada fue del tatuador a David.

Ellos comenzaron a soltar carcajadas al ver mi expresión horrorizada.

¿Con qué querían meterme más miedo del que ya tenía, eh?

—Graciosos —ironicé, rodando los ojos.

Con un gesto, me indicó la camilla que se hallaba en un costado del lugar. Dudé por un instante. Todavía estaba a tiempo de salir corriendo.

No seas cobarde.

Ya me había acostumbrado a que no invadas mi mente.

¿Me extrañaste?

—¿Cariño? —La voz de David me rescató de mi autosabotaje mental—. ¿Lista?

—Pan comido —me reí con nerviosismo, tratando de convencerme.

El hombre se sentó y comenzó a calcar la frase en un papel azulado.

¿Por qué sentía que dolería como el mismísimo infierno?

Mi móvil vibró en el bolsillo.

Becc: *Más te vale que vengas con esa clavícula tatuada (18:00 p.m.)*

Tú hablas tan libremente porque ya tienes (18:01 p.m.)

Becc: *Dramática.*

Verás que ni te dolerá y me darás la razón (18:02 p.m.)

No alcancé a responder, porque el hombre que marcaría mi piel para siempre ya se encontraba a centímetros de mí, con una máquina que parecía sacada de mis peores pesadillas en la mano.

—¿Lista?

Negué repetidas veces con la cabeza poniendo una mueca de horror. David me sostuvo la mano.

—Sí... —susurré en un hilo de voz.

—¿Sí o no? —me desafió, alzando una ceja.

—Sí —respondí con firmeza esta vez.

—Puedes apretarme la mano si te duele —dijo David en un susurro.

Asentí. Claramente consideraría esa opción.

La máquina comenzó a zumbar, y mis nervios volvieron a estallar.

—Tranquila —se rió el hombre, cuyo nombre aún desconocía.

—¿Cómo te llamas?

—John —respondió, sosteniendo la máquina cerca... demasiado cerca.

Inhalé profundamente y asentí, dándole permiso para que procediera.

—¡Ah! —gemí de dolor, cerrando los ojos.

—Cariño, aún no ha comenzado... —David sonrió con dulzura y diversión.

Observé a John, y efectivamente, la máquina seguía lejos de mi piel.

—Oh... —Me sonrojé inevitablemente.

—¿Ahora sí?

Deberían darle un premio por su paciencia.

—Sí, empieza —logré decir con voz más segura.

—No mires si te da impresión.

—Mírame a mí —dijo David.

Le hice caso y clavé la vista en él, que se encontraba sentado a mi lado y me sostenía la mano con firmeza.

—Voy —anunció John.

La máquina rugió otra vez y el aire se me quedó atorado en los pulmones. Mis dedos se aferraron a la mano de David como si me fuera la vida en ello.

Entonces la aguja tocó mi piel.

Un ardor filoso me atravesó la clavícula, y sentí que me quemaba desde adentro, como si me hubieran prendido fuego por debajo de la piel.

—¡Ah! —volví a gemir de dolor, cerrando los ojos con fuerza.

David me apretó la mano.

—Es una zona sensible —comentó John.

—Sí, ya me di cuenta. —Lo fulminé con la mirada. Aunque, claro, la culpa era solo mía.

—Tranquila, cariño, respira...

—Estoy bien —mentí.

La realidad era que dolía como la mismísima mierda.

—¿Sigo?

Asentí, temiendo arrepentirme.

Después de una hora completa de pausas, maldiciones y de apretar la mano de David como si fuera mi salvavidas, John terminó el tatuaje. De

verdad merecía un premio por soportarme.

Me acerqué al espejo de cuerpo entero y sonreí boquiabierta.

—¡Sí que tienes talento! —exclamé impresionada.

A pesar de mis bruscos movimientos, las líneas habían quedado perfectas. Era un tatuaje delicado, justo como lo pedí.

—Me alegra que te guste.

—¡Me encanta!

—Quedó genial, *bro* —añadió David, dándole palmadas en la espalda.

✧✧

—¡A ver, a ver! —Becc dio saltitos en el lugar, sin contenerse.

—Déjala entrar al menos —dijo Thomas, apareciendo detrás con los brazos cruzados.

—¿Te dolió? —insistió ella, ignorándolo.

—Pues... no.

Las carcajadas de David me contradijeron. Giré el cuello y le lancé una mirada asesina.

—Imbécil —mascullé entre dientes.

Les enseñé el tatuaje a mis mejores amigos, y Becc suspiró con una sonrisa que iluminó todo el lugar.

—¡Me encanta!

Thomas también asintió, pero, luego de un instante, frunció el ceño.

—Yo no entiendo cómo se dejan agujerear la piel así.

—Calla, viejo —replicó Becc, dándole un empujoncito cariñoso.

✧✧

—¿Qué quieres ver?

David no respondió; estaba concentrado mirando su móvil.

—David...

Llevábamos un par de horas en su apartamento. Habíamos pedido hamburguesas y helado para ver una película, pero lo último que hacíamos era eso.

—Lo siento, Sa. Es mi madre —dijo con disgusto.

Nunca mencionaba a sus padres, y cuando lo hacía, no era en buenos términos.

—¿Qué dice?

Cotilla.

—Quieren que vaya a cenar mañana —me respondió, soltando un suspiro cansado.

—¿Y no quieres ir?

—¿Para qué? Solamente hablan de negocios y cosas superficiales.

Una sonrisa amarga se dibujó en su rostro.

Lo observé en silencio. Qué diferente sería para mí tener esa oportunidad, aunque solo fuera por una noche.

—Yo puedo acompañarte.

Él levantó la vista, sorprendido.

—¿Hablas en serio?

Asentí, aunque por dentro me carcomían las dudas.

—Son tus padres, David. Te quieren ver...

Mis palabras se quebraron sin querer. Lo que yo daría por volver a ver a los míos, pensé en silencio.

Él lo notó, porque enseguida dejó el móvil y me envolvió en sus brazos. Apoyé la cabeza en su pecho, y el ritmo de su corazón me transmitió una paz inexplicable.

—Entonces le diré que mañana cenaremos allí.

—De acuerdo.

—¿Qué película veremos?

—*¿Orgullo y prejuicio?*

—¿Otra vez? —bufó.

—Por faaaa.

—Uf... —Negó con absoluta resignación—. Está bien —cedió al fin.

—Te quiero.

—Y yo te amo —respondió con los ojos cargados de amor.

15

Un encuentro desafortunado

—Saraaa.

—¿Quién eres? —pregunté casi suplicando, con un doloroso nudo que comenzaba a formarse en mi estómago.

—¿Aún no lo sabes? Al parecer he subestimado tu inteligencia —respondió, y su risa estalló fuerte, áspera.

No era una risa cualquiera. Era la risa de un psicópata; una carcajada hueca que logró ponerme los pelos de punta.

—Quiero que me dejes en paz. —Intenté distinguir su rostro una vez más, pero, como siempre, lo mantenía oculto bajo una capucha.

—Y yo no voy a hacer lo que tú quieras, Sara. —Sus pasos se acercaron, lentos, calculados.

Un repentino y cruel escalofrío me recorrió cuando su mano helada rozó mi cuello y apretó con fuerza.

¿Iba a matarme?

Mi garganta se cerró. Su presión aumentó y, con ella, mi desesperación. Mis manos golpearon el aire, inútiles, atrapadas por esa fuerza invisible que no lograba ver. Las lágrimas me nublaron la vista.

Todo se volvió aún más tétrico y oscuro.

—Esto es para que aprendas la lección. —Su voz retumbó como un eco final.

Un grito ahogado se escapó de mi boca.

—Sara... cariño... despierta. —Unas manos me sacudieron con suavidad.

La luz me cegó por un instante. Parpadeé varias veces hasta enfocar el rostro preocupado de David.

Me llevé la mano a la frente, empapada en sudor. El corazón me galopeaba con fuerza y la respiración me salía entrecortada.

—Fue una pesadilla, cariño —dijo, acariciando mi cabello con ternura.

Cada vez que esa pesadilla me atrapaba, me dejaba vacía, como si me arrancara la energía. A la mañana siguiente siempre amanecía con más ojeras de lo normal. Y nunca quería hablar de aquello que me atormentaba.

—Lo sé —respondí, intentando suavizar el ceño fruncido de David—. ¿Qué hora es?

—Aún es de madrugada —Me acarició con suavidad la espalda—. Me preocupa, Sa. Hace mucho que la tienes y todavía no me cuentas de qué trata.

—Son tonterías… —susurré.

Pero, si eran tonterías, ¿por qué me destrozaban así?

—No son tonterías si te dejan en este estado... —Me levantó el mentón para que lo mirara.

—Volveré a dormir. —Me di la vuelta, esperando que dejara el tema.

Él apagó la luz y pasó un brazo por mi cintura, rodeándome por completo. Su calor me envolvió y, en la seguridad de su cuerpo, el sueño volvió a encontrarme, esta vez sin pesadillas.

✧✧

—¿Y si no les agrado? —le dije a David mientras revisaba mi reflejo por décima vez en el espejo del coche.

Me había puesto lo más “formal” que tenía... que en realidad significaba lo menos viejo de mi armario: unos tejanos negros de tiro alto, un jersey del mismo color y las *Vans*. El cabello lo llevaba recogido en un moño tan prolijo como me permitió mi torpeza.

—No estés nerviosa. —David apoyó una mano en mi rodilla, deteniendo el repiqueteo de mis piernas—. Me da igual si no te quieren; para eso estoy yo.

—¡Qué motivador...! —Lo fulminé con la mirada—. Entonces... ¿insinúas que probablemente no les agrade?

—Solo digo que están... dementes. No te tomes nada personal. Tienen mentes superficiales y dicen barbaridades sin filtro.

—Oh... —suspiré.

La relación de David con sus padres me desconcertaba. Yo había crecido en una familia cálida y unida. Para él, ese concepto era... distinto.

—Si te incomoda algo, apriétame la mano dos veces. Esa será la señal para salir corriendo —dijo con una sonrisa.

Me reí en respuesta, aunque mis músculos seguían tensos.

Los padres de David vivían en la ciudad, pero tenían una casa de verano a las afueras. Según él, la visitaban dos o tres veces al año para "desconectar".

—¡David! —grité de repente, recordando algo.

Él dio un pequeño salto en su asiento.

—¿Qué pasa?

—La última vez que vi a tu padre, por poco lo mando a la mierda.

—Respira —dijo, y le hice caso—. Sabes lo poco que me importa su opinión.

Sus palabras me alentaron a mantener la calma. David jamás permitiría que su familia me humillara. Pero, aun así, deseaba que todo saliera lo mejor posible.

Mi boca se abrió en una "O" cuando vi la casa de descanso de los Miller. Dos pisos, fachada impecable, jardín de revista.

—¿Te gusta? —preguntó él.

—No me dijiste que eras *taan* millonario —pronuncié, incrédula.

—¿Y me habrías prestado atención antes? —Arqueó una ceja.

—¿Me estás llamando interesada? —Lo miré, ceñuda.

—¿Ya te dije que me encantas cuando te enfadas?

Y así, con una frase, borró cualquier rastro de enfado.

Frente al portón, David saludó a una cámara escondida. Las puertas se abrieron con un suave zumbido.

El camino estaba bordeado por pequeñas piedras que crujieron bajo los neumáticos. A la izquierda, una piscina enorme reflejaba el cielo; más allá, se alzaba un establo con dos caballos blancos que parecían sacados de un cuento.

David tocó el timbre. Una joven —no mayor de veinte años— abrió con timidez.

—Buenos días, señor Miller —dijo, y luego me miró—. Buenos días, señorita.

—Dime Sara —le sonreí para transmitirle confianza.

—¿Eres nueva? —preguntó David.

—Sí, señor. El señor Miller me contrató hace un mes.

La pobre parecía aterrorizada.

—¿Cómo te llamas? —pregunté.

—Mi nombre es...

—¿Qué tanto hablas, niña? —interrumpió una mujer que apareció detrás. Su voz era dura, su mirada afilada. Se detuvo en David y pronunció—: Hola, querido.

Debía tener unos cincuenta años. Vestía una falda de tubo gris y una blusa del mismo tono, probablemente más costosa que todo mi armario junto.

—Y tú debes ser... Samanta. —Me escaneó de arriba abajo, con una mueca de desagrado.

—Sara —corregí, cortés.

—Sí, como sea. Pasen al salón, la cena estará lista en unos minutos. —Le lanzó una mirada de desprecio a la joven—. Date prisa.

David me tomó de la mano y apretó suavemente.

—Es así con todos. No le hagas caso.

El salón era digno de revista: una mesa de roble enorme, platos de porcelana, cubiertos alineados con precisión. Los tonos blancos, grises y negros combinaban con el porte de la señora Miller.

—Es muy bonita su casa —comenté, admirando cada rincón.

—Y esto no es nada, querida. Nuestra casa en la ciudad tiene tres pisos. Pero mi esposo insistió en esta más... pequeña.

Respiré hondo.

David resopló cuando ella se distrajo con su móvil. Nos sentamos uno al lado del otro. En cada punta de la mesa se ubicaron el señor y la señora Miller.

—¿Sigues siendo la camarera de mi bar? —preguntó el señor Miller.

Ni un saludo, ni nada. Al grano, por lo visto.

—Sí —respondí, incómoda—. El alquiler subió por las nubes —intenté bromear para limar asperezas.

—¿Vives sola? —intervino Sophia, la madre de David.

—No. Vivo con mis dos mejores amigos, Becc y Thomas.

—Oh, vives con un muchacho —respondió el señor Miller, con mirada desaprobadora.

—Eso no es muy respetable —añadió la mujer, gozando de la situación.

—Madre... —David advirtió con frialdad.

—¿Y tus padres? ¿Por qué no vives con ellos hasta poder permitirte un lugar tú sola?

—Murieron. Y la casa es muy grande para mí sola.

Un silencio incómodo se instaló en el ambiente.

—¿Cómo está Judith? —preguntó el señor Miller.

Mi estómago se encogió.

David lo miró con severidad.

—¿Por qué preguntas?

—Es una chica encantadora. Y te ibas a casar con ella.

Me atraganté con el agua. David posó una mano en mi espalda.

—Respeta a mi novia —dijo, con voz tensa.

La madre reprimió una risita y murmuró:

—Para lo que te va a durar...

David se levantó de golpe.

—Nos vamos.

—Judith es de buena familia. ¡No como esta muchacha! —Me señaló con desprecio.

—¡Respeten a Sara!

—David... —Le tomé la mano para transmitirle calma.

En el coche, el silencio pesó.

—Lo siento —dijo al fin.

—No es tu culpa —respondí, dejando mi mano sobre su pierna.

—Sí, lo es, por creer que podían comportarse —dijo, riéndose amargamente.

—Escucha... no tienes que culparte por cómo se comportan. Son adultos.

—Te amo —respondió—. ¿Segura que no quieres ir a mi apartamento? —preguntó una vez que detuvo el coche frente a mi casa.

Reconocía ese tono; el que usaba cuando quería conseguir algo. Pero no. Ya llevaba varios días instalada en su casa y mis amigos me echarían en cualquier momento.

—Segurísima.

—*Por faaa...*

—Adiós. —Le deposité un beso en la mejilla, pero él de inmediato frunció el ceño.

—¿Así es como te despides de tu novio? —Se llevó la mano al pecho con fingida indignación.

—¿Y cómo debería hacerlo? —le seguí el juego.

—Así. —Colocó una de sus manos en mi nunca y la otra en mi cintura para unir nuestras bocas y enredar nuestras lenguas en un beso apasionado —. Esta sí es una despedida decente.

—David... —pronuncié.

—*¿Umh?*

—Adiós.

—*Nooo*.

Comencé a reír como una desquiciada al ver la escena que mis ojos presenciaban.

—David.

—De acuerdo. —Volteó la cabeza hacia la ventanilla.

Claramente estaba bromeando, pero me resultó enternecedor.

—Descansa bien, cariño —dijo finalmente.

—Tú igual.

Salí del coche y entonces... la vi: una sombra fugaz cruzó frente a mí. Me tensé por completo y permanecí inmóvil.

—¿Todo bien? —preguntó David, desde la ventanilla.

—Sí... creo que sí —respondí, pero mis ojos siguieron buscando algún movimiento.

Él me observó con preocupación antes de marcharse.

16

El recuerdo de Spooky

—¡Sara! ¡Sara!

—¿Qué sucede? —Me incorporé de la cama sobresaltada. Becc me observaba a escasos centímetros de mi rostro, con una expresión que verdaderamente daba miedo—. ¡Qué susto, mujer!

—¡Te encargaron tu primera pintura!

¿Eh?

—¿Qué? —Me sobé la cabeza, todavía desorientada.

—¡Te llegó un correo! Pone que quieren encargarte un retrato de no sé quién.

—¿Estuviste husmeando en mi ordenador? —Alcé una ceja.

—¡No fue queriendo!

—¿No? —contuve una risa.

—Yo solo quería buscar algo y, de repente, te llegó un correo que decía: "Importante" —parloteó, gesticulando torpemente con sus manos.

¿Alguien quería comprarme una pintura? ¿A mí? Y lo más importante... *¿Quién?*

—No lo sé con exactitud. Pero, por lo visto, es alguien con dinero, ¡porque la cantidad que ofrece es para mearse en los pantalones!

—¿Cuánto?

La realidad era que, luego de aquella conversación con Richard, me había animado a crearme una página web y subir algunas de mis pinturas.

—No me lo creo... —Mi rostro de estupefacción provocó la risa de Becc que me tendió el ordenador con el correo abierto:

"Te envió este mensaje porque he visto alguna de tus pinturas, y realmente me parecen estupendas. Tienes un potencial increíble y me gustaría encargarte un retrato de mi fiel compañero de vida, de mi perro, Spooky; mi mejor amigo y confidente. Me gustaría confiar ese trabajo a alguien como tú. Estoy seguro de que podrás retratar su esencia a la perfección y honrar su memoria de la mejor manera posible. Por el pago no hay problema, estoy dispuesto a pagar lo que sea. Te envío mis más sinceros saludos, Sara. Espero una pronta respuesta".

Mi sonrisa se fue apagando al leer la última oración. Su mejor amigo ya no estaba con él, y ahora me confiaba su recuerdo.

El mensaje incluía una foto: un precioso labrador con una mirada tan dulce que me enterneció de inmediato.

Sin dudarlo, respondí:

"Será un gran placer y un honor retratar el recuerdo de Spooky. Haré todo lo posible por hacerle justicia a su precioso perro y, desde aquí, le mando mis mayores fuerzas para que lo recuerde de la mejor manera posible y su duelo sea leve. Muchas gracias por confiar en mí para este trabajo. ¡Qué tenga un muy buen día!".

Cuando levanté la vista, Becc me observaba con los ojos brillosos, a punto de llorar.

—Estoy tan orgullosa de ti, mi pequeña Sarita. —Se abalanzó hacia mí y me envolvió en un fuerte abrazo.

—Me harás llorar, Becc.

—¡Mi pequeña Sarita es famosa! —exclamó con orgullo.

—No exageres, Becc.

—¿Me seguirás queriendo cuando saltes a la fama y no tengas tiempo para tus simples amigos mortales?

Sus ocurrencias siempre lograban sacarme una sonrisa.

—Ustedes ya no son simples amigos. —Miré de reojo a Thomas, que estaba apoyado en el umbral de la puerta, observándonos con ternura—. Son mi familia.

Le hice una seña para que entrara y los tres nos fundimos en un gran abrazo de oso.

—Estoy tan feliz por ti, Sarita —dijo Thomas.

—Gracias, Thomy. —Le despeiné el cabello, sonriéndole ampliamente.

Esta era mi familia ahora, y siempre lo sería. Mi corazón se llenó de una felicidad tan cálida que, por primera vez en mucho tiempo, podía decir que

la ausencia de mis padres ya no dolía tanto. Era como si me hubieran enviado a estos dos para iluminar mi vida.

—Los amo.

—¡Te amamos! —respondieron al unísono.

Los tres rompimos en carcajadas.

✧✧

Mis vacaciones, tarde o temprano, tenían que terminar. Esa noche tocaba regresar al trabajo.

Guardé el gas pimienta en mi bolso. Lo había comprado semanas atrás, cuando mi paranoia empezó a crecer. David insistía cada día en venir a buscarme, pero me negaba. Debía dejar de temer. Aún así, mi intuición me decía otra cosa: que alguien vigilaba mis pasos y también me visitaba en mis pesadillas, tan reales que me costaba despertar.

Denunciarlo sería inútil. ¿Qué les diría a los policías?: «Creo que alguien sigue mis pasos». Se reirían en mi cara.

El móvil vibró con un mensaje.

David: *¿Ya vienes de camino?*

Avísame cualquier cosa (19:30 p.m.)

Me lo podía imaginar con el corazón en la boca cada vez que salía de casa. Pero era capaz de defenderme y llevaba mi gas pimienta para cualquier desgraciado que apareciera. Además teníamos un acuerdo: yo iba caminando y él me traía a la vuelta. Bueno, más bien, yo lo impuse y él protestó hasta rendirse.

Tarareé una vieja canción de cuna que me cantaba mi madre. Allí, en plena oscuridad, sonaba hasta perturbadora, pero me daba fuerzas. Miré de reojo hacia atrás. Nada. Solo sombras. Respiré más tranquila al vislumbrar el neón del bar a lo lejos.

Dentro, David organizaba botellas tras la barra; Lis y Josué bajaban las sillas de las mesas.

—¡Hola! —saludé alegre.

—¡Hola, Sa! —respondieron ellos.

David levantó la vista y su mirada se iluminó. Salió de la barra y me robó un beso rápido en los labios.

Me ruboricé y, al ver que Lisa y Josué nos miraban con sonrisas cómplices, desvié la mirada con disimulo.

—Hoy vendrá mi padre a hacer su inspección mensual —me susurró David.

Los nervios me recorrieron el cuerpo, pero él me acarició la mejilla.

—No le hagas caso. Después de la última vez, no se atreverá a decir nada.

Y tuvo razón. El señor Miller entró, saludó a todos —menos a mí— y probó un nuevo trago de David. Luego se marchó sin siquiera mirarme. Preferí su indiferencia a su desprecio.

El ambiente se relajó en cuanto la puerta se cerró.

—Ya se fue el gruñón —bromeó Lis.

—Sigue siendo nuestro jefe y puede despedirnos cuando quiera —respondí, con un escalofrío de preocupación.

—Este bar se habría hundido hace mucho sin David. Él es quien lo mantiene a flote. Su padre solo viene a inflar su ego.

—En eso tienes razón —asentí.

David siempre decía, medio en broma, que un día le compraría el bar cuando la paciencia se le acabara.

—¿Me traes dos mojitos? —Me pidió un cliente.

—Claro.

Me dirigí a la barra donde Josué esperaba las cervezas que David servía.

—Dos mojitos, por favor.

—Lo que ordenes, preciosa. —Me guiñó el ojo—. Dos mojitos en marcha.

Se puso a trabajar y era cierto: tenía manos de mago. Muchas cosas se le daban bien con esas manos...

Mis mejillas se encendieron.

—¿En qué piensas? —me sorprendió su voz.

Maldición.

Levantó las cejas con picardía, como si pudiera leerme la mente.

—Sara... —Me pasó los vasos con una sonrisa divertida—. Los mojitos.

Suspiré. Tal vez debería buscar otro empleo. Tenerlo cerca todo el tiempo era una constante tentación.

✧✧

—Me encargaron una pintura —le dije cuando arrancó el coche.

—¿De veras? —Me miró con emoción.

Asentí, casi saltando en mi asiento.

De repente, frenó, abrió la puerta y se plantó en medio de la calle.

—¡¡¡Mi novia es la mejor pintora del mundo!!! —gritó con todas sus fuerzas.

Algunas personas lo observaron, perplejas.

—¡David! —Saqué la cabeza por la ventanilla—. ¡Entra ya!

Se metió otra vez al coche, sonriendo como un niño travieso.

—¡Estás loco! —Negué con la cabeza, pero no pude evitar que una sonrisa apareciera en mi rostro.

—¡Por ti! —Me apretujó entre sus brazos—. Estoy muy orgulloso de ti, cariño. ¡Tenemos que festejar! —continuó diciendo, con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Dónde?

—En mi apartamento. Llama a tus amigos, yo le avisaré a los gemelos. ¿No te molesta, verdad?

—Claro que no, tonto. También invitaré a Lis y Josué.

—Perfecto. ¡Yo me encargo de todo!

—Becc se enfadará contigo por quitarle su título de organizadora de fiestas.

—Lo compartiremos.

—Es muy competitiva.

—Pero le agrado, ¿no? —preguntó mientras su semblante se volvía preocupado.

—Claro que sí.

—Soy muy amado, ya lo sé. —Se revolvió el cabello con falsa arrogancia.

—Creído —murmuré por lo bajo.

—¿Qué has dicho? ¿Que me amas con todo tu corazón? Yo te amo más, mi amor.

Rodé los ojos, incapaz de ocultar la sonrisa.

17

La decepción

David

—¿Le gustará esto?

Byron se desternilló de la risa al ver lo que Samuel sostenía en las manos.

—No, definitivamente, no. —Negué con una mueca de absoluta desaprobación.

—¿Pero por qué? ¡Es una gran idea!

—Aprecio tu intento, Samu, pero no creo que a Sara le guste un reloj de pared.

—¿Y tú qué sabes? —refutó, frunciendo el ceño.

—Creo conocer a mi novia mejor que tú.

—Buen punto.

—¿Me puedes mostrar eso? —le pedí a la mujer que nos observaba con expresión aburrida, esperando que por fin decidiéramos.

Lo sacó de la estantería. Efectivamente, era el regalo perfecto: un juego de pinceles profesionales que a Sara le serviría muchísimo más que un maldito reloj de pared.

—Llevaré esto.

—Mi idea era mucho mejor —murmuró Samu entre dientes.

—Sí, claro. Un reloj de pared le sería más útil a una pintora que un juego de pinceles —ironicé.

Tras pagar el regalo de mi novia, aún nos quedaban paradas por hacer: comida y bebidas. Byron insistió en comprar menta porque, según él, era el

amo supremo haciendo mojitos. Se suponía que el barman allí era yo, pero discutirle era perder el tiempo.

—Ve a buscar cervezas —le ordené a Samu, que se llevó la mano a la frente como si fuera un militar—, y tú busca esas cosas que querías —le dije a Byron.

—¡Sí, señor!

Así nos tratábamos siempre: con bromas que ninguno se tomaba en serio.

Caminé hacia la zona donde se encontraba la carne. El menú de la noche serían hamburguesas caseras; sabía que a Sara le encantaban y me gustaba complacerla en todo lo que pudiera. Claro, si dijera eso en voz alta, mis amigos se morirían de risa. Pero ya les tocaría enamorarse, y ese día, me reiría yo.

Estaba por elegir la carne cuando una tos fingida me desconcentró.

Levanté la vista y los músculos de mi rostro se tensaron.

El imbécil exnovio de Sara.

Su postura rezumaba superioridad y su sonrisa, desprecio.

—¿Se te perdió algo? —Ladeé la cabeza.

—Solo disfruto ver cómo crees que has ganado... o eso piensas —respondió con malicia.

—¿A qué te refieres? —Puse mi mayor cara de aburrimiento; sus amenazas me resbalaban.

—Pobre ingenuo. ¿De verdad piensas que Sara me superó? Ella todavía me ama.

—Te tienes demasiada fe, *bro*. ¡Esa es la actitud! —mi voz salió cargada de ironía.

—¿Tú qué te crees, imbécil?

—Un simple tipo eligiendo carne, hasta que apareció una mosca molesta a interrumpirme. Y las moscas me sacan de quicio, ¿a ti no? —Hice una muesca de asco sin apartar la mirada.

Mi sonrisa se amplió al ver cómo enrojecía de furia. Era un idiota, y a los idiotas había que hablarles en su idioma.

—Esta mosca parece no entender. En cualquier momento la voy a estampar contra la pared, para que deje de zumbarme en los oídos —añadí al ver que se quedaba en silencio, solo observándome.

—Tú solo disfruta, querido David... —Se dio la vuelta, pero antes de irse me señaló con un dedo en advertencia—. Mientras puedas, disfruta.

—¿Oyes eso? —Me llevé una mano a la oreja—. Esta maldita mosca no se calla.

Al fin desapareció de mi vista.

¿De verdad creía que me asustaba poniendo esa cara de psicópata barato? Conocía a ese tipo de imbéciles: «O eres mía o no eres de nadie». Daban asco. Por suerte, Sara había salido a tiempo de esa mierda de relación.

✧✧

Sara

Observé con satisfacción el retrato del perrito que me había pedido el señor. No era por presumir, pero había quedado idéntico. Era tan tierno que casi podía imaginar cuánto lo extrañaba.

—¿Estás lista? —Entró mi amiga, radiante de energía.

—¿Para?

—¿Es en serio? —Abrió exageradamente los ojos—. ¡Para la fiesta que te organizó tu novio, tonta!

—¡Ah! ¿Qué hora es? —Le eché un vistazo al móvil y me quedé helada.

El tiempo se me había escapado sin darme cuenta. Casi era hora del festejo.

—¿Estoy bien así? —pregunté, aunque ya sabía lo que diría.

Ella negó con la cabeza repetidas veces.

—Te espero abajo en diez minutos. Sé que harás algo mejor... —Me guiñó un ojo antes de salir de la habitación.

✧✧

—¿Es aquí? —preguntó Thomas, cargado de bolsas.

—Sí. Es aquí —respondí, golpeando con los nudillos la puerta del apartamento.

Uno de los gemelos abrió, sonriendo de oreja a oreja.

—¡Hola, Samu! —Le di un pequeño abrazo.

El truco para reconocerlos era que Samuel medía unos centímetros más que Byron.

—¡Felicidades, Sara!

—¡Gracias!

Dentro, Lisa y Josué inflaban globos, mientras Byron y David terminaban de acomodar la mesa.

—¡Hola! —gritó Becc.

David alzó la vista. Cuando me vio, su rostro se convirtió en un poema. El vestido ajustado —un regalo de mi madre cuando cumplí los dieciocho — se ceñía a mi cuerpo, permitiendo que mis curvas resaltaran. Lo que no comprendí fue su ceño fruncido.

—¡Qué tonto eres, Samu! —protestó David—. Te dije que me avisaras para gritar: ¡Sorpresa!

Becc y Thomas estallaron en risas.

—Ya sabía que me estaban organizando esto, David —me reí, casi imaginando la escena.

—Pero no sabías cómo iba a estar decorado —replicó, decepcionado.

Saludé a todos los presentes y luego me dirigí hacia David.

—Quería sorprenderte.

—Lo lograste.

Me recorrió con la mirada y una sonrisa pícara se dibujó en su boca.

—Nunca te he visto ese vestido, ¿es nuevo? —Me sujetó de la cintura.

—Fue un regalo de mi madre. Nunca antes lo había usado.

—Hiciste bien. Te queda de maravilla. —Me depositó un suave beso en el cuello y luego en los labios.

—¡No coman delante de los pobres! —gritó Samuel, indignado

David lo ignoró y me robó otro beso.

—Tú tampoco te ves nada mal —le dije, recorriéndolo con la mirada.

La camisa arremangada hasta los codos y los tejanos oscuros lo hacían ver irresistible.

—Voy al baño, cariño. —Me dio un último beso en la mejilla antes de perderse por el pasillo.

El móvil vibró en mis manos. Un número desconocido. Otra vez.

Solo te está usando. Le gusta enamorar a indefensas y vulnerables mujeres.
Estás advertida.

Cuando te rompa el corazón me darás la razón, Sara.

Mi respiración se cortó.

Había una foto también: David abrazando —muy empalagoso— a otra mujer. Y no a cualquier mujer...

Judith.

El estómago se me revolvió.

Sentí furia. Asco. Decepción.

Las lágrimas amenazaron con salir, pero me obligué a contenerlas. No haría un escándalo aquí.

Recuerdos me golpearon sin piedad.

Mark con otra mujer en la cama.

Mi promesa de no volver a confiar tan fácil.

Y ahora... *¿esto?*

¿En serio creí que podía llegar a ser diferente?

David apareció de repente frente a mí.

—¿Ocurre algo?

—Esto. —Le mostré la pantalla.

—¿Qué es eso? —Frunció el ceño.

—¿Ahora no te reconoces? —solté una risa amarga.

—Ese no soy yo, Sara. Es un montaje, ¡míralo bien!

—¿Me crees estúpida?

—¿Quién te envió esto? ¡Es evidente que quieren sabotear nuestra relación!

—Tú ya la saboteaste, David. ¡Sabía que esto pasaría algún día! —alcé la voz, atrayendo miradas.

—¿Qué dices?

—¡Te lo dije! ¡Maldita sea, te lo dije!

—¿Qué? ¿Esas mierdas del zodiaco? ¡Por favor, Sara! No tenemos diez años para esas tonterías.

—Debí seguir mi instinto —susurré. Luego observé al resto de los presentes—. Me voy. Gracias por todo, chicos.

Todos me observaron con preocupación. Seguro parecía una loca.

—Vamos. —Mi amiga me tomó del brazo, no sin antes lanzarle una mirada de decepción a David.

Antes de perderme en el pasillo, escuché un golpe seco, como si fuera un puñetazo de frustración contra la pared.

Y no me atreví a mirar atrás.

18

La reconciliación

Comencé a buscar —un poco ansiosa, debía admitir— anuncios de trabajo en el portal de empleo. Sabía que era inmaduro mezclar lo personal con lo profesional, pero no tenía idea de hasta qué punto podría tolerar ver a David todos los días e ignorar lo que había pasado.

No estaba teniendo demasiado éxito con la búsqueda online, así que tendría que recurrir a lo tradicional: repartir *currículums*.

¿Acaso esto era un déjà vu de hacía solo unos meses atrás? Claro, con la diferencia de que esta vez estaba sufriendo por amor...

Aunque... sí. Tenía el dinero de la pintura. Más de lo que había imaginado: al hombre le gustó tanto que incluso me pagó extra. Pero aún no podía darme el lujo de vivir de esto; apenas estaba empezando y solo llevaba una venta. Tampoco quería que la pintura se convirtiera en algo estresante.

—Puedo sentir tu ansiedad desde aquí —comentó Becc al entrar por la puerta principal. Dejó sus cosas en el perchero y se acercó hacia mí—. ¿Buscas empleo?

—Sí —respondí, moviéndome un poco para dejarle espacio en el sofá.

—¿Ya renunciaste en el bar?

—Aún no —contesté sin despegar la vista del ordenador.

Ya no buscaba anuncios, simplemente quería evitar la mirada de reproche de mi amiga.

Thomas apareció en el living, con rostro adormilado y lagañas aún en los ojos. Sonrió al ver a Becc y, para no arruinar la escena, miré hacia otro lado,

conteniéndome de rodar los ojos. Me costaba ser optimista en el amor después de lo que había pasado.

—¿Qué hacen? —preguntó, curioso.

—Busco empleo —respondí.

Becc le lanzó una mirada cómplice y Thomas asintió, entendiendo enseguida. Sin decir más, se marchó hacia su habitación.

—Y aquí viene el sermón... —suspiré, preparándome mentalmente para su discurso.

Ella se sentó con las piernas en cruz, entrelazó las manos y me clavó la mirada. Sí, se venía un discurso. Carraspeó antes de comenzar diciendo:

—Sabes que tienes que hablar con él, ¿verdad?

Respiré hondo.

—¿Para qué? ¿Para otra explicación estúpida? —mi voz sonó más dura de lo que hubiese querido.

—Sabes que siempre te apoyo, pero... —dijo, y fruncí el ceño ante ese «pero»— creo que deberías darle el beneficio de la duda. Ha demostrado más de una vez que se lo merece.

—Pareces su amiga, no la mía. —La miré con reproche.

—Solo intento ser objetiva. Y recuerda que hay personas que no quieren verlos juntos.

—¿Cómo quién?

—Mark, por ejemplo. Y la ex loca de David... ¿cómo es su nombre? Ah, sí: la perra de Judith.

—¿Dices que ella me envió la foto?

En realidad, ya había pensado en esa posibilidad.

—¿Y por qué no? Está loca, y lo sabes.

—No lo sé, Becc... Quizás puse demasiadas expectativas en David y me equivoqué. Nadie es tan perfecto.

Me cubrí el rostro con las manos, dejando escapar un grito ahogado.

—¿Sabes que existe el *Photoshop*, no? Esa foto puede ser un montaje.

—No imagino a Judith haciendo algo tan elaborado.

—Quizá alguien la ayudó. —Se encogió de hombros.

—¿Por qué estás tan segura de la inocencia de David?

—Porque ni siquiera le diste la posibilidad de explicarte. Y no me gusta verte así, nena.

—Estaré bien —intenté sonar firme—. He superado cosas peores.

La muerte de mis padres, por ejemplo. Si sobreviví a eso, podía con esto.

—Lo sé, cariño. Eres de las personas más fuertes que he conocido, y te admiro por eso.

Sus palabras lograron quebrarme.

Descansé la cabeza sobre su regazo y dejé que sus manos acariciaran mi cabello mientras sollozaba.

✧✧

Di mil vueltas en la cama sin poder conciliar el sueño. Cuando al fin acepté que Morfeo no me visitaría esa noche, me levanté. Eran casi las tres de la madrugada y llevaba horas observando el techo, invadida por pensamientos que no deseaba tener.

El pitido de una notificación me sobresaltó. Al ver quién era, mi corazón dio un vuelco.

David me había llamado varias veces en esos días, pero al no recibir respuesta terminó desistiendo. Cuando vino al apartamento, Becc le dejó en claro que yo necesitaba espacio. Al parecer, se lo tomó demasiado en serio, porque no insistió hasta ahora.

Dudé un momento, respiré hondo y finalmente abrí el mensaje. Y esa sensación única que solo él provocaba me inundó por completo.

David: *No sabes cuánto te extraño, Sara.*
Si me permitieras verte un momento, solo para que mires mis ojos, sabrías que nunca te mentí.
Te amo. (03:00 a.m.)

Cerré los ojos con fuerza. Ojalá existiera un botón para apagar lo que sentía por él.

Él no era Mark, me repetí. Pero el miedo a ser lastimada otra vez pesaba más.

Otro mensaje llegó.

David: *Por favor, cariño. No sabes el desastre que soy desde que no estás. Los gemelos dicen que me hechizaste. Tal vez lo hiciste, y si fue así, ha sido lo mejor que me pasó. (03:02 a.m.)*

Una sonrisa tonta inundó mi rostro. Siempre conseguía ese efecto en mí; me convertía en una adolescente ilusionada.

¿Qué debía hacer? ¿Responderle?

Pero antes de siquiera poder pensarlo mejor, mis dedos teclearon:

Está bien. (3:05 a.m.)

Su respuesta llegó enseguida.

Estoy afuera de tu apartamento. (3:05 a.m.)

¡¿Qué?!

Corrí hasta la puerta y, al abrirla, ahí estaba.

David, con las manos en los bolsillos, el cabello revuelto, los ojos enrojecidos y unas ojeras profundas. Sonrió de lado, tímido. Y aún así, seguía viéndose desgraciadamente perfecto.

Mi sorpresa se transformó en asombro. Verlo tan vulnerable, de una forma que casi nunca mostraba, me hizo bajar la guardia.

—Hola —saludó en voz baja, con un deje de timidez.

—Creí que era mentira que estabas aquí —respondí, aún con la confusión pintada en el rostro.

—Por alguna razón, esta vez presentí que responderías. Y lo hiciste.

—Pensé que yo era la intuitiva —intenté bromear, pero no sonrió.

—Me contagiaste.

—Tal vez.

—¿Podemos hablar?

—Está bien —cedí—, pero aquí afuera. No quiero despertar a los chicos.

—Ponte esto. Hace frío, y no quiero que enfermes —dijo, quitándose su chaqueta y colocándola sobre mis hombros.

Me senté en el escalón de la entrada, frotando mis piernas en busca de calor. David me miró con expectación, así que me hice a un lado, dejándole espacio para sentarse.

Mantuve la vista fija al frente, pero podía sentir cómo su mirada me atravesaba.

—¿Y bien? —murmuré.

—¿Quieres? —Me ofreció el cigarrillo que sostenía.

Negué con la cabeza.

—Bien. —Tomó aire antes de continuar—. ¿Sabías que nunca antes me había enamorado? Me refiero... de verdad.

Fruncí el ceño, incapaz de entender a dónde quería llegar.

—Algo de eso mencionaste una vez.

—Nunca me comprometí lo suficiente con alguien —se detuvo, como si buscara valor—, porque jamás sentí eso de lo que todos hablan. Ese... algo especial. No es algo que pueda explicarse con palabras. Se siente aquí. —Se llevó la mano al pecho—. Y a veces me aterra. Por más que te diga que no hay que pensar tanto, me asusta. No el hecho de estar enamorado de ti...

sino que algún día esto tan especial se acabe para siempre. Ni yo mismo comprendo la magnitud de lo que siento, Sara.

Sus palabras me atravesaron más de lo que me hubiera gustado admitir. Aunque mantenía la cabeza baja, sus lágrimas brillaban incluso en la penumbra. Nunca lo había visto tan abierto, tan expuesto. Varias veces le había preguntado sobre su pasado amoroso, pero siempre evadió el tema. Esa noche, en cambio, se desnudó por completo ante mí.

—Cuando entregas todo por alguien —respondí con la voz quebrada—, tu corazón, tu cuerpo, tu energía... volver a hacerlo es casi imposible. Y contigo lo estoy intentando. Pero ver esa foto... sea verdad o no, me duele. Me trae recuerdos que me costó años sanar.

Un nudo en mi garganta amenazó con romperme.

—No te culpes por dar tu amor a la persona equivocada —respondió con una firmeza suave—. Tú diste lo mejor de ti, y eso habla de quién eres. Lo que él hizo, créeme, se lo hizo más a sí mismo. No debe ser nada fácil perder a alguien tan valiosa. Y no lo estoy excusando: sigue teniendo el título de imbécil mayor.

Su comentario me arrancó una risa involuntaria. Él sonrió aliviado y continuó:

—Yo sé que a veces puedo ser un imbécil, pero de algo estoy seguro: nunca, jamás, te lastimaría.

Respiré hondo, buscando fuerzas.

—No sé si es miedo a que me hieran otra vez. Eso ya lo hicieron de sobra. Me rompieron y recogí los pedazos hasta volver a estar entera. Sé que podría hacerlo de nuevo, pero no quiero desgastarme. No quiero entregar mi amor en vano. Porque cuando amo... lo hago con todo lo que soy.

En lugar de asustarse, sonrió con ternura.

—Sara Ruiz... —Se arrodilló frente a mí y cubrió mis manos con las suyas. Mi corazón latió desbocado ante ese gesto—. Por ti me arrancaría el alma y la pondría sobre la mesa, para que veas cómo late cada vez que te acercas o me dices simplemente: «hola». Te mostraría cada temor y cada inseguridad, porque contigo me siento en casa. Seguro. Puedo ser yo mismo, sin máscaras, sin miedo. Y sí, a veces soy un maldito imbécil, pero solo porque me conviertes en un tonto que no sabe cómo actuar. Lo que siento por ti… jamás lo sentí por nadie. —Hizo una pausa, respiró hondo y

agregó—: Sé que Mark fue tu primer amor, y eso no se olvida con facilidad...

Sus ojos reflejaban una sinceridad que me desequilibró. Esa entrega me bastó para elegir creerle.

—Sí, Mark fue mi primer amor —admití, y vi cómo su rostro decaía—. Pero también usó ese amor para manipularme, para llenarme de inseguridades que aún cargo conmigo. Tú, en cambio, eres el amor que quiero elegir. Elijo estar contigo, David.

Su sonrisa se iluminó, y la mía también.

—No importa si no dura para siempre. Ya no quiero perder tiempo en lo que vendrá. Quiero vivir el ahora, contigo. La vida está hecha de fragmentos, de momentos. Y yo quiero que esos momentos sean contigo. Quiero amar sin miedo, con toda mi alma.

—Y lo harás. —Acarició mi mejilla con ternura. Cerré los ojos, entregándome a su toque—. Yo te ayudaré a lograrlo.

Apoyé la cabeza en su cuello. Respiré su olor, grabándolo en mi memoria.

Él acarició mi cabello y depositó un beso en mi coronilla.

No importaba lo roto que pudiera llegar a estar el pasado, esa paz que encontrábamos al estar juntos era un nuevo comienzo.

19

Rebecca

Advertencias: Este capítulo contiene escenas de abuso sexual (no explícitas) que pueden resultar sensibles o perturbadoras. Leer bajo su propia responsabilidad.

Rebecca

—¿Por qué traes esa cara? —preguntó María mientras terminaba de quitarse la ropa.

—No he dormido bien, eso es todo —respondí con tono tajante.

Sabía que, si le daba pie a hablar, no me dejaría tranquila, y luego todo el mundo murmuraría por los pasillos. María nunca se había caracterizado precisamente por su discreción.

—Si tú lo dices... —Hizo un gesto de desinterés con la mano—, pero te advierto que en el escenario se nota, cariño.

Respiré profundo, evaluando los pros y contras de responder. Decidí regalarle mi mejor sonrisa antes de salir del camarín. Escuché un bufido irritado detrás de mí y sonreí complacida.

Ya todos se habían ido; solo quedaban los empleados encargados de desmontar el escenario. Los saludé con la mano, sonriendo abiertamente, y ellos me devolvieron el gesto con amabilidad.

Solo quería llegar a casa; la noche había sido agotadora. Pero antes necesitaba ir al baño.

El alivio inmediato me recorrió cuando vacié todo el líquido retenido. Me extrañó escuchar el chirrido de la puerta al abrirse. Se suponía que todas las demás chicas ya se habían ido, incluida María, que me había lanzado una mirada de rencor antes de marcharse.

Quité la traba de la puerta y fruncí el ceño: no era ninguna compañera, sino un hombre de aproximadamente sesenta años.

—Se equivoca de baño, señor. Es el de mujeres —dije amablemente.

Los carteles estaban algo desgastados, así que pudo haberse confundido. Sin embargo, no retrocedió.

—No me equivoqué —respondió, acortando los pasos que nos separaban.

Mi corazón se aceleró, pero intenté mostrarme firme.

—¿Y qué quiere en el baño de mujeres?

—¿No es bastante obvio? Te vi bailar ahí afuera y me has vuelto loco.

Su expresión comenzó a tornarse repugnante.

No quería mirar, pero mis ojos no pudieron evitarlo: tenía un bulto en los pantalones.

—Creo que se confundió... —ordené a mis pies que se movieran.

Intenté pasar junto a él, pero un fuerte agarre en mi muñeca me lo impidió.

Maldición.

Me solté con brusquedad, observándolo con asco.

—Este es un club nocturno de baile, no un prostíbulo.

—¿Acaso no es lo mismo? —Me escaneó con una mirada lujuriosa—. Pago muy bien.

—¿No ve que me está incomodando? Ya le dije que solo bailo. Si quiere sexo, vaya a uno de *esos* lugares.

—Pero yo te quiero a ti.

Los recuerdos me golpearon con furia. Por un instante, no fue ese hombre el que estuvo frente a mí; fue *él*.

Luché internamente para no paralizarme.

—Eres un ser repugnante. —Escupí a sus pies, observándolo con resentimiento. Como no me atreví a hacerlo con él aquella vez.

El hombre se abalanzó sobre mí, sujetando mis brazos con brusquedad. Todo mi cuerpo se tensó; temí lo peor.

Pero la rabia se apoderó de mí. Me liberé y le di un puñetazo en la nariz. Él se llevó las manos al rostro ensangrentado, sorprendido.

—¡Maldita zorra! —gruñó—. Todas ustedes son iguales... ¡malditas mojigatas!

—¿Qué crees que ibas a hacerme? ¡Maldito hijo de puta!

El puñetazo no me bastó. Le di una patada en sus partes y cayó de rodillas, gimiendo de dolor.

Salí del baño rápidamente, con el corazón latiendo a mil. Llamé a la policía y relaté lo sucedido. Cuando el tipo logró levantarse, los agentes ya lo esperaban. Con los antecedentes que tenía, no le quedó otra opción más que acompañarlos.

—La acompaño a tomar un taxi, señorita —dijo una agente.

Asentí, todavía aturdida.

El viaje se me hizo eterno. Solo quería llegar a casa antes de colapsar en el coche.

Cuando llegué, abrí la puerta y me desplomé en el suelo, temblando.

—¿Becc? —gritó Sara desde la cocina—. Estoy cocinado el pollo al curry que tanto te gusta.

—¿Becc? —asomó la cabeza y, al verme, vino corriendo—. ¿Qué ocurre?

Se agachó, quedando de rodillas.

—¡Becc! —Thomas también apareció al oír el grito de Sara.

Los observé y me permití quebrarme frente a ellos. Sollocé con todas mis fuerzas mientras me observaban con confusión y preocupación.

—Ven, Becc —Sara me tomó de los brazos y, con la ayuda de Thomas, me levantaron.

—¡Años de terapia para superar esto! —exploté, con la rabia carcomiéndome—. ¡Años! Para que un completo idiota venga a recordármelo como si nada. Pasaron años para que pudiera volver a confiar en los hombres, para no temblar cada vez que los veía...

Negué una y otra vez con la cabeza.

—¿Volver a confiar en los hombres? —preguntó Thomas, confundido.

Mí mirada alternó entre él y Sara. Ella asintió, transmitiéndome seguridad con los ojos. Esa mirada que solo nosotras comprendíamos. Estaba ahí para mí, sin importar lo que decidiera.

Ya era hora de contarle a Thomas la verdad: las razones por las que no hablaba de mi familia y por las que a veces actuaba como lo hacía.

—Debo decirte algo —susurré, con la voz entrecortada.

Sara me tomó la mano y me guió al sofá.

Nos sentamos los tres: yo en el medio, ellos a los lados.

Inhalé profundo, intentando controlar la respiración para poder hablar.

Las imágenes de aquella noche volvieron a mí como flashes de una cámara...

—¿A dónde te crees que vas vestida así? —preguntó Steve, sin despegar la vista de la televisión.

Mis intentos de pasar desapercibida resultaron en vano.

—Saldré con unas amigas, no volveré tarde —susurré, apenas audible.

—¿Con el permiso de quién? —Volteó su desagradable mirada hacia mí.

—No eres mi padre, Steve —dije, y de inmediato lamenté haberlo desafiado al ver su rostro arder de ira.

Se incorporó lentamente, dirigiendo sus pesados pasos hacia mí. Tuve que alzar la mirada para verlo a los ojos. Abracé mis brazos en un intento desesperado de protección.

—No llegaré tarde... —mi voz fue apenas un hilo.

—¿Eres una zorra, Rebecca? —Levantó mi mentón con fuerza.

—¿Eh? Claro que no.

—¿Y por qué te comportas como una? —Su tono me heló la sangre.

—Iré a mi habitación a dormir.

Seguir discutiendo sería peor. Lo mejor era obedecer e irme a la cama.

Pero él no tenía intención de dejarme ir.

—Tu madre te ha malcriado demasiado, niña. Nunca tuviste una figura que te corrigiera. De seguro ya te has acostado con todos tus compañeros de clase, ¿me equivoco?

Eso no era cierto, pero contradecirlo sería peor, así que guardé silencio.

—Tu silencio responde por ti, pedazo de zorra. ¿Cómo te ganarás la vida? ¿Entregando tu cuerpo por dos dólares?

—Y-yo... n-no —no pude formar una oración. Estaba aterrada.

—¿Tu qué? —Me sujetó del brazo con fuerza.

—¡No soy una zorra! —grité, intentando zafarme, pero eso lo enfureció aún más.

El impacto de algo duro me golpeó la mejilla: una bofetada. El sabor metálico de la sangre invadió mi boca. Las lágrimas no cesaron, pero las limpié con fiereza.

—Eres un... —Lo miré con odio.

—¿Un qué? —me desafió.

—Hijo de puta —escupí con odio.

Eso colmó su paciencia. Me agarró del cabello y me arrastró escaleras arriba, hacia mi habitación. Recé para que no pasara lo que temía. Pero me lanzó a la cama y quedé boca abajo. Supe que no podía escapar.

Cerré los ojos mientras sentía sus manos quitándome la ropa.

Luché, grité, pero su fuerza me inmovilizó.

—Por favor, Steve. Nunca volveré a desobedecerte —supliqué entre llanto.

Él solo rió y rompió mi ropa.

Estaba desnuda, indefensa ante un monstruo.

—Alguien tiene que enseñarte a respetar a tus mayores, zorra.

No podía mirarlo. Solo oí su cremallera. Seguí gritando y suplicando, pero estaba atrapada.

Me concentré en otro lugar. Mi mente se fue. Cerré los ojos y me sumergí en un mundo inexistente para no sentir el horror presente.

Cuando terminé de relatar, observé sus expresiones: horror, furia, tristeza. No dijeron nada; solo me abrazaron durante varios minutos.

—¿Tu madre? —preguntó Thomas.

—Esa noche me hice un ovillo bajo las sábanas. Él continúo mirando televisión; podía oír sus carcajadas. Cuando mi madre llegó, entré en shock. Le conté todo, y ella me respondió con indiferencia: «Steve nos mantiene, no como tu padre que nos abandonó». Esa noche guardé algunas prendas en un bolso y me fui para siempre. Juré que nadie me haría daño otra vez. Denuncié a Steve, pero no hicieron nada.

A pesar de ya haberle contado esta historia a Sara, no pudo evitar llorar.

—Por eso, cuando ese maldito hijo de puta intentó sobrepasarse...

—¡¿Te hizo algo?! —exclamó Thomas.

—Tranquilo. No pasó nada. Le di una patada en los huevos y llamé a la policía.

—Gracias por confiar en mí y contármelo, Becc —dijo, acariciándome la mejilla con ternura.

—Tenías que saberlo. Ahora ya sabes al lugar que voy cada semana: el psicólogo.

—Becc —dijo Sara—. Una vez dijiste que yo era la persona más fuerte que conocías, pero estabas equivocada. Tú eres la persona más fuerte del mundo.

Sonreí, sintiendo que me quitaba un peso de encima. Había aprendido a reconstruirme, y ellos eran parte fundamental de eso.

20

Una propuesta y el fin de la paz

Dos meses después...

Todo había marchado de maravilla ese último mes. Las cosas parecían encaminarse como debían y no podía estar más feliz por eso.

A Becc la notaba mucho mejor con Thomas desde que le confesó aquello que la torturaba. Como consecuencia, ahora estaba mucho más abierta con él.

Seguía siendo camarera, a pesar de que con la venta de mis pinturas me iba bastante bien. Era solo para ganar dinero extra. En ese mes había tenido más de cinco pedidos, y la felicidad no me cabía en el cuerpo al ver que mi sueño empezaba a hacerse realidad. Sabía que mis padres, desde donde estuvieran, debían sentirse orgullosos de mí.

También había hecho de Cupido entre Josué y Samuel. El primero me rogó que sonsacara información a Samu, y efectivamente, le parecía sumamente interesante. Habían tenido su primera cita hacía una semana, y Josué no dejaba de hablar de ello en el trabajo.

Para mi sorpresa, Lisa y Byron también habían tenido un flechazo en mi fiesta —la que terminó siendo un fracaso total— de la venta de mi primera pintura. Byron solía pasarla a buscar a la salida del trabajo, y se los notaba muy acaramelados.

Y finalmente, estábamos David y yo. Cada día me enamoraba más de ese hombre y de sus detalles. Cuando parecía que no podía sorprenderme más, lo hacía. Como dos semanas atrás, cuando me dijo que guardara ropa

cómoda en un bolso y condujo casi toda la noche hasta una playa apartada de la ciudad. Presenciamos un amanecer hermoso.

Aún me costaba creer que finalmente había encontrado a alguien que me valorara como siempre debieron hacerlo.

También había estado trabajando en mi autoestima y amor propio; la ausencia de esa voz en mi cabeza, recalcando cosas negativas, era una prueba clara de ello.

Mi terapeuta, Rose, estaba muy feliz con mi proceso. Sí, había comenzado sesiones con ella, y no sabía cuánto lo necesitaba hasta que me senté en el sofá de su consultorio y hablé sin parar durante dos horas.

Con respecto al mensaje anónimo de la última vez, no había vuelto a suceder. Me dejó intranquila por un tiempo, pero preferí olvidarlo al no repetirse.

✧✧

—Aún no los abras —insistió David una vez más.

—¡Que no, hombre!

Me había dicho que cerrara los ojos porque tenía una sorpresa para mí, y me ponía ansiosa no poder ver nada.

—Ábrelos —dijo por fin.

Abrí los ojos y lo primero que vi fue una pequeña cajita azul sostenida en sus manos. Mi corazón dio un salto, y sentí un calor intenso subiendo por mi pecho.

—¿Qué es? —pregunté, conteniendo la respiración.

—Averígualo por ti misma —me dijo, tendiéndome la cajita. La tomé con cuidado, como si fuera frágil.

En su interior descubrí una llave con un dije decorativo de mi signo, Piscis. Mi pecho se aceleró, y no supe si eran latidos de emoción o miedo. Fruncí el ceño, confusa.

—*Mmmh*... ¿Gracias?

—¿No te das una idea de dónde pueden ser esas llaves? —Arqueó una ceja, reprimiendo una sonrisa.

—¿No...? —murmuré, observándola, perdida en pensamientos.

—De nuestro hogar, cariño —me aclaró con ternura—. Son de mi apartamento, pero si me dices que sí, a partir de ahora también será tuyo.

Un nudo se formó en mi garganta. Me llevé la mano a la boca, ahogando un grito de sorpresa.

—¿Q-qué?

—¿Qué dices? Si necesitas pensarlo, esperaré tu respuesta. No tienes que contestar de inmediato.

Mi corazón se disparó. Antes de pensar, salté enroscando mis piernas alrededor de su cintura.

—¡Sí! —exclamé, sin poder contener la emoción.

David me abrazó con fuerza; su sonrisa iluminaba toda la habitación.

—Espera... —Me bajé de golpe. Él me observó preocupado ante mi repentino cambio de humor.

—¿Qué ocurre?

—Los chicos... —susurré, sintiendo un hilo de culpa.

—Por eso te dije que lo pensaras. No quiero que tomes una decisión apresurada.

Asentí. Los cambios abruptos me asustaban, incluso ahora que llevábamos casi un año de novios. Dejar a mis mejores amigos sería raro, aunque, por otro lado, ellos también eran pareja y merecían intimidad. Y yo también había pensado en dar ese paso con David... un paso que deseaba más de lo que me atrevía a admitir.

Le di un tierno beso. Él respondió con la misma ternura.

—Lo pensaré, ¿de acuerdo?

Asintió, acariciándome la mejilla con una delicadeza que me hizo sentir frágil y protegida al mismo tiempo.

✧✧

—David me propuso irme a vivir con él —solté sin anestesia, mientras mis amigos me miraban atentos.

—¡¿Qué?! —Becc gritó, haciéndome dar un brinco.

—Eh... sí, como lo oyeron —respondí, nerviosa—. Le dije que lo pensaría.

—¿Qué tienes que pensar? —Becc me miró, incrédula—. El hombre buenorro te dice que te vayas a vivir con él y tú dices que lo pensarás. A mí no me atrae en lo absoluto, porque solo tengo ojos para mi perfecto novio —dijo rápidamente, desviando la vista hacia Thomas, que carraspeó con disimulo.

—¿Thomas? —pregunté, buscando una respuesta por su parte.

—Tienes que hacer lo que sientas, Sarita. Sabes que cuentas con mi apoyo en cualquier decisión.

Esa era exactamente la clase de respuesta que esperaba de mi mejor amigo.

—Es hora de que des el paso y te permitas toda la felicidad que David tiene para darte... y que tú también tienes para darle —suspiró Becc, sorprendiéndose de sus propias palabras.

—*Wow...* —dijimos Thomas y yo al unísono.

—Mi pequeña Sarita está creciendo —dijo Becc, secándose una lágrima falsa, aunque noté que no era tan falsa.

—Aún no dije que sí.

—¡Le dirás que sí!

—¿Me estas echando? —Alcé una ceja—. Ah, ya entiendo... quieres quedarte a solas con tu chico.

—¡No! Lo digo por ti. Quiero que seas feliz, y sé que tienes ganas de hacerlo.

—¿Cómo lo sabes?

—Ella lo sabe todo —susurró Thomas.

—Se nota en la sonrisa tonta que traes desde que entraste.

Así que la sonrisa me había delatado...

—¿No están ni un poquito triste? —Hice un puchero.

—¡Claro que sí! ¿Piensas que no echaremos de menos a nuestra pisciana favorita del mundo? Pero nos veremos siempre. No quiero que te detengas de hacer lo que deseas por nosotros.

Becc tenía un punto. Quizás me excusaba en ellos, pero en realidad era yo quien se ponía las trabas.

Le diría que sí a David.

Mi móvil vibró en el bolsillo de mis jeans.

El mensaje que leí me descolocó por completo.

Desconocido: *Yo diría que no te ilusiones. Siempre tan ingenua, Sara. ¿Cuánto tiempo crees que él va a tolerar tus traumas antes de mandarte a la mierda?*

¿Qué carajos? ¿Tenían interceptado mi puto móvil?

—Thomas... —Mi amigo me observó con preocupación al ver mi expresión de horror—. ¿Puedes rastrear un número?

—Puedo intentarlo.

Después de una hora, llegó a la conclusión de que la línea ya no existía. Evidentemente, habían roto el chip.

Tras meses de tranquilidad, mi corazón volvió a acelerarse como nunca.

21

Lucas

—Hace mucho que no vengo a hablar con ustedes —dije, depositando las flores sobre sus lápidas—. Hoy no lloraré. Lo prometo.

Me reí al saber que eso no era verdad y que pronto me quebraría sin poder evitarlo. Anhelaba el día en que pudiera recordarlos sin llorar. Todo a su debido tiempo. Ese era mi consuelo.

—No saben cuánto extraño sus consejos. Me vendrían muy bien en este momento, ¿saben? —Me mordí el labio inferior, conteniendo un sollozo—. Les he hablado de David, ¿verdad? Él no es como Mark, él... sí me ama de verdad, me ama bien y yo... también lo amo. Sé que Mark no les caía nada bien, y debería haberlos escuchado porque tenían toda la razón del mundo. No fue nada más que un imbécil, pero David es diferente; sé que les agradaría. —Sonreí al pensar en su sonrisa—. Me propuso irme a vivir con él. Becc y Thomas piensan que es buena idea. Aunque algo me dice que ese par, ahora que son parejita, solo quiere más privacidad. Se preguntarán qué quiero yo... pues yo sí quiero dar ese paso. No les voy a mentir, no a ustedes. Estoy aterrada, de veras que lo estoy. Pero el miedo ya no puede detenerme, no más.

Observé sus fotos. Las había elegido yo; ambos se veían radiantes, con una sonrisa de oreja a oreja. Esa imagen los representaba en su totalidad: siempre sonrientes.

—Por fin me he animado a dar a conocer mis pinturas. —Las lágrimas comenzaron a deslizarse por mi rostro al pensar en cuán orgullosos estarían de mí—. El retrato de ustedes aún no puedo mostrarlo al mundo. ¿Les gustaría que lo mostrara? Estoy segura de que las personas admirarían su

belleza tanto como yo. David me ayudó a dar ese paso, presentándome a un pintor al que admiro. ¿Ven por qué les digo que si lo amarían? Él lucha por lo que quiere, es un espíritu libre como ustedes lo eran...

Respiré hondo antes de continuar.

—Los padres de él no aceptan nuestra relación, pero a él no le importa eso. A mí no me gusta que se enfrente con ellos, pero tampoco quiero que se aleje de mí, ya que me hace bien. Los padres de David sí que les caerían mal —me reí al imaginar lo que sería ese encuentro. Inhalé hondo, para poder seguir hablando —. ¿Me podrían dar una señal? Si me están escuchando... por favor.

Bajé la cabeza unos segundos, rezando por cualquier cosa; no sabía qué, pero cualquier señal estaría bien para mí...

Cuando levanté la mirada, dejé de respirar al ver un colibrí posado encima de la lápida de mi madre. Sonreí al ver al pequeño pájaro permanecer allí por varios minutos y luego alzar vuelo.

—Estoy seguro de que sí querrían que muestres su retrato. A veces podían ser algo egocéntricos.

Volteé casi instantáneamente para encontrarme con esos ojos, casi iguales a los míos, solo que los suyos estaban más apagados de lo que recordaba.

—Lucas —dije en un susurro.

—Sara —respondió también en un susurro.

Me incorporé rápidamente y fui a su encuentro, estrechándolo entre mis brazos con una fuerza casi sobrehumana. Después de unos minutos, me separé para observarlo con furia.

—¿Por qué desapareciste así? Te necesitaba, Lucas.

—No podía verte, Sara.

—¿Por qué no?

—No podía con la culpa, hermanita.

—No fue tu culpa... y-yo... jamás te hubiera culpado. Fue un accidente.

—Sí que lo habrías hecho. Y con razón. Esa noche había una gran tormenta y, por mi insistencia, viajaron a verme... y ahora están ahí. —Señaló en dirección a sus tumbas.

—Fue un accidente —susurré y acuné su rostro con suavidad. Él evitó mi mirada; tenía los ojos rojos por haber llorado—. Mírame —pronuncié con firmeza, y me hizo caso, observándome—. No fue tu culpa.

—¿En serio no me odias?

—¡Claro que no! Eres un idiota por pensar eso. Y eres un idiota por dejarme sola un año entero. Podríamos haber superado el duelo unidos.

—Lo siento... de veras que lo hago, hermanita.

—Te extrañé demasiado.

Lo abracé de nuevo, apoyando mi cabeza en su pecho. Él me acarició la cabeza con ternura.

—También yo, *pitufina*, también yo.

Lo observé con mala cara. Solo porque medía veinte centímetros más que yo, se creía con derecho de llamarme así.

—Admite que es divertido.

—¿Irás? —dije, refiriéndome a las lápidas que se encontraban a unos metros de distancia.

—No, *pitufina*. Es mejor así, por ahora. Al menos hasta que pueda acercarme sin querer romper todo a mi alrededor.

—¿Y por qué viniste hasta aquí? —Lo miré, confusa.

—Creí que podía hacerlo, pero no fue así. Y justo cuando me iba, te vi y decidí esperarte.

—Oh... cuando estés listo, estaré ahí para ti ¿de acuerdo? Prométeme algo.

—Dime.

—Que nunca más te aislaras —aguardé su respuesta con temor.

—Te lo prometo.

Solté el aire con alivio.

—Y dime otra cosa.

—Siempre tan preguntona —se rió, negando con la cabeza.

—¿Ibas a ir a verme? ¿O te ibas a volver a Los Ángeles?

—Claro que iba a ir a verte, o a intentarlo al menos. No sé dónde vives desde que te mudaste de lo del imbécil ese de Mark.

Nadie de mi entorno había querido jamás a Mark. La única que no se quiso dar cuenta de cómo era, fui yo.

—Vivo con Becc y Thomas —comenté mientras salíamos del cementerio —. Mis dos mejores amigos —expliqué al ver su ceño confuso.

—Oh... ¿y ese Thomas, qué tal?

Me reí fuertemente.

—Resulta que es el novio de Becc.

—O sea que estás medio de sobra.

—¡Oye! —le di un golpecito en el hombro.

—Aquí está mi auto. —Señaló un *Jeep*—. En la empresa donde trabajo pagan bien —explicó al ver mi expresión de sorpresa.

Abrí la puerta de copiloto y ocupé el cómodo asiento.

—¿No te gustaría venirte a vivir conmigo a Los Ángeles? —preguntó cuando arrancó el coche—. Estoy alquilando un apartamento bastante grande. De seguro te encantará. ¿Estás bien? —añadió al verme toser de repente.

Aún no le había contado sobre David.

—O quizás hay un hombre que te retiene aquí —bromeó—. Oh... ¡sí que lo hay!

—Se llama David.

—¿Me caerá igual de mal que Mark?

—Claro que no —aclaré de inmediato—. No se compara en nada. Es un buen tipo.

—*Uff*... ¡Sí que estás enamorada de ese tal David!

—¿Y tú? ¿Dejaste a alguien esperando por ti en Los Ángeles?

—*Mmm*... Es complicado.

—Lucas Ruiz, ¿complicado? Eso sí que es nuevo.

—No te burles. Se llama Ana y discutimos más de lo que me gustaría.

—¿De qué signo es?

—¿En serio sigues con esas tonterías del zodiaco?

—David piensa igual que tú.

—Ya me está empezando a caer bien. Es de Cáncer, creo...

—Y tú eres de Aries. Fuego y agua. Interesante. —Me llevé la mano a la barbilla en un gesto pensativo—. Todo un desafío.

—No creo en esas cosas...

Me encogí de hombros.

—¿Me das la dirección de ese tal David?

—¿Para qué? —Abrí los ojos de par en par.

—Para conocerlo, ¿para qué más?

—Eh...

—No muerdo, *pitufina*. Solo ladro, pero no muerdo.

✧✧

Habíamos llegado hace unos cinco minutos, por sorpresa. Le había enviado un mensaje a David mientras veníamos en el coche para avisarle,

pero no lo vio a tiempo, así que, al abrir la puerta, se quedó observándonos con las cejas levantadas, esperando una explicación. Tras las debidas presentaciones, su expresión cambió a una de intriga.

—¿Y cómo se conocieron? —preguntó Lucas.

—Eh... —David me miró en busca de ayuda, y su rostro se enrojeció levemente.

Oh. Claro. Si le dijéramos la verdad sobre cómo nos conocimos, sería realmente incómodo.

No iba a decirle a mi hermano: «Nos conocimos la noche que rompí con Mark. Fui al bar donde trabajaba y me fui con él a su apartamento. Y pues... allí, ya sabes... tuvimos sexo».

—Presenté mi currículum en el bar donde él trabaja como barman. Allí nos conocimos —expliqué en su lugar.

—Oh. Interesante.

—Supongo.

Esto estaba siendo más incómodo de lo que pensé.

—¿Así qué trabajas de barman? —Dirigió su atención a David—. Un trabajo algo osado, se podría decir.

—De osado no tiene mucho —respondió, dejando escapar una risa nerviosa—, pero sí, supongo que no es la aspiración de todo padre que su hijo sea barman —aclaró, rascándose la nuca.

—¿Y te gusta?

—¿Lo que hago? —preguntó, y mi hermano asintió—Sí. —Sonrió con sinceridad—. Me capacité en algunos lugares reconocidos de Nueva York —no lo dijo con altanería, sino con orgullo al recordarlo.

—¿Y piensas ser barman toda tu vida, o...?

—Lucas —musité entre dientes, fulminándolo con la mirada.

—Por ahora estoy bien así. Me gusta lo que hago y no me puedo quejar de la paga que deja —respondió David con tranquilidad.

—Me agrada tu convicción.

—Gracias.

—¿Sabes que tú eres la razón por la que mi hermanita no se mudará conmigo? —Lucas enarcó una ceja.

David tosió en respuesta.

—Lucas —lo llamé en tono de advertencia—. No me mudaré contigo. Ya estoy grandecita, ¿no crees?

—Tú te lo pierdes. —Hizo un gesto con la mano, restándole importancia —. ¿Tienes alguna cerveza, *cuñadito*?

Cerré los ojos y negué con la cabeza. Lucas era así: no tenía filtro y no se molestaba en tenerlo tampoco.

—Claro. Ya vuelvo.

David se incorporó de su asiento y se dirigió fuera del living en busca de la bebida para mi querido hermano.

—¿Puedes comportarte? —susurré.

—¿Qué dices? Si me estoy comportando de maravilla...

—No. No lo estás haciendo —reproché.

—Estoy evaluándolo, hermanita... —Volteó los ojos, como si fuera obvio lo que hacía.

—¿Por qué? Si ya te dije que es un buen tipo.

—Lo mismo dijiste de Mark.

Golpe bajo.

—Y aún siento que no me has dicho todo lo que ha pasado con ese imbécil —añadió.

—Este no es lugar, Lucas.

—No te golpeaba, ¿cierto? Mira que si me entero, lo mato.

—¡Que no, Lucas!

Y justo cuando iba a responder, apareció David con tres cervezas en las manos.

—Me gustaría conocer a tus amigos, *pitufina*. —Me observó Lucas.

Sentí la mirada burlona de David clavada en mi cuerpo.

—¿Quieres decirles que vengan, Sara?

Que David me llamara por mi nombre me recordó a cuando nos conocimos. No me disgustaba para nada cómo sonaba en su boca, pero ya me había acostumbrado al: «cariño». Sentí que un puchero se formaba en mis labios y cambié la expresión casi de inmediato por una mueca extraña que provocó la risa de Lucas.

Seguro me veía ridícula.

—Le enviaré un mensaje a Becc.

Ambos asintieron.

✧✧

—¡Finalmente te conozco, Lucas Ruiz! —vociferó Becc, dejando sordos a todos los presentes.

—¿Así que *pitufina* ha hablado mucho de mí? —Sonrió con superioridad.

—*¿Pitufina?* —recalcó Becc, divertida.

—Becc es una exagerada. No le creas tanto —dije, y volteé los ojos.

—Y tú debes de ser Thomas. —Le tendió la mano, que Thomas aceptó cordialmente.

Ver lo diferentes que eran mis dos amigos y, al mismo tiempo, cómo se complementaban, me arrancó una sonrisa.

—Ahora que todos nos conocemos... ¡podemos salir a festejar!

—Mañana es día de semana, amor —contestó Thomas.

—¿Y qué? No todos los días se reencuentran dos hermanos después de... ¿cuánto?

—Un año —respondimos Lucas y yo al unísono.

—¡Un año! Hay que celebrarlo —dijo, mirando a Thomas con una de sus miradas determinantes.

Él solo resopló.

—Por mí está bien —dijo David.

Yo también asentí porque... ¿por qué no?

—¿Y tú qué dices? —le pregunté a mi hermano, que negó varias veces con la cabeza.

—¡Es broma! ¡Es broma! Mi segundo nombre es «diversión».

—Genial. —Sonrió ampliamente Becc—. Nosotros iremos al apartamento a prepararnos. Tú tienes ropa aquí, ¿verdad? Pero... ¿qué estoy diciendo? ¡Claro que tienes!

Hoy mi amiga estaba demasiado efusiva. Y, por la chispa en sus ojos, me imaginé el motivo... luego hablaría con ella sobre sus *brownies* locos.

✧✧

—Iré a visitar a un viejo amigo, *pitufina*. Regreso pronto —anunció mi hermano, lanzando un beso al aire.

Lo atrapé con la mano. Era un juego que teníamos desde pequeños.

—¡Te quiero!

—¡Te quiero! —gritó antes de salir por la puerta.

No supe por qué, pero sentí un vacío en el pecho que no pude explicar.

—Me agrada tu hermano —comentó David, apareciendo en el living.

Se había cambiado para salir, y decir que estaba guapo sería quedarme corta.

Llevaba una camisa negra arremangada hasta los codos, unos jeans del mismo color y zapatillas blancas.

—¿Te gusta lo que ves? —Se acercó y me tomó por sorpresa entre sus brazos, uniendo sus labios con los míos—. Tenía demasiadas ganas de probar tus labios, Sara. —Rozó su nariz con la mía—. No sabes cuánto...

—Ahora puedes hacerlo —susurré, humedeciendo mis labios con la lengua.

El los mantuvo entreabiertos. Se veía demasiado sexy con los labios hinchados debido al beso apasionado. Su aliento sabía a menta. Solo a menta. Estaba intentando dejar el cigarrillo poco a poco.

—No me lo tienes que decir dos veces, amor mío.

Juntó de nuevo nuestros labios. Nuestras lenguas se entrelazaron en una batalla que ninguno quería perder.

Colocó una mano en mi nuca para profundizar el beso; con la otra sujetó mi cintura. Yo tiré suavemente de su cabello. David dejó escapar un jadeo y yo me derretí aún más.

—Debo ir a cambiarme... —Sonreí entre besos.

—No, quédate aquí...

—Se hará tarde.

—Cariño...

—Tendremos toda la noche para hacer esto.

Deposité un beso rápido en sus labios.

—Eres mala.

—¿No quieres que me vista linda? —bromeé.

—¿Más de lo que ya eres? ¿No es delito acaso?

—¡Eres todo un romántico, David Miller! —me reí mientras me dirigía a la habitación y cerraba con llave para que no hubiera tentaciones.

✧✧

—¿Me veo bien? —pregunté al aparecer nuevamente en el living, después de cuarenta minutos decidiendo qué ponerme.

David se quedó boquiabierto.

—Te entrarán moscas.

—No puedo creer que seas mi novia.

—¿Eso es un cumplido?

—¡Dios, sí! Estás... No. Describirte en una palabra sería quedarme corto, y no puedo hacer eso. Tendría que inventar una palabra que te defina, Sara, pero ahora solo se me ocurre... perfecta.

—No te tenía tan poeta —dije, sin poder evitar que una sonrisa boba se me escapara.

—Hay muchas facetas que aún no conoces de mí.

—Ya veo —me reí de nuevo—. Lucas aún no ha regresado.

Eché un vistazo a la hora en mi móvil, impaciente.

—Seguramente está recorriendo la ciudad con ese amigo del que habló. Tranquila.

—Pero dijo que regresaría pronto...

—Apuesto a que ya está por llegar.

Mi móvil comenzó a sonar. Era una llamada de un número desconocido. Atendí después del tercer tono, con una sensación de malestar instalada en mi pecho.

—¿Hola? —mi voz tembló levemente.

—¿Sara Ruiz? —respondió una voz grave del otro lado de la línea.

El malestar en mi pecho se intensificó.

—Sí, soy yo. ¿Quién habla?

—Soy agente policial. ¿Es usted familiar de Lucas Ruiz?

—Soy... Soy su hermana.

Mi corazón comenzó a latir con fuerza.

—Me temo que le tengo malas noticias, señorita.

—¿Qué pasó con mi hermano, oficial? —susurré en un hilo de voz.

David me observaba, expectante.

—Lamento mucho informarle que encontramos a su hermano muerto.

El mundo se detuvo.

Mis oídos zumbaban, como si alguien hubiera apagado todos los sonidos a mi alrededor.

Abrí la boca, pero ninguna palabra salió. Solo un vacío insoportable oprimiéndome el pecho.

—N-no... —balbuceé, con la garganta cerrada, apenas respirando—. N-no... No puede ser...

Mis piernas flaquearon y el móvil resbaló de mi mano, cayendo al piso. Un frío atroz me recorrió entera, como si el aire se hubiera vuelto

irrespirable.

Sentí que me ahogaba.

—Sara...

David me sostuvo antes de que me desplomara, y me aferré a su camisa con desesperación, como si eso pudiera impedir que las palabras del oficial fueran ciertas.

—Está equivocado... —repetí, sin reconocer mi propia voz, quebrada y llena de sollozos—. Tiene que estar equivocado... ¡Es Lucas! Él no... ¡Él no puede estar muerto!

David me abrazó con fuerza. Su silencio confirmó lo que yo no quería aceptar.

Las lágrimas me cegaron, cayendo sin control y empapando su pecho.

Mi corazón latía tan fuerte que sentí que iba a estallar y, aún así, por dentro, todo estaba roto.

22

El duelo

Vi cómo David recogía el móvil, lo llevaba a su oreja y escuchaba lo que decían del otro lado. Pronunció unas cuantas palabras que no logré comprender y luego colgó. Se tiró al piso conmigo entre sus brazos, envolviéndome en un abrazo acogedor.

Las lágrimas no cedían. Todo a mi alrededor se veía irreal, borroso, como si no perteneciera a este mundo.

—Cariño... —susurró.

Las palabras se me quedaron atoradas en la garganta. Solo logré balbucear sonidos ininteligibles.

¿Qué había dicho el oficial? ¿Que Lucas estaba muerto?

¿Mi Lucas? *¿Muerto?*

No podía ser cierto... Tenía que ser otra persona. No él. No mi hermano. Lo único que quedaba de mi familia se había desvanecido por completo...

—Dime que no es cierto —supliqué con voz temblorosa.

—Lo siento mucho —respondió David, acunando mi rostro entre sus manos.

—¿Cómo fue?

—Quizás cuando estés más tranquila podamos hablar mejor, Sa.

—¿Cómo fue? —exigí con firmeza.

—Homicidio —respondió con pesar.

—¿Qué? No, no, no... —Sacudí la cabeza una y otra vez—. ¡No! No puede ser. David. —Lo miré con desesperación—. ¡Dime que no es cierto! Que todo esto es una maldita broma de mal gusto. Por favor... —mi voz se

quebró—. Dime que no es verdad. Por favor... —repetí, ya sin fuerzas, sin obtener respuesta.

Él solo me abrazó con más fuerza.

Había enterrado a mis padres y ahora también tendría que enterrar a mi hermano. El sufrimiento era demasiado; no cabía en mi cuerpo ni en mi alma.

¿Por qué tanto dolor? ¿Por qué tenía que volver a pasar por esto?

Cuando por fin lo había recuperado, de un segundo a otro me lo arrebataron. Para siempre.

Un mes después

Según mi psicóloga, en un duelo había cinco fases. Yo había pasado de la negación a la ira, y ahora a la depresión; todo eso en tan solo un mes. Lejos estaba de llegar a la negociación o a la aceptación.

Ella decía que, para poder aceptar, necesitaba saber qué había pasado realmente con Lucas, quién había sido el causante de su muerte. Quizás, cuando eso ocurriera, finalmente podría aceptar que ya no iba a estar más conmigo. Pero lo dudaba. Saber quién lo mató no me traería paz de la noche a la mañana.

La semana pasada había sido el cumpleaños de David y, aún así, fue comprensivo: me dijo que no le importaba celebrarlo, que ya habría tiempo. Yo solo lo miré y le respondí: «No hay tiempo, David. No lo hay».

Me sentía egoísta por ni siquiera haberle comprado un pastel, pero no tenía fuerzas. Hoy, después de un mes, era el primer día que conseguía levantarme de la cama.

Becc y Thomas venían todos los días al apartamento de David —ahora mío también—. Se acercaban a la habitación, intentaban conversar, pero al ver que no respondía, terminaban en el living, murmurando con David sobre lo preocupados que estaban.

David, en cambio, solo estaba. No me forzaba a hablar, ni a estar bien, ni a salir. Él se encargaba de todo, incluso de la investigación. No sabía cómo iba a agradecerle por todo lo que hacía por mí.

Intentaba distraerme, pero siempre volvía a lo mismo: los recuerdos, los sueños, su voz.

Lucas. *Mi hermano...*

El último recuerdo que tenía de él me perseguía a diario.

—Iré a visitar a un viejo amigo, pitufina. Regreso pronto —me había dicho, lanzándome un beso al aire.

Yo lo había atrapado con la mano, como siempre hacíamos desde niños.

—¡Te quiero!

—¡Te quiero! —gritó antes de salir por la puerta.

Eso era lo último que me quedaba de él: un recuerdo hermoso y cruel al mismo tiempo.

En ese último mes, las fases del duelo se mezclaron. No solo tenía depresión, también ira. Una ira que me arrasaba por dentro cuando recordaba que alguien, allá afuera, lo había matado. Una voz en mi cabeza gritaba que quería venganza. Pero sabía que de nada serviría. Mi hermano no volvería.

Lo que sí quería era justicia. Y la iba a obtener. Esa persona pagaría. Se pudriría en prisión.

—Cariño —la dulce voz de David me sacó de mis pensamientos—. ¿Quieres café?

—Sí, por favor.

Agradecí cuando me entregó la taza humeante. Me senté en la isla de la cocina y la observé fijamente. Otro recuerdo me invadió, seguido de lágrimas que se deslizaron por mis mejillas.

—Te morirás joven por culpa de esa atrocidad. —Lucas señaló la taza.

—Sabes que sin esto no puedo empezar bien el día —me excusé.

—Si a los quince ya no puedes arrancar el día sin café, imagina a los treinta —dijo divertido.

—Déjame en paz —respondí con fastidio.

—Llegarás a los cuarenta con el sistema nervioso hecho polvo.

—¿Y qué propones que beba?

—Agua —dijo, orgulloso, mostrando su botella.

—Pues felicidades. Yo no quiero empezar mis mañanas bebiendo agua. Además, tu bebes cerveza, te he visto —lo acusé.

—Guarda el secreto, pitufina —se rió sonoramente.

Ahora daría lo que fuera porque me molestara una vez más. Me dolía no haberlo visto en un año y que, cuando finalmente nos reencontramos, todo terminara así.

Pero no era la única que sufría.

Recordé la conversación con Ana, la novia de mi hermano, en el entierro.

—Era un buen hombre —me dijo, con tristeza—. Eres idéntica a él... Yo soy Ana.

—Sí, lo sé —respondí—. Siempre decían que Lucas se parecía a mi padre y yo a mi madre.

—Tiene tus mismos ojos... bueno, los tenía... —corrigió, bajando la cabeza.

—Lucas los tenía más vibrantes —dije, conteniendo las lágrimas.

—Él hablaba mucho de ti. Te quería con locura, Sara.

—¿De verdad?

—Sí. Le costaba ir a verte porque se sentía culpable por el accidente de tus padres. Pensaba que lo odiabas.

—No fue su culpa...

Ana suspiró.

—Nos apoyábamos mutuamente. A pesar de nuestras diferencias, lo amaba.

—Estoy segura que él también te amaba.

Entonces, ella lo soltó:

—Estoy embarazada.

—¿Qué...?

—Pensaba decírselo cuando volviera, pero no alcanzó a saberlo. Iba a ser padre.

—No puedo creerlo...

Ana acarició su vientre apenas abultado.

—Este bebe será el recuerdo vivo de Lucas. Él no murió del todo. Me dejó este regalo.

—¿Puedo? —pregunté, señalando su vientre.

Ella asintió, y mis lágrimas se mezclaron entre la tristeza y la felicidad.

Lucas permanecía ahí, en ella.

—¿Quién pudo haber hecho esto? Lucas era tan bueno...

—Quien lo haya hecho, pagará. Te lo juro —respondí con firmeza.

Nos abrazamos, unidas por el dolor y por la vida que venía en camino.

—Sara, cariño. —La voz de David me devolvió al presente.

Estaba sentada en la isla, con el café frío entre las manos. No estábamos solos.

—¿Cómo te encuentras, Sara?

—Como puedo —respondí con sinceridad—. ¿Ha avanzado en algo?

—El culpable fue inteligente. Apenas dejó rastro.

—¿Eso significa que jamás lo encontrarán? —pregunté, con la ira carcomiéndome las entrañas.

—Significa que será más difícil. Pero no perderemos la esperanza.

—No prometa en vano, detective.

—Lo siento... solo intento ayudar. Pero necesito preguntarle algo. ¿Lucas tuvo alguna pelea últimamente? ¿Alguien que quisiera vengarse?

—No veía a mi hermano desde hacía un año. Pero le aseguro que no era violento ni tenía enemigos. Ana piensa lo mismo.

—Es importante descartar la posibilidad de...

—¿De qué?

—De que estuviera metido en drogas. Podría tratarse de un ajuste de cuentas. Su hermano tenía varias apuñaladas, como si hubiera sido algo personal.

—No me recuerde las apuñaladas, detective... —Cerré los ojos para contener el llanto—. Mi hermano no estaba en nada de eso. Lo sé.

—¿Cómo lo sabe?

—¡Porque lo sé! —grité, con la voz desgarrada.

—Es suficiente, detective. Sara no está bien.

El oficial asintió y se retiró. David lo acompañó hasta la puerta y luego regresó conmigo.

—Lo encontraremos, cariño. Te lo prometo —me dijo, con la mirada llena de sinceridad.

—Eso espero, David... Eso espero... —suspiré, agotada.

23

El secuestro

David

—¡¿Cómo puede ser que aún no se sepa nada, detective?! —grité, tirándome del cabello con desesperación, sintiendo que la angustia me quemaba por dentro.

—Estamos rastreando toda la zona. Hacemos todo lo posible —respondió con voz firme, aunque la tensión se marcaba en sus hombros.

—¡No es suficiente! —permití que la desesperación me inundara—. ¡No lo es!

—Creemos que puede estar conectado con lo que le ocurrió a su hermano —dijo con cuidado, midiendo cada palabra.

—¿Qué me quiere decir? ¿Que mi novia está... está...? —La frase se me rompió en la garganta. No pude pronunciarlo sin sentir que el aire me faltaba, sin que el pánico me atravesara como un cuchillo.

—¡No puede estar pasando esto! —gritó Rebecca, dando vueltas de un lado a otro como una fiera atrapada, mientras Thomas intentaba calmarla, aunque su propio rostro revelaba que también estaba al borde de la desesperación.

Todos lo estábamos.

—¿Por qué mierda no la acompañaste, David? —me reprochó Becc, con lágrimas rodando por sus mejillas, llenas de frustración y miedo.

—Sabes que es terca, Rebecca. Quiso ir sola, y yo insistí... pero dijo que necesitaba hacerlo. Que quería ir sola al cementerio. No podía prever que algo así iba a suceder.

Debí insistir. Debí hacerlo. Ahora Sara estaría aquí.

—No es culpa de nadie —intervino Thomas, tratando de imponer calma —. La vamos a encontrar.

Becc estalló en un torrente de maldiciones mientras Thomas le susurraba con suavidad, intentando apaciguar su tormenta interior: «—Te prometo que la encontraremos».

—Necesito que la encuentren, detective —mi voz tembló—. Se lo suplico... No puedo perderla...

—La última persona que vio a Sara fuiste tú, Ana —dijo el detective, dirigiéndose a la mujer con una mirada cargada de preocupación. Ella se encogió en el sofá, visiblemente asustada.

—Así es, detective. Bebimos un café y conversamos un momento, ya que mañana me vuelvo a Los Ángeles. Ella dijo que pasaría por el cementerio antes de regresar al apartamento con David —pronunció con voz temblorosa, aferrándose al borde del sofá mientras sus manos no dejaban de moverse.

El detective asintió y anotó algo en su libreta.

Esto no podía estar pasando...

No ella...

Mi corazón se rompió en mil pedazos mientras el miedo y la impotencia me asfixiaban.

¿Dónde estás, cariño?

Veinticuatro horas antes

Los días pasaban y las esperanzas por encontrar a la persona que le había quitado la vida a mi hermano eran cada vez menores.

Sentía como si mi vida estuviera en pausa; era una sensación extraña, difícil de explicar con palabras. Había regresado a mi rutina cotidiana, al trabajo en el bar, y también estaba realizando una pintura que sería muy bien remunerada. Pero, aun así, sabía que no podría descansar en paz hasta que mi hermano obtuviera justicia y pudiera descansar como correspondía.

A veces lo veía; no sabía si eran alucinaciones o mis ganas de que estuviera aquí.

¿Me estaba volviendo loca? Quizás...

Soñaba con él todas las noches. No era un sueño agradable; más bien, era aterrador...

Ambos aparecíamos en el sueño: reíamos, y, de repente, Lucas abría los ojos de par en par, emitiendo un sonido de dolor. Su cuerpo comenzaba a expulsar sangre por todos partes... Me observaba, como si quisiera decirme algo, o advertirme sobre alguien. Pero, antes de que pudiera emitir palabra, su cuerpo caía sin vida entre mis brazos. Luego despertaba gritando y llorando. David me abrazaba y me decía que todo iba a estar bien, y yo solo lloraba sin parar hasta volver a quedarme dormida.

Ese día iría a llevarle flores a su tumba, ya que no había podido ir desde el entierro; no había sido capaz. Pero me sentía con un poco más de fuerzas. Me consolaba saber que su lápida estaba junto a la de mis padres. Los tres juntos, en algún lugar bonito del más allá, o al menos eso me gustaba creer.

✧✧

—¿Segura que no puedo hacer nada para que te quedes? —repetí una vez más.

Me lanzó una mirada de disculpa antes de responder:

—Estaremos en contacto a diario. Ahora necesito estar en mi hogar. No te preocupes, no estaré sola. Mis padres ya se instalaron y no piensan dejarme en ningún momento.

—Sabes que puedes llamarme en cualquier momento y a cualquier hora, ¿no? —pregunté. Ella asintió, esbozando una sonrisa—. Sé que no nos conocemos mucho y que no fueron las mejores circunstancias, pero estaré presente para ti y para el bebé.

—Lo sé. Por eso te traje este pequeño obsequio.

La miré con confusión cuando me tendió una pequeña cajita con un moño rosa. Los ojos se me llenaron de lágrimas al descubrir un par de escarpines diminutos.

Una pequeña nota decía:

¿Quieres ser mi madrina?

—¿Y qué dices? ¿Aceptas? —preguntó con las manos entrelazadas, observándome con nerviosismo.

—¡Sí! Sería un gran honor, Ana... Claro que sí. —Dibujé una gran sonrisa mientras asentía con efusividad.

—Sé que Lucas así lo habría querido, y la verdad es que... yo también ansío que seas la madrina de mi bebé. —Sus ojos comenzaron a llenarse de lágrimas.

—Oh, Ana... —dije, tomando una de sus manos—. La cuidaré con mi vida. Lo prometo.

—Lo sé.

Así permanecimos, sentadas en la cafetería, tomadas de la mano, llorando de tristeza y felicidad al mismo tiempo. La vida nos había quitado a alguien muy valioso, pero también nos había dado un regalo maravilloso.

✧✧

Estuve alrededor de una hora en el cementerio, intentando aceptar que ahora mi hermano —o mejor dicho, el cuerpo de mi hermano— estaba allí y que nunca más podría verlo. Cuando mis padres fallecieron me pasó exactamente lo mismo: solía venir al cementerio y observar sus lápidas, sin poder creer que ya no los vería más.

El cielo azulado comenzó a cubrirse de nubes grises y unas gotas de agua cayeron, transformándose en una fuerte llovizna en cuestión de segundos.

Apresuré mis pasos, pero me costaba ver con claridad porque el cielo parecía furioso. La llovizna se convirtió en un torrencial.

No vi venir lo que ocurrió a continuación...

Todo sucedió tan rápido que no tuve tiempo de reaccionar.

Alguien me agarró por detrás con una fuerza brutal, empujándome contra un pecho duro como piedra. Mis brazos quedaron atrapados, inmovilizados. Intenté gritar, forcejear, zafarme, pero fue inútil. Me levantó del suelo como si fuera una pluma y el aire se me escapó de los pulmones mientras mis uñas arañaban su brazo sin conseguir nada. Mi corazón latía tan fuerte que sentí que iba a estallar.

Un paño áspero se presionó contra mi boca, impregnado de un olor penetrante y nauseabundo que quemó mis fosas nasales.

La lluvia fría golpeó mi rostro y se mezcló con las lágrimas que no pude contener. El viento me azotaba, mis pies buscaban el suelo, pero no había apoyo. Mi cuerpo ardía de impotencia y dolor. Cada intento de liberarme solo fortalecía su control sobre mí.

Escuchaba mi propia respiración entrecortada; todo a mi alrededor parecía diluirse en un abismo de terror.

Y entonces, una voz susurró, fría y venenosa:
—Duerme, amor mío. Ya pronto todo terminará.
La oscuridad me envolvió.

24

El infierno en vida

Parpadeé varias veces, desorientada.

La cabeza me dolía como si alguien me hubiera golpeado con un martillo; un pinchazo constante quemaba en la parte posterior.

Apenas podía recordar algo, y lo poco que venía a mi mente se disolvía como humo.

Me di cuenta de repente: no estaba en el apartamento ni en ningún lugar que reconociera. Miré a mi alrededor con desesperación, con un terror que me paralizó hasta la médula.

El lugar era un almacén viejo y abandonado, cubierto de polvo y óxido. El olor a humedad me quemaba la garganta y me llenaba los pulmones, una fragancia de decadencia y abandono. Las vigas del alto techo parecían a punto de desprenderse; cada crujido era un recordatorio de que, en cualquier momento, podrían caer sobre mí y aplastarme sin piedad.

Miré mis muñecas: estaban atadas con una cuerda gruesa a una silla. Mis pies también estaban sujetos; intentar escapar parecía inútil. Sin embargo, hice fuerza hasta que el dolor me recorrió las muñecas y las hizo arder.

¿Dónde estaba?

Recorrí con la mirada la habitación en busca de una salida, cualquier rendija de esperanza. Lo único que encontré fue una pequeña ventana en lo alto de la pared, filtrando débiles rayos de luz que apenas rozaban mi piel. Era de día. Abrí y cerré los ojos con fuerza, esperando que aquello fuera otro de mis sueños. Me clavé las uñas en la palma de la mano, pero nada despertó mi cuerpo de esa horrible pesadilla.

Era real. Todo era real.

—Oh... veo que la princesa se ha despertado. —Una voz rompió el silencio desde las sombras.

Su silueta avanzó hacia mí y no necesité mirarlo para reconocerlo. Esa voz me taladró el cráneo: era demasiado familiar, demasiado aterradora.

El miedo me recorrió, pero en un parpadeo se transformó en rabia.

—De veras que estabas cansada… dormiste una eternidad —se rió, y su carcajada retumbó en las paredes del almacén—. ¿Acaso te han comido la lengua los ratones?

Lo observé con odio. Él se dobló de risa, disfrutando de mi impotencia como si fuera un espectáculo.

—Cierto. Tienes una mordaza en tu linda boca... ¡Qué tonto soy! —Se agachó hasta quedar a la altura de mis ojos y ladeó la cabeza. Su sonrisa era tan espeluznante que me cortó el aire.

Su mano asquerosa rozó mi rostro, y el simple contacto me provocó arcadas. Retiró la mordaza con una calma que me desesperó. Sus dedos se arrastraron por mis labios, húmedos, lentos, como si saboreara cada segundo de mi incomodidad. Intenté apartarme con un tirón brusco de cabeza, pero él ni se inmutó.

—No seas arisca, cariño. Ah, ya sé... temes que tu noviecito se ponga celoso, pero... —Su boca rozó mi oído y susurró—, ¿lo ves aquí? Porque yo no. Por fin estamos a solas.

Se relamió los labios con un deleite tan asqueroso que me dieron ganas de vomitar.

—¿Por qué haces esto, Mark? —mi voz salió quebrada, seca, como si mis cuerdas vocales fallaran.

—Es una pregunta estúpida, ¿no lo crees? —Se incorporó, mirándome desde arriba.

—No entiendo por qué lo haces. Tú fuiste quien me engañó.

—Te lo dije, Sa. Si no eres mía, no serás de nadie.

Un escalofrío me recorrió entera. Siempre supe que Mark era un imbécil. Pero esto... esto era distinto. Esto era demente.

—¿Y qué pretendes? ¿Mantenerme aquí para siempre?

—Tiempo al tiempo. Permíteme saborear mi plan... un plan que llevo preparando durante meses. —Sonrió, y en su gesto no quedó ni rastro de humanidad—. Y ahora voy a sedarte. No es nada personal.

Sacó una jeringa del bolsillo. El reflejo metálico de la aguja me encegueció. No tuve margen para reaccionar: la clavó en mi hombro y

presionó hasta vaciar el líquido. El ardor me quemó la piel. Apreté los dientes, negando con la cabeza. No iba a gritar. No le daría ese placer.

Mark se levantó y desapareció tras una puerta de hierro. El eco de un candado retumbó en la oscuridad.

Me quedé temblando. Perdida.

Maldito psicópata de mierda.

Entonces lo entendí... Todo cobró sentido...

La figura sin rostro que me perseguía en pesadillas.

Los mensajes de texto anónimos.

El coche que casi me atropelló.

Esa sensación constante de ser observada que yo misma descartaba como paranoia.

Mark.

Todo ese tiempo había sido él. Y yo... yo no lo vi.

El sedante empezó a surtir efecto. Intenté resistir, pero la pesadez me vencía. Mis pensamientos se disolvieron como tinta en agua.

Oscuridad.

Solo oscuridad.

✧✧

—Feliz cumpleaños a ti... Feliz cumpleaños a tiii... —La voces de mis padres y de Lucas llenaron el living.

—¡Vamos, pide un deseo, pitufina!

—¡Tres deseos, mi niña! —agregó mi madre, con esa sonrisa que iluminaba todo.

Deseo tenerlos siempre.
Deseo pintar.
Deseo ser feliz.

Soplé las velas y todos aplaudieron. Mi padre me envolvió en un abrazo cálido.

—Creciste tan rápido, mi niña.

—Sigo siendo tu niña, padre. —Sonreí con ternura, contagiada por su melancolía.

—Siempre lo serás.

Mi madre y Lucas se sumaron al abrazo. La felicidad me desbordó.

—¡Ahora los regalos! —gritó Lucas, dándome una cajita.

La abrí y chillé de emoción: dos boletos para ver a One Direction.

—¡Gracias! ¡Gracias! —Lo abracé con fuerza, colgándome de su cuello.

—Nada de gracias, pitufina. Tendrás que darme mi parte cuando te cases con... ¿cómo es que se llama? —Se tocó el mentón con gesto pensativo.

—Zayn —susurré avergonzada.

Había estado escuchando mis llamadas telefónicas con Abigail a altas horas, al parecer.

—Nada de casamientos —intervino mi madre, negando rotundamente con la cabeza. Mi padre asintió, de acuerdo con ella.

—Ahora abre el nuestro, pequeña —dijo mi padre, tendiéndome una caja un poco más grande.

—¡Me encanta! —exclamé al ver un lienzo con delicados bordes de bronce, acompañado de pinturas y pinceles.

—Ahora podrás hacer ese retrato que tanto deseas, mi vida.—Mi madre se tapó la boca, conteniendo el llanto.

—Los amo —pronuncié, con lágrimas de felicidad.

—Te amamos —respondieron los tres antes de fundirnos en un abrazo de oso.

✧✧

—Despierta... Despierta. ¡Despierta!

Abrí los ojos de golpe, completamente desorientada.

Sentí un nudo en la garganta; estuve a punto de echarme a llorar por haber despertado de ese hermoso sueño —o recuerdo, más bien— y regresar a esa maldita pesadilla.

Esa voz no había sido de Mark. Sonó demasiado aguda para provenir de él.

Levanté la vista lentamente, y un fuerte pinchazo en mi cuello me arrancó un quejido involuntario.

Entonces la vi.

Me observaba fijamente desde unos metros, con esa misma postura impecable de siempre.

Estaba vestida con una falda plisada color rosa pastel y una blusa a juego. Sus tacones debían medir al menos diez centímetros, haciendo que sus piernas parecieran interminables.

Se veía tan inocente con esa ropa. Pero sabía que no podía serlo. No estando allí...

—J-Judith —pronuncié, incrédula.

La boca se me había secado por completo; mi garganta ya no producía saliva.

—No me mires como si fuera un espectro —dijo con frialdad.

No se parecía a la Judith que yo recordaba. Esa versión daba miedo... demasiado miedo.

—N-no... No lo entiendo. Mark y...

—¡Cierra la boca! ¡Me irrita tu voz, maldita zorra! —Se sobó la sien, como si la cabeza realmente le doliera—. Mark tuvo que salir por provisiones. Ahora estoy a cargo yo. —Sonrió con satisfacción, y enfatizó cada palabra—: Yo. No. Soy. Mark.

Un golpe duro impactó en mi rostro. Mi cabeza giró bruscamente por la bofetada.

—No sabes cuánto he esperado para hacer eso.

Su risa resonó en todo el lugar, reverberando como un eco macabro.

No podía creer lo que estaba pasando.

¿De verdad estaban tan mal de la cabeza? ¿Era tanta la obsesión enfermiza que tenían conmigo y David?

La respuesta era clara. Los habíamos subestimado demasiado... Becc me lo había advertido más de una vez, pero llegué a compadecer a Judith. Ahora lo único que sentía era odio. Un odio que me quemaba por dentro.

—¿Por qué haces esto?

Era inútil preguntar eso, la respuesta ya la sabía.

—¿Aún no te queda claro? David y yo nos amamos desde que somos unos niños, y tú tuviste que aparecer para arruinarlo todo —dijo, y su mirada me atravesó con una rabia desbordante.

—¿Cómo...?

—¿Cómo coincidí con Mark? —adivinó mis pensamientos antes de que los formulara—. Estaba desesperada por recuperar a David, y Mark apareció cuando todas mis esperanzas se desvanecían. Justamente nos conocimos en tu cumpleaños, querida —explicó con un ademán casi teatral, sonriendo como si reviviera un recuerdo hermoso—. Se me acercó esa noche y me reveló el plan que tenía en mente. Al principio me pareció extremo, porque aún guardaba la ingenua esperanza de que David

recapacitara y se diera cuenta de que debía estar conmigo. Pero como ves... nunca lo hizo.

Hizo una breve pausa, disfrutando de cada palabra.

—Fue entonces cuando contacté con Mark, después de que me dejara su número escrito en un trozo de papel. Ya no tenía dudas. Quería formar parte de ese plan suyo, que me pareció fascinante cuando me lo contó por segunda vez. —Sus ojos brillaron con fanatismo.

¿De verdad lo admiraba? Todo aquello me revolvía el estómago.

—¿De veras crees que así lo impresionarás, Judith?

Me lanzó una mirada gélida. Sus ojos parecían vacíos, como si ya no le pertenecieran.

—E-escucha, Judith —hablé con cautela, intentado captar su atención—. Eres una mujer hermosísima, y mereces estar con alguien que te ame de verdad, ¿no lo crees?

—Claro que merezco que alguien me ame de verdad... —asintió con firmeza.

Un atisbo de esperanza se abrió paso en mi pecho... hasta que lo destruyó con su siguiente frase:

—Y será David quien lo haga. Si no es con él, no quiero a nadie más.

La esperanza murió tan rápido como había nacido.

Sabía que Judith no recapacitaría, pero tenía que intentarlo. Debía agotar todas las posibilidades si quería salir de allí.

—¿Y cómo pretendes que te quiera si tienes encerrada a la persona que...?

—Continúa la frase —ordenó con voz firme, apretando la mandíbula.

—No es nada.

—¡Continúa la frase!

Mi corazón se estremeció cuando sacó una pequeña navaja de la manga de su blusa y la apuntó hacia mí.

—No quieres lastimarme, Judith —susurré en un hilo de voz, observando cómo la hoja brillaba a escasos centímetros de mi rostro.

—¿Quieres apostar? —Su sonrisa era pura malicia.

—Mark no te lo permitiría...

—Recuerdo lo contrario. —Sentí el filo helado de la navaja rozar mi cuello. Apreté los dientes para no dejar escapar mi temor—. Mark no dijo nada sobre no poder divertirme contigo. ¿Ves? Al parecer no te quiere tanto como piensas.

El filo recorrió lentamente mi cuello, sin cortar, pero lo suficiente para obligarme a cerrar los ojos.

—Quizás David tampoco te quiera tanto. Tal vez solo esté atraído por lo que cree que eres. —Apartó la navaja y respiré hondo, casi con desesperación—. ¿Acaso David sabe toda la verdad sobre ti?

—¿De qué estás hablando?

Judith se enderezó y me observó desde arriba con los brazos cruzados.

—¿No lo sabe? —Arqueó una ceja con gesto burlón—. ¿No sabe lo débil que fuiste? ¿Lo débil que *eres*? —remarcó esas palabras como cuchilladas.

—¿De qué carajos hablas, Judith?

—A mí me hablas bien, zorra de mierda.

Otra bofetada me hizo girar la cabeza con violencia. El ardor se extendió por toda mi piel.

—Si David supiera toda la mierda que llevas dentro... —Su voz se quebró apenas un instante, como si hablara consigo misma. Luego me miró fijamente, casi en trance—. Todos los malditos complejos que te creó Mark, la muerte de tus padres, la muerte de tu querido hermano, Lucas... — Una sonrisa cínica se dibujó en sus labios antes de continuar hablando—. ¿En serio crees que él quiere estar con alguien tan rota? David es un espíritu libre, y tú solo eres un estorbo. ¿No lo ves? Estás hecha pedazos, Sara. Y David solo siente lástima por ti. Por eso no te abandona... pero tarde o temprano se cansará.

Hizo una pausa; sus ojos brillaron con veneno.

—Se cansará de ti, te dará cualquier excusa... y se deshará de ti como lo hizo conmigo.

—Yo no soy tú —mi voz salió entrecortada.

No quería mostrarme débil ante ella, pero esas palabras tocaban una fibra aún abierta, una herida que apenas comenzaba a sanar.

—Oh, no. Claro que no eres yo. —Sonrió con desdén—. En un solo año de conocerlo ya le llevaste más preocupaciones que yo en todos los años que estuvimos cerca. Estás destinada a la catástrofe. ¿De verdad quieres arrastrarlo contigo? ¿A tu vida de mierda?

Sentí las mejillas húmedas por las lágrimas que, sin mi permiso, recorrieron mi rostro. Aún así, me obligué a sonreír débilmente.

—Me das mucha pena, Judith. Sé que no tengo a mis padres, ni a mi hermano... pero todavía tengo personas que me aman. Eso ya es mucho más de lo que tú tienes, y más de lo que vas a tener.

—¿Quiénes te aman? —Arqueó las cejas con expresión de superioridad —. ¿La drogadicta y zorra de tu amiga? Ah, no, ¡ya sé! El noviecito sumiso que tiene, ¿verdad? Imagino el asco que le dará pensar en todas las manos que tocaron a tu amiga. Lo compadezco. —Se llevó una mano al pecho en un gesto falso de compasión—. ¿Ellos son los que supuestamente te aman? Eres una carga, Sara. Una incordia. Mientras antes lo aceptes, menos te dolerá. Toma mi consejo... ¿quieres?

—¡No te atrevas a mencionar a mis...!

—Yo hablo de lo que se me dé la puta gana, cuando se me dé la puta gana. —Me señaló con crueldad las cuerdas que mantenían mis muñecas y tobillos atados—. ¿Qué vas a hacer tú?

—No puedo creer que hagas todo esto por una persona que no te quiere.

—¿Te sorprende lo que se puede llegar a hacer por amor?

—¿Qué vas a saber tú de amor? —La taladré con la mirada.

—Mas que tú, apuesto lo que quieras.

—¡Ya cállense de una puta vez! —La voz de Mark irrumpió en la habitación.

Entró a grandes zancadas y se plantó al lado de Judith, con la expresión cargada de rabia.

—Mujeres tenían que ser —masculló con desprecio—. Te dejé un momento con ella para que la vigiles, no para que te pongas a dar sermones.

Judith no respondió; solo rodó los ojos y soltó un bufido cargado de fastidio.

—¿Tienes hambre? —preguntó Mark, mirándome con total indiferencia.

—Sed... —susurré, casi suplicando.

—Si mantienes la boca cerrada, te daré agua.

Asentí lentamente. El ardor en la garganta me estaba matando.

—Bien.

Tomó una botella de agua de la mesa de madera cercana y desenroscó la tapa. Judith frunció el ceño con disgusto al verlo acercarse. Mark inclinó la botella con calma, dejando que el líquido fresco bajara por mi garganta reseca. Un alivio me recorrió de inmediato. Respiré con dificultad, como si ese trago me hubiera devuelto un poco de vida.

—Mark... —Busqué su mirada, desesperada—. ¿Qué harás ahora?

—Eres tan impaciente, Sa... —Colocó un dedo en mi labios, silenciándome—. Así te ves mucho más linda cuando mantienes esta boquita cerrada. Duérmela—. Le ordenó a Judith.

—¡No! ¡Espera! —supliqué con todas mis fuerzas—. ¡Por favor, Mark!

—Duérmela —repitió con irritación—. A no ser que quieras hacer algo más... interesante conmigo.

Negué con la cabeza, aterrada.

—Eso creí.

Se giró sobre sus talones y se marchó sin mirar atrás.

—Judith... —La miré suplicante.

Ella sostuvo una jeringa idéntica a la anterior.

No. No. No.

—Por favor...

—¿Por qué debería compadecerme de ti? Tú no lo hiciste cuando me lo robaste.

Sentí el pinchazo en el brazo.

Y otra vez, la oscuridad.

✧✧

—¿En serio quieres llamarlo así, David?

Me desternillaba de la risa al escuchar los nombres que proponía para un futuro bebé.

—No está mal, cariño.

Tuve que sujetarme la panza del dolor de tanto reír.

—¿Y qué propones tú? —Se cruzó de brazos, indignado por mi reacción.

—¿Quién en su sano juicio nombra a su hijo «Libra»?

—Es original —se defendió, encogiéndose de hombros—. Además, tú crees en todo eso...

—Ni siquiera existe como nombre.

—Lo haremos existir.

—¡Eres un engreído! —Negué, riendo, sin poder creer que de verdad propusiera ese nombre.

—¿Puedes tan solo pensarlo? —Hizo un puchero, y yo me tapé la boca para amortiguar la risa.

Asentí para complacerlo, aunque ambos sabíamos que esa posibilidad estaba completamente descartada.

Fruncí el ceño al darme cuenta de que David había desaparecido. Ya no estaba en el apartamento; me encontraba en un callejón vacío.

Se oían carcajadas por todas partes, pero no había nadie visible.

—¿Quién está ahí? —grité con fuerza, girando en círculos.

—¡Estás tan sola, Sara!

Me di cuenta que esa voz gutural no provenía del exterior, sino que resonaba dentro de mi mente. Solo yo podía oírla.

—Primero tus padres. Luego tu hermano. ¡Te estás quedando completamente sola!

—¡No! No estoy sola. —Cerré los ojos, intentando con desesperación despertar de esa horrible pesadilla.

Pero la voz no cesó; llenó mi mente con frases destructivas.

—¡Basta! —grité con todas mis fuerzas, tapándome los oídos.

—Pronto David tampoco querrá saber más de ti. Y tus amigos te reemplazarán, porque eso eres para ellos: completamente reemplazable.

Fue lo último que escuché antes de despertar con el corazón desbocado.

Y no sabía que era peor: si la pesadilla que acababa de vivir o enfrentar de nuevo esa maldita realidad.

—¿Tienes pesadillas a menudo, cariño?

Era Mark. Estaba sentado en una pequeña silla, a unos centímetros de mí, mirándome como un depredador que acecha a su presa.

—¿Hasta cuándo, Mark? —susurré—. ¿Hasta cuándo me tendrás aquí?

—Hasta que recapacites —respondió, como si fuera lo más normal del mundo mantenerme secuestrada.

—¿En serio Judith y tú creen que lograrán algo con esto?

—Tú me amas, Sara. Y yo te amo a ti. ¿No lo entiendes en esa cabecita tuya? —Acercó su mano a mi rostro. Yo giré la cabeza antes de que sus dedos rozaran mi piel.

—Esto no tiene sentido... ¡jamás te amaré, Mark! ¿No lo entiendes? —grité con todas las fuerzas que me quedaban.

—¡Lo harás! ¡Lo harás, maldita sea! —Rodeó mi cuello, ejerciendo una presión intensa.

Comenzó a faltarme el aire; me sentí completamente atrapada.

—Lo harás... o lo mataré. Lo mataré como maté a tu estúpido hermano. —Retiró sus manos de mi cuello bruscamente.

Tosí, desesperada por el oxígeno.

—¿Q-qué has dicho? —Lo miré horrorizada.

—El idiota se enteró de nuestras peleas de novios, cariño. No me preguntes por quién, porque no tengo idea. Traté de explicarle, pero el muy estúpido no me dejó. Dijo que si volvía a buscarte o a intentar hacerte algo,

me las vería con él. Dijo que iba a denunciarme... ¿lo puedes creer? ¡El hijo de puta dijo que iba a denunciarme! Lo que colmó mi paciencia fue cuando dijo que te dejara tranquila de una vez, que ya habías encontrado a alguien que te respetara como merecías.

Mi estómago se retorció en repulsión. Una arcada me subió por la garganta, obligándome a expulsar el poco líquido que había bebido — junto con bilis amarillenta—, empapando mi ropa.

—¡Tuve que matarlo! ¿Entiendes eso?

Hice lo único que pude: gritar con todo mi ser.

Grité por la realidad que no me atrevía a creer.

Grité por los años que creí amarlo.

Grité por Lucas...

Grité para liberar el dolor abrumador que consumía mi pecho.

Simplemente dejé salir todo.

Grité hasta que mi garganta ardió, hasta sentir que podía sangrar.

Luego paré, lo miré fijamente a los ojos y escupí cada palabra con ira, odio y repulsión:

—No sé si existe un cielo o un infierno. Pero, Mark, te prometo que arderás en el, por toda la eternidad. Las llamas te harán recordar esto y te martirizarán. Ese será tu castigo eterno.

—Si no puedo tenerte en vida, te arrastraré a ese infierno conmigo, cariño.

—Te odio.

—Creo que me excitas en ese estado de fiera.

—Me das asco, Mark. Métete en la cabeza que jamás, jamás estaré contigo. Antes prefiero la muerte.

—¿Prefieres ver a tu hermanito allí? —Sonrió condescendiente.

—¡No te atrevas a mencionarlo, maldito hijo de puta!

—No te estás comportando bien conmigo. Pero tu cabello rubio... —Enredó sus dedos en mi pelo y luego lo deslizó por mis ojos—. Tus preciosos ojos azules... —Siguió el recorrido por mis labios—. Y esta boca irresistible que tienes hace que sea más paciente contigo.

—No me toques. —Giré el rostro, intentando alejar sus asquerosos dedos de mi piel.

—Bien. Si así quieres que sea... —Se incorporó, encogiéndose de hombros—. Te dejo sola para que pienses en lo maravillosa que podría ser nuestra vida juntos. Y, por supuesto, en Judith y David juntos. —Hizo una

mueca y un ademán despectivo—. ¿Qué mierda le ven? ¿Es por los rizos, cierto? En fin... dulces sueños, princesa. Espero que descanses, porque nos queda un viaje largo por delante.

Dicho esto, giró sobre sus talones y se marchó.

¿Un largo viaje? ¿A qué carajos se refería?

Cerré los ojos, agotada.

David...

Te necesito.

25

Mark y Sara. Tú y yo.

David

—Maldición.

—¿No debería comunicarse alguien a estas altura? —farfulló Becc, golpeando con nerviosismo la mesa.

Thomas estaba cabizbajo, con los ojos vidriosos, luchando por no quebrarse frente a nosotros. Su respiración entrecortada lo delataba.

Samuel permanecía en una esquina, con los brazos cruzados, observándome como si temiera que en cualquier momento me desplomara. Byron me apretaba el hombro con fuerza, casi clavando sus dedos, como si quisiera sostenerme a la fuerza en este mundo.

El detective Smith y la detective Ángela esperaban pacientes, con la mirada fija en los móviles, listos para rastrear cualquier señal.

El aire en la habitación era denso, sofocante.

Y luego estaba yo. ¿Cómo describir mi estado? Estaba hecho mierda. Me sentía vacío, como si mi cuerpo caminara por inercia. Desde que Sara desapareció, me aferraba a un hilo invisible que me impedía caer en el abismo. Ella me necesitaba. Necesitaba que no me derrumbara.

—Todo esto es obra de Mark —murmuró Becc, con veneno en la voz.

—¿Qué? —La observé, incrédulo.

¿Ese malnacido sería capaz de llegar tan lejos?

Ya no sabía qué creer.

—¿Quién más sino?

—No podemos adelantarnos —intervino el detective—. Rastreamos las cámaras del trayecto de la señorita Ruiz, pero en la calle que conduce al cementerio fallan con frecuencia. No hay imágenes claras de esas horas.

—¿Puede decir algo que no sepamos? —le dije, cansado, con la voz quebrada, cargada de rabia y desesperación.

El detective guardó silencio.

Sara llevaba cuarenta y ocho horas desaparecida. Y yo sentía que cada una de esas horas era una vida entera que me arrancaban.

Esperaba un mensaje, una llamada, algo. Lo que fuera. Pero no llegaba nada.

Sara

Perdí la noción del tiempo. Sabía que no habían pasado más de dos días desde que me tenían atada a esa silla, pero para mí parecían siglos.

El olor a humedad, a óxido, a encierro, impregnaba mis fosas nasales. La cuerda en mis muñecas me cortaba la piel, ardiendo cada vez que intentaba moverme. Mis labios estaban partidos; mi garganta, seca de tanto suplicar.

No quería dormir. Cuando cerraba los ojos, las pesadillas eran más crueles que la realidad. Al despertar, la duda me devoraba: ¿qué era peor, ese infierno irreal o esa cruda realidad?

Judith disfrutaba jugar conmigo. Solía acercar un vaso de agua y apartarlo a último segundo. Una vez le supliqué de rodillas —o lo habría hecho si no estuviera atada—, con la voz quebrada, lágrimas cayendo y la dignidad hecha trizas. Ella solo sonrío, extasiada con mi humillación.

En otra ocasión le rogué que me soltara porque necesitaba orinar con urgencia. Se limitó a reírse a carcajadas mientras derramaba una botella de agua frente a mí. Me orine encima. El olor aún me envolvía.

Todo esto me estaba rompiendo por dentro.

¿Alguien me encontraría? ¿O desaparecería de este mundo para siempre?

Escuché a Mark hablar con Judith sobre boletos de avión.

¿Pretendía llevarme?

La presencia de Mark cortó mis pensamientos.

—Judith me dice que te niegas a comer. Pareces un esqueleto. —Me escaneó con asco.

Lo observé con odio, en silencio.

—¿Te comieron la lengua los ratones? —Señaló detrás de mí. Sabía que había algo allí, pero no podía girar la cabeza.

Mi cuerpo tembló, pero no cedí en mostrar miedo.

—Creí que sin mordaza hablarías más. Me equivoqué. —Se encogió de hombros.

—Me das pena, Mark. ¿De verdad piensas que después de todo esto estaré contigo? Te odio. Lo único que puedo sentir por ti es repulsión.

Él sonrió, perverso, y aplaudió, disfrutando del espectáculo.

—Qué lindo discurso. Pero los buenos solo ganan en las películas. Y déjame aclararte algo, cariño: esto no es ninguna película.

—¡¿Pero por qué carajos quieres que estemos juntos?! ¡Te odio! ¿No lo entiendes? ¡No puedes obligarme!

—Claro que puedo. Y lo haré.

—Estás mal de la cabeza.

—Destruiré todo lo que amas. Hasta que solo me tengas a mí. Y entonces... me suplicarás de rodillas.

Mi voz se quebró en un susurro:

—Estás completamente loco... ¿cómo no lo vi antes?

—Sé que la cagué, ¿de acuerdo? No debí acostarme con otra. Pero no volveré a hacerlo. Podemos resolverlo. Ser felices.

—¡Mataste a mi hermano, psicópata! —Tiré de las cuerdas hasta que sentí la carne desgarrarse.

Su sonrisa se amplió.

—¿Qué hermano? ¿El que causó que tus padres no estén vivos? ¿El que te dejó sola en tu duelo? ¿El que prefirió olvidarte?

—¡Cállate!

Cerré los ojos. No quería que mis lágrimas salieran. No le daría ese placer. Pero la imagen de Lucas tirado en el suelo, su cuerpo en un charco de sangre, su mirada perdida... me atravesó de forma desgarradora.

Un grito desolador explotó desde lo más profundo de mí.

Me faltaba el aire. El pecho se me cerraba. El dolor me consumía. Estaba a punto de perderme en un ataque de pánico.

—No empieces con tus shows.

—N-no... pu-edo... respirar... —las palabras me salieron entrecortadas—. S-suéltame...

—Estás fingiendo.

No pude responder. Solo jadeé, convulsionando contra las cuerdas.

—Tranquila, cariño. Tengo algo que te ayudará.

Negué frenéticamente al ver la aguja.

Pero él no dudó. Me clavó la inyección sin piedad.

Y caí, una vez más, en las garras de las pesadillas.

David

Habían pasado más de cinco horas desde que llegaron los detectives y seguíamos sin respuesta.

La noticia de la desaparición de Sara ya era oficial. Había recompensa para quién aportara información valiosa. Llamaron tres veces. Tres veces que mi corazón creyó que sería ella. Tres veces que me destruyeron.

Fumaba cigarrillos como si fueran oxígeno. La nicotina era lo único que impedía que arrancara las paredes a golpes.

—¿Café? —ofreció Samuel.

Todos asentimos.

Observé a Becc... nunca la había visto así. Su luz había desaparecido. Ahora solo lloraba bajito, deshaciéndose en silencio. Thomas no la soltaba. Ni un segundo.

A pesar de no ser religioso, recé. Recé porque resistiera.

Sé fuerte, mi amor. Te encontraré...

El teléfono sonó. El corazón me dio un vuelco. Los detectives hicieron señas. Con el corazón en la garganta, atendí al tercer tono.

—Hola.

No hubo respuesta. Solo se oía una respiración

—¿Sara? ¿Eres tú?

—...¿Qué mierda le ven? —La voz me heló la sangre.

—Judith...

—Intento entenderlo, pero no puedo. ¿Qué mierda le ven? ¿Sus estúpidos ojos? —se rió, irónica, con un tono que destilaba odio.

—No puedo hablar ahora. Espero una llamada importante.

—¿Esperas saber dónde está esa imbécil?

Mi estómago se revolvió.

—¿Y si te digo que yo sé dónde está? —su risa sonó desquiciada.

—¿A qué mierda estás jugando?

—Tú te lo pierdes...

—¡Espera!

—¿Ahora sí me prestas atención?

—¿Sabes dónde está Sara?

Silencio.

—Judith...

—Hay una única cosa que quiero. Solo tú puedes dármela. Y entonces, quizás, vuelva a su casa ilesa.

Mi respiración se cortó.

Los detectives me hicieron señas, incentivándome a seguir hablando.

—Mark y Sara. Tú y yo. Como siempre debió ser. —Su voz sonó rota, demente.

Tenía que seguirle el juego.

—E-estuve reconsiderando lo que dijiste... —Miré a los detectives, que asintieron—. Y creo que tienes razón, Judith.

—¿Sobre qué?

—Sobre nosotros... No es tarde, ¿verdad?

—No. Claro que no —sonó esperanzada.

—Dime dónde estás e iré a por ti.

—¿Y Sara?

—Tú misma lo dijiste. Ella debe estar con Mark. Nosotros tenemos algo real.

—Estoy en...

—¡Maldición, Judith! ¡¿Qué mierda haces?! —gritó una voz masculina del otro lado de la línea.

¿Mark?

—¿Eres idiota? —gritó aún más fuerte.

Se oyó un forcejeo. Y luego, colgaron.

—¡Mierda! —Golpeé la pared—. Mark y Judith la tienen.

—¡Los tenemos! —La detective Ángela se puso de pie, exaltada—. Están en las afueras de la cuidad. Hay que moverse ya.

—Voy con ustedes.

—No. Deben quedarse.

—¿Qué? ¡Claro que no! —Rebecca negó con la cabeza—. Vamos.

Asentí, tomando las llaves del coche.

—Ustedes quédense —les dije a mis amigos. Ellos asintieron en silencio.

Rebecca, Thomas y yo salimos.

Los detectives no estaban de acuerdo, pero no me importaba.

Solo sabía una cosa:

Necesitaba ver a Sara.

Abrazarla.

Decirle que ya pasó.

Decirle que la amaba como jamás creí que amaría a alguien en este mundo.

26

¿Cómo…?

Lo primero que oí al despertar fueron gritos. Mis ojos tardaron en acostumbrarse a la oscuridad hasta que lograron enfocar dos figuras en pleno forcejeo.

Mark y Judith discutían acaloradamente. Fijé la vista en él: sus facciones se contraían de pura furia. No entendía la causa de la pelea, pero su mirada ardía contra un teléfono que sostenía entre las manos. Me sobresalté cuando lo estrelló contra el suelo y lo pisó una y otra vez, hasta reducirlo a polvo.

—¡Eres una inútil! —rugió Mark, con los ojos inyectados en sangre.

Se tiró del cabello con exasperación, mascullando insultos que apenas alcancé a oír.

—No llegué a decirle nada... —respondió Judith en voz baja, con la cabeza gacha.

—Eres débil... Nunca debí confiar en ti. Prepararé las cosas para marcharme con Sara a mi antigua casa.

Él se detuvo. Su cuello se tensó como si una corriente eléctrica lo atravesara.

—Dime, Judith... ¿quién carajos te hizo cambiar de opinión? ¿El idiota ese? —escupió con tal rabia que sus venas palpitaban, marcándole el rostro encendido.

No era solo enojo. Era pura locura. Un psicópata frente a mí.

—David dijo...

—¡Te mintió, imbécil! —bramó, y Judith dio un salto—. Solo quería sacarte información.

—Perdóname... —suplicaron los labios temblorosos de ella.

—Si quieres a David, esa no es la forma. Cuando me lleve a Sara, tú tendrás vía libre para consolarlo.

—¿Y si no me perdona...?

—Ese ya no es mi problema.

De pronto, Mark dio pasos hacia la puerta. Cerré los ojos de golpe, fingiendo estar inconsciente. Se detuvo frente a mí. El aire se me atascó en la garganta: pude sentir su mirada clavándose en mi piel. Pasaron segundos que parecieron siglos, hasta que sus pasos se alejaron y la puerta volvió a sonar.

Respiré con dificultad.

Se enfrentó a Judith.

Ella podía ser mi única salida.

David

Manteníamos una distancia prudente con los detectives, aunque sabían que los seguíamos. La detective Ángela no paraba de llamar a mi móvil desde el asiento del copiloto.

—¡Esos hijos de puta! —gritó Becc, fuera de sí.

—No puedo creer que estén tan dementes... —Thomas rechinó los dientes.

Jamás lo había visto así. Ese hombre sereno y pacífico que conocí ya no existía. En su lugar había alguien lleno de ira y resentimiento.

Con solo imaginar a ese asqueroso tipo poniéndole las manos encima a Sara, me hervía la sangre. No era una persona violenta... o al menos eso creía. Pero si en ese momento tuviera a Mark frente a mí, no sabía hasta dónde llegaría ni de lo que sería capaz de hacerle.

Y luego estaba Judith...

Desde que la vi por primera vez, cuando éramos apenas unos niños, algo en ella me incomodó. No sabía qué exactamente, pero había algo en su mirada, en su forma de hablar, que me resultaba demasiado obsesivo para una niña de diez años.

Lo peor vino después, cuando nuestros padres —y socios— decidieron que sería bueno para la imagen del negocio que fuéramos novios. Yo no me opuse. Tenía dieciséis años, Judith me atraía, y era demasiado estúpido para desafiar a mi padre.

Y ahora lo estaba pagando con la vida de Sara. Ella sufría por mi inmadurez.

Golpeé el volante con furia.

—Tranquilo, David. Así no lograrás nada. —Thomas me apretó el hombro con fuerza, queriendo regresarme la calma.

Pero no podía calmarme.

¿Cuándo carajos llegaríamos?

Nos adentramos en una calle de tierra, rodeada de árboles oscuros que parecían cerrarse sobre nosotros. No reconocía el lugar. Solo sabía que estábamos cada vez más lejos de la ciudad.

Tranquila, cariño. Ya voy por ti.

Sara

—Ya sé que estás despierta. Deja de fingir.

Abrí los ojos lentamente. Judith estaba frente a mí. Su rostro lucía devastado, pero sus ojos... sus ojos ardían.

—Sabes que las cosas pueden ser diferentes —susurré, intentando persuadirla.

—¿Me crees estúpida, cierto? —soltó una carcajada seca—. Me crees una niñita perdida que no sabe dónde se metió. ¿Sabes qué, Sara? No me conoces. No tienes ni puta idea de quién soy, ni de lo que soy capaz de hacer por la gente que amo.

—Pero David no te ama. —La enfrenté con la mirada, firme, ya sin soportar ese delirio—. Solo quiero irme a casa.

—Yo también quiero muchas cosas —susurró con amargura—. Pero no siempre obtenemos lo que deseamos, ¿verdad?

—Todavía estás a tiempo de no dejarte arrastrar por él. —Moví la cabeza hacia la puerta, hacia donde Mark había desaparecido.

Mis brazos, mis piernas, todo mi cuerpo estaba entumecido. Casi no lo sentía.

—¿De verdad piensas que soy manipulable? ¿Que no sé que me hundirán en prisión si hago lo que dices?

—¿Y acaso no terminarás ahí igual? —alcé la voz, mi rabia salió a la luz —. ¡Esto no es una maldita película! ¡Mírame! —Sacudí mis brazos y piernas con violencia, haciendo crujir la silla—. ¡Esto es una jodida locura! ¡Están dementes! Y lo sabes. ¡Lo sabes! ¡Déjame ir!

Y entonces... las oí.

Sirenas. Lejanas, pero cada vez más fuertes.

Mi corazón dio un vuelco. Las lágrimas me brotaron incontenibles.

¿Esto... esto se iba a terminar?

—E-escucha, Judith... —susurré, cautelosa, al verla alterada, buscando salidas con la mirada.

—¡Cállate! ¡Déjame pensar! —gritó con desesperación.

Y lo hizo.

Lo que más temía.

De su chaqueta sacó un arma. El metal brilló bajo la tenue luz y me apuntó directo a la cabeza.

—Judith...

—¡Cállate o te vuelo los putos sesos! —Me paralicé al oír el *click* cuando quitó el seguro—. ¡Mark! ¡Mark!

Él irrumpió de golpe. Sus ojos eran fuego. No era humano. Había algo en esa mirada que me paralizó.

—¡Nos rastrearon por tu puta culpa! —Le estampó una bofetada. Judith se cubrió la mejilla, mirándolo con odio... y con miedo.

—¿Q-qué vamos a hacer?

Mark no respondió. Caminó hacia mí y empezó a desatar las cuerdas que apretaban mis manos y pies.

—Entrégate, Mark. Por favor...

Su única respuesta fue aferrarme con brutalidad del brazo. Mis piernas no respondían. Me arrastró como un muñeco roto.

—¡¿Qué vas a hacer, Mark?! —chilló Judith.

—Sígueme.

David

El almacén estaba frente a nosotros. Inmenso. A kilómetros de cualquier rastro de vida. Ni una casa, ni un alma. Solo silencio. Perfecto para que nadie escuchara los gritos.

Hijos de puta. Lo habían planeado bien.

Las patrullas ya rodeaban el lugar. Los destellos rojos y azules iluminaban la oscuridad. Un coche negro del FBI se detuvo segundos después. Los agentes bajaron, armados, desplegándose por el lugar.

No había escapatoria.

—¡Becc, espera! —el grito de Thomas me hizo girar.

Pero Becc ya no estaba.

La vi.

Corría.

Corría directo hacia la puerta.

Y entonces ellos salieron.

Mi corazón se detuvo.

Estaba ahí.

Viva.

Frente a mí.

Pero Mark la sostenía con un brazo y le clavaba el cañón de la pistola en la sien.

Sara

—¡Bajen las armas, maldita sea! —gritó Mark—. ¡O juro que le vuelo los putos sesos!

La pistola me apuntó la sien. Sentí el frío del metal. El temblor de sus manos. Y mi cuerpo entero tembló con él.

Entonces los vi.

David con los ojos rojos.

Thomas, luchando por liberarse del agarre de David.

Becc, gritando, aunque no pude entender nada.

Todo sonaba lejano, distorsionado, como si el mundo se hubiera sumergido bajo el agua.

Un agente dio un paso al frente, dejando su arma en el suelo con lentitud.

—Suéltala, Mark. No hagas una locura. Podemos arreglarlo.

—¡Cállate! ¡Me cago en todos ustedes! —Mark disparó al aire. El estruendo sacudió todo mi cuerpo.

Iba a matarme. Lo sabía.

—Para, Mark. Por favor... —sollocé, temblando—. No lo hagas.

Sus ojos estaban desquiciados.

—Eres mía. ¡Eres mía, maldita sea! —Me sacudió con violencia, escupiéndome las palabras.

Y entonces ocurrió.

Todo a la vez.

Becc se zafó de un agente y corrió hacia mí.

Mark la vio. Giró el arma.

Yo grité.

David y Thomas también corrieron.

Disparos.

Muchos disparos.

Silencio.

Mark me soltó. Se sujetó el abdomen. La sangre le empapó la camiseta. Sus ojos, desorbitados, me buscaron una última vez. Y cayó. Muerto.

Pero su bala sí alcanzó a salir. Y mi mundo se rompió en mil pedazos.

—¡No...!

Corrí. Mis piernas respondieron como nunca, hasta que caí de rodillas.

Becc.

Estaba en el suelo. La sangre se escurría bajo su cuerpo.

—¡Becc! —La tomé entre mis manos, sacudiéndola—. No, no, no, no.

Sus ojos me miraban, abiertos, vidriosos. Musitó algo. Apenas un murmullo.

—M-mi pe-queña Sa-arita...

—*Shhh*, no hables. Estarás bien. ¡Estarás bien! —Presioné mi camiseta contra su herida, pero la sangre no se detenía. Era demasiada.

Ella sonrió.

—Ha sido ser un honor ser tu hermana del alma... —su voz se quebró; cada palabra le arrancaba la vida—. Te amo, en esta vida y en la que sigue...

Y sus ojos se cerraron.

—¡No! ¡No! ¡Becc! —grité hasta desgarrarme la garganta, zarandeándola, suplicando que despertara—. ¡Es broma! ¡Dime que es broma!

Thomas cayó de rodillas. No lloró. No gritó. Se quedó vacío, con los ojos clavados en ella.

Gateé hacia él.

—Thomas... mírame. Por favor.

Pero no lo hizo. No respiraba. Estaba atrapado en el abismo.

Yo también me estaba rompiendo, pero me obligué a mantenerme entera. Por él.

Sentí los brazos de David abrazarme, temblorosos, susurrando:

—Te amo. Estoy aquí para ti.

Pero nada me consoló.

Becc yacía en el suelo.

Mi Becc.

Mi sostén.

Mi otra mitad.

Y ya no estaba.

La sirena de la ambulancia llegó demasiado tarde. Los paramédicos nos miraron y bajaron la cabeza. No había nada que hacer.

Thomas por fin se rompió. Se desplomó sobre su cuerpo, gritando su nombre una y otra vez. Yo lo abracé, lo sostuve, mientras mis lágrimas me quemaban y me cegaban.

Solo podía pensar una cosa.

¿Cuánto más dolor podía soportar?

¿Cuántas pérdidas más?

¿Cómo sobreviviría si ya no me quedaban más lágrimas para derramar?

Mi hermano.

Ahora Becc.

¿Cómo carajos íbamos a superar toda esta maldita mierda?

¿Cómo?

27

En otra vida…

Becc solía decir que quería morir joven. «Prefiero morir joven y espléndida, que vieja y amargada», repetía con una sonrisa traviesa. Yo, horrorizada, siempre la callaba. No me gustaba pensar en esa idea. Becc no le temía a la muerte; la miraba de frente, como quien acepta una cruda verdad.

«La muerte es parte de la vida»; ese era su lema. Y quizá por eso disfrutaba cada instante como si fuera el último: porque sabía que, en cualquier momento, podía dejar este mundo.

En honor a ella, prometí vivir el presente. Porque, si algo hubiese odiado mi mejor amiga, era verme derrotada. La escuchaba en mi mente, clara, burlona, empujándome a seguir: «¿Eres tonta? ¿Qué haces llorando por mí? ¡Disfruta la vida, mujer! Que es solo un instante».

Me aferré a esas palabras y comencé a hablar frente a todos, con la voz quebrada:

—En la vida nos podrán preparar para muchas cosas, pero jamás... —carraspeé y me obligué a levantar la vista hacia los rostros expectantes—, jamás nos preparan para despedir a las personas que amamos con todo el corazón.

Respiré hondo. Las miradas me atravesaban y, entre ellas, encontré la de Thomas: ojos rojos, hinchados de tanto llorar; David estaba a su lado, firme, sin soltarlo ni un segundo.

—Hoy estamos aquí para despedir a mi mejor amiga, a mi hermana del alma: Rebecca. Sé que todos la conocieron de alguna manera. Sé que todos la llevan en el corazón, como yo la llevo en el mío —mi voz tembló, pero seguí —. ¿Qué decir de Becc que ya no sepan? Ella era un ser de luz,

maravilloso, que esta tierra no supo valorar. Su sonrisa podía sanar heridas invisibles y su humor ácido arrancaba risas hasta en el día más gris. Becc no tuvo una vida fácil... mejor dicho: las personas no se la hicieron fácil. Pero, aun así, caminó con la frente en alto, con ganas de vivir. Llegó a mi vida cuando más la necesitaba y, cuando llegó el momento... no dudó ni un segundo en dar su vida por mí.

Un sollozo me cortó el aire. Me cubrí la boca, pero reuní fuerzas.

—Becc era la persona más determinada que conocí. Sobreprotectora, dulce y, cuando hacía falta... ruda. Doy gracias a la vida por haberla puesto en mi camino. Ojalá todos pudieran tener una Becc en su vida, porque ella hacía todo más fácil. — Miré el ataúd, aún incapaz de creer que su cuerpo descansara allí dentro—. Rebecca es el ejemplo vivo de resiliencia. Una luchadora. De algo estoy segura —mi voz se endureció, transformada por el rencor—: jamás perdonaré al causante de este dolor. Espero que te pudras en el infierno, Mark. Que las llamas te consuman y te recuerden, día tras día, la miseria que sembraste en vida. Solo así, imaginándote ardiendo en tu propio dolor, podré hallar un poco de paz.

Suspiré entre lágrimas, sonriendo con dulzura amarga.

—Y a ti, Becc... te deseo el paraíso más hermoso que mi mente pueda recrear. Perdón por todo esto. Te juro que pensaré en ti cada día, hasta que me toque marchar y volvamos a encontrarnos. Esto no es un adiós. Es una promesa: volveremos a reír, en otra vida o donde sea que podamos hallarnos.

Lancé una rosa roja —sus favoritas— sobre el ataúd cerrado y caminé hacia David y Thomas.

—Hermosas palabras, cielo —dijo David al abrazarme con calidez.

Intenté sonreír, pero apenas logré curvar los labios.

Thomas bajó la cabeza. Su voz fue un susurro quebrado:

—Lo siento... no pude hablar, Sa.

Le levanté el mentón, mirándolo a los ojos.

—No te culpes. Tómate tu tiempo.

Él asintió, con labios temblorosos.

—¿Ustedes son los amigos de Rebecca?

Al voltear, mi cuerpo se tensó. El parecido era inconfundible.

—Soy su madre —dijo, insegura—. Yo...

Thomas estalló:

—¿Qué carajos hace aquí?

Su mandíbula se tensó con furia. La mujer tragó saliva.

—Lo vi en las noticias... Solo quería despedirme.

—No sé si es buena idea —intervine en voz baja, evitando el espectáculo.

Ella me miró con ojos vidriosos.

—Ustedes saben, ¿verdad? Yo quise contactarla muchas veces..., pero él no me lo permitió.

—Ella se lo dijo —respondí, incrédula—. Le contó lo que vivía. Y usted prefirió mirar hacia otro lado.

—Y me arrepiento cada día de mi vida.

Thomas no se contuvo:

—Espero que la culpa la carcoma por siempre.

Ella bajó la mirada.

—Lo denuncié. Está en prisión.

David, hasta entonces callado, intervino con sequedad:

—¿Y no cree que ya es demasiado tarde?

Silencio. La mujer vaciló, dando un paso atrás.

—Tiene razón... No debí venir.

Dudó, como si quisiera añadir algo, pero se dio media vuelta y se alejó. Yo no dejé de observarla hasta que desapareció por completo.

Dentro de mí se mezclaron el rechazo y un extraño consuelo: el parecido con Becc era tan grande que, por un instante, me sentí aturdida.

—Nunca dijo que eran tan parecidas —murmuró Thomas, a mi lado.

—¿Vamos a casa? —pregunté, con la voz rota.

Ambos asintieron.

En ese cementerio dejé un pedazo de mi alma junto a Becc. Y aunque sabía que no volvería a verla, a reír con ella, a escuchar sus regaños ni sus consejos... sentí, con la misma certeza con la que respiraba, que nunca me abandonaría.

Lo confirmé cuando un pequeño colibrí se posó en mi hombro, acompañándome hasta el coche.

Dicen que, cuando un ser querido muere, si un colibrí te visita es porque sigue cuidándote. Yo quise creerlo. Porque Becc se manifestaba así: con alas. Libre.

✧✧

Los meses pasaron y comencé a sentirme mejor. El colibrí apareció cada vez menos. Al principio me preocupé, pero luego comprendí que debía dejarlos ir.

Ellos seguirían manifestándose en olores, en canciones, en recuerdos, pero yo debía soltarlos para que pudieran marchar en paz.

Ahora solo aparecía de vez en cuando, apenas unos segundos. Se posaba en la ventana, me observaba en silencio y luego se iba. Yo le sonreía y agradecía su visita.

Cualquiera diría que estaba loca. Y quizá lo estaba. Pero gracias a ese pequeño colibrí y a su presencia luminosa comencé a hallar paz.

Dos años después...

Las sesiones con mí psicóloga iban bien. Ella se reía y aseguraba que seguía viniendo por inercia, que ya no la necesitaba. Yo también lo creía. Había sanado mucho. Mi consciencia ya no me atacaba, ya no me repetía nada cruel. Como decía ella, había aprendido a amarme por fin.

Mi vida laboral floreció. Me convertí en pintora reconocida internacionalmente. Sí, yo, ¿pueden creerlo? Personas de otros países me escribían para pedirme retratos. Todo empezó cuando me atreví a mostrar al mundo el retrato de mis padres. Desde entonces, nada logró detenerme.

Conmemoré a Becc y a mi hermano pintando sus rostros, y las obras se las regalé a Thomas y a Ana. Ambos lloraron al recibirla, conmovidos hasta el alma.

Thomas encontró su manera de sanar: adoptó un perro callejero y se mudó a Londres. Aún no se permitía amar a alguien más, y yo no lo presionaba. Hablábamos cada día, contándonos nuestras vidas, y él me mostraba cómo su perro crecía.

Me daba tranquilidad saber que Judith seguía en prisión y permanecería allí por mucho tiempo. Primero le dieron veinte años, luego el doble, porque asesinó a una compañera de celda. Intentaron declararla inestable mentalmente, pero el juez dictaminó su lucidez. Una sola vez fui a verla. Le dije todo lo que llevaba adentro, todo el daño que ella y Mark nos hicieron. Él no pagaría su condena en vida, pero realmente esperaba que sí en el infierno.

Y lo que muchos se estarían preguntando: ¿qué pasó con David? Ese hombre de rizos y mirada irresistible.

Él me daba motivos de orgullo cada día. Compró su propio bar hace un año y ahora dirige varios en distintas ciudades. Mi hombre se volvió un empresario.

—¿En qué piensas? —preguntó al verme perdida en mis pensamientos.

—En ti —respondí.

—¿Ah, sí? —Su sonrisa juguetona iluminó sus labios mientras arqueaba una ceja.

Llevaba sus lentes puestos y hojeaba papeles del trabajo. Se veía increíblemente sexy... y lo sabía.

—Deja de hacerte el sexy. —Le saqué la lengua, burlona.

—Dime, ¿hace cuánto estamos juntos?

La obviedad de la pregunta me desconcertó.

—Casi cuatro años, David.

—¿Y qué fue lo que dijiste cuando nos conocimos? Recuérdamelo... —Fingió pensar, tocándose el mentón.

Sabía exactamente a qué se refería y reprimí una sonrisa.

—*"Los polos opuestos no se atraen y bla bla bla"*—imitó mi voz con exageración.

—Y lo sigo pensando —repliqué con falsa seriedad, cruzándome de brazos, aunque la risa me ardía en la garganta.

—Tú y yo seremos opuestos, Sara... —su voz fue baja, cargada de dulzura—, pero desde el instante en que cruzamos miradas estuvimos destinados. Por ti desafiaría al universo, a los astros y a todo aquel que se interponga.

Sus palabras me atravesaron. Las lágrimas brotaron sin que pudiera contenerlas.

—Te amaré por siempre —respondí, con la misma sinceridad.

—Por siempre —susurró en mi oído, haciéndome estremecer.

Apoyé la cabeza en su pecho y escuché sus latidos. Acarició mi vientre abultado de cinco meses.

—Seguro Becc estaría como loca buscando atuendos *cool* para el bebé —bromeó con ternura.

Reímos juntos. Recordar a Becc y a Lucas era algo que compartíamos, y siempre lo agradecía.

Él estaba convencido de que nuestro hijo tendría rizos como los suyos.

David cambió mi vida para siempre. Me enseñó otra manera de ver la vida, me sostuvo en cada caída, me abrazó en cada pesadilla hasta devolverme la calma.

Lo observé y me reí de mi yo de años atrás.

—Libra y Piscis... quizás los opuestos sí se atraen.

Observé al colibrí posado en el cristal de la ventana, como si lo estuviera viendo todo, como si Becc y Lucas me acompañaran en ese momento. Su presencia me envolvía, suave y silenciosa, recordándome que ellos siempre estarían cerca, de alguna manera.

David me tomó de la mano y acercó su frente a la mía. Sus ojos me miraron con ternura y complicidad, y sentí que todo el dolor del pasado se disolvía.

Becc y Lucas vivirían en cada risa, en cada recuerdo, en cada amanecer. Y yo prometí vivir, por ellos, por mí y por nuestro pequeño.

El colibrí apareció por última vez, apenas unos segundos, como un guiño silencioso que me recordó que todo estaría bien. Luego se alejó, libre y ligero, y comprendí que nosotros también debíamos aprender a ser libres: libres para amar, para reír, para seguir adelante.

La vida, aunque a veces doliera, nos regalaba segundas oportunidades para amar y ser felices.

Y ese día, allí, en ese instante, sentí que todo era posible.

Fin

Epílogo

Por siempre

Algunos años más tarde...

—Mami, ¿puedo preguntarte algo? —dijo Lucas, con sus rizos dorados iluminándole el rostro.

—Claro, amor.

—En el instituto nos pidieron hablar de alguien de quien estemos orgullos. ¿Puedo hablar de la tía Becc y del tío Lucas?

Las lágrimas me empañaron los ojos. Lo abracé con fuerza, besando su frente.

—Por supuesto, mi vida. Ellos estarían orgullosos de ti.

—¿Fueron valientes, mami?

—Los más valientes que conocí. Y tú te pareces tanto a ellos...

La vida me había enseñado que los que no estaban nunca se iban del todo: habitaban en las risas de mi hijo, en sus preguntas, en los recuerdos que se negaban a morir.

Pensé en nuestro casamiento, sencillo pero perfecto. David y yo nos prometimos vivir con la fuerza de quienes ya no estaban, y en cada mirada hacia el cielo supimos que Becc y mi hermano nos acompañaban.

Ana también era parte de nosotros. Supo transformar su duelo en amor y criar a la hija que esperaba con Lucas. Cada vez que la veía jugar con mi hijo, sentía que mi hermano seguía vivo en esa pequeña.

Thomas nunca se apartó de mi lado. Él, que llegó como amigo y se quedó como hermano, era el pilar que me sostenía cuando el mundo parecía temblar.

Esa noche, mientras David le leía un cuento a nuestro hijo, revisé mis correos. Un mensaje me robó el aire: una editorial quería publicar mi libro. Grité de pura emoción. David acudió alarmado, hasta que comprendió, y me abrazó con un orgullo que iluminó la casa entera.

Este libro no era solo mío. Era un homenaje a Becc, a mi hermano, a todos los que amé y ya no estaban. Ese libro era una historia de amistad, amor incondicional, lucha, duelo y resiliencia. Nuestra historia contada en papel. Quizás, las de muchas también...

Mi pequeña huella que perduraría por siempre.

«*POR SIEMPRE*
SARA RUIZ».

Agradecimientos

Si llegaste a este apartado, quiero agradecerte de todo corazón. Gracias por darme la oportunidad de despertarte algún sentimiento con mi libro, ya sea felicidad, tristeza, nostalgia o simplemente despejar tu mente, aunque sea por un rato, de la cotidianeidad que tanto pesa.

Gracias a mi mamá y a mi papá, que son mis pilares en esta vida. Los amo con mi vida.

Gracias a vos, que siempre confiaste en mí y me impulsaste cuando yo bajaba los brazos.

No fue un camino fácil: fueron noches y noches de insomnio para que este sueño cobrara vida, pero también fue un recorrido de felicidad plena.

Simplemente, gracias.

Nos vemos en la próxima aventura.